

PERRY MASON
ERLE STANLEY GARDNER
**EL CASO DE LA
MANSION DIVIDIDA**



de

Un día, a la consulta del prestigioso abogado Perry Mason llega un cliente desesperado: tiene una mansión construida entre dos terrenos que, debido a un posterior divorcio, pertenecen a dos dueños diferentes. La ex-esposa ha construido una alambre que divide a la mansión, literalmente, en dos partes y se aposenta en una de ellas. Ha conseguido una orden de prohibición y trata de que él la trasgreda para poderlo desalojar.

Mason, va a presentar un pleito por estafa, al primitivo dueño, que además es una persona odiada por casi todo el mundo; pero el asunto se complica bastante cuando éste, antes de la visita del abogado, aparece misteriosamente asesinado y los principales sospechosos son su cliente y la ex-esposa. Mason debe investigar «a ciegas» pues ninguno de los dos sospechosos parecen muy dispuestos a colaborar.



Erle Stanley Gardner

El caso de la mansión dividida

Perry Mason # 84

ePUB r1.0

Ronstad 23.04.2013

Título original: *The case of the fenced-in woman.*

Erle Stanley Gardner, 1972.

Traducción: M. Giménez Sales.

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.0



Nota del editor

El manuscrito de *El caso de la mansión dividida* fue una de las novelas del abogado Perry Mason que su autor, Erie Stanley Gardner, dejó archivada al fallecer en 1970.

Aunque esta novela se escribió unos años antes de esa fecha, y fue dejada de lado, los editores creen que puede y debe editarse en su forma presente. Sin embargo, debemos hacer constar que el autor no le dio su último vistazo de corrección y pulimento.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

CARSON Loring: Ambicioso y poco escrupuloso propietario, muerto asesinado.

CARSON Vivian: Ex modelo, bella divorciada de Loring, vengativa en amores.

EDEN Morley: Joven rentista, enfrentado primero y enamorado después de Vivian.

FISK Ned: Juez riguroso, pero de buen talante.

GOODWIN Hewett: Juez que dicta la separación entre Loring y Vivian.

HYDE Genevieve: Hermosa chica de cabaret.

MARCHWELL Paulita: Compañera de Hyde en la tarea de cazar clientes.

MASON Perry: Tenaz abogado criminalista.

ORMSBY Morrison: Agresivo ayudante de la fiscalía.

PALMER Nadine: Atractiva mujer que se desnuda cuando es necesario.

RANKIN Estele: Vendedora de «souvenirs».

STREET Della: Secretaria de Perry Mason.

Capítulo 1

Perry Mason, que estaba hojeando una decisión del Tribunal Supremo, levantó la vista cuando Della Street, su secretaria particular, penetró en el despacho.

—Della —murmuró—, la conducta humana puede producir complicaciones sin cuento. Un abogado jamás sabe qué puede ocurrir en el momento siguiente.

Della Street, elevando las comisuras de sus labios en una leve sonrisa, replicó:

—Como, por ejemplo, en el caso de Morley Eden.

—Exactamente —asintió Mason—. Tomemos el caso de... ¿Qué has dicho, Della?

—El caso de Morley Eden.

—Eden... Eden... —repitió Mason pensativamente—. No recuerdo ese caso. ¿Cuál fue, Della?

—Todavía no ha sido. Está aguardando en la antesala. Y parece hallarse en un verdadero apuro.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Perry Mason.

—Una hermosa joven ha colocado una alambrada en medio de su casa —explicó la secretaria.

—¿Bromeas —Mason taladró las pupilas de la joven— o te ha gastado ese Eden una broma?

—Nada de eso. Tiene una alambrada que corre a través de su casa, con una atractiva joven viviendo al otro lado de dicha alambrada. Aparentemente, ella posee una figura estupenda, toma baños de sol y...

—Bien, esta situación ilustra lo que decía. Escucharé la historia de labios del interesado.

—Tiene usted una cita dentro de quince minutos —le recordó

Della Street.

—Entonces, ese cliente tendrá que esperar unos minutos —decidió el abogado—. Hablaré antes con Morley Eden.

Della Street se marchó hacia la antesala y no tardó mucho en regresar acompañada de un individuo corpulento, de unos treinta años, que sonreía.

—El señor Mason, el señor Eden —presentó la secretaria, dirigiéndose luego hacia su escritorio.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—¿Qué tal, señor Mason? —saludó Eden—. He oído hablar mucho de usted y siempre decidí que vendría a verle si alguna vez me acusaban de asesinato. Bien, ahora estoy en un auténtico aprieto.

—Tengo una cita dentro de quince minutos —explicó el abogado—. Le agradeceré, por tanto, que vaya directamente al grano.

—Seguro —asintió el visitante—. Sé que usted me tildará de tonto y tendrá razón. Yo pienso lo mismo de mí.

Eden tomó asiento en la butaca que le indicó Mason.

—Sería divertido —añadió—, si no resultase enojoso.

Mason le ofreció un cigarrillo, cogió uno para sí, encendió y dijo:

—Adelante.

—Un tipo llamado Carson, Loring Carson, tenía un solar que me convenía. Se componía de dos lotes que había adquirido para especular con ellos, con el propósito de edificar allí y vender la casa con un beneficio. Yo había planeado cierto tipo de casa y aquellos terrenos eran adecuados para mi objetivo. No, no me pregunte si soy arquitecto porque no lo soy. Soy un chapucero. Y me gusta proyectar toda clase de cosas. Me interesé en la construcción de edificios mediante la lectura de varias revistas ilustradas con fotografías de mansiones modernas... Bien, Carson es contratista y me ofreció un trato, pagando al contado, que era una verdadera ganga a mi entender. No supe resistirme. En realidad, se trataba de venderme los dos lotes del solar y construirme la casa en noventa días.

Morley Eden hizo una leve pausa.

—Naturalmente, ahora empezará usted a motejarme de idiota,

aunque no más de lo que me insulto yo mismo. Yo deseaba que la construcción se iniciase al momento. Loring Carson deseaba la pasta... al contado. Efectué una breve inspección y averigüé que una parte del solar pertenecía a Loring Carson y la otra parte a su esposa. Me figuré que él actuaba en nombre de ambos y firmé el contrato. Él inmediatamente inició la edificación. Bien, supongo que me apresuré.

—Si los Carson poseían el solar libre de deudas e hipotecas —interpuso Mason—, no comprendo por qué...

—Su esposa —explicó Eden— había presentado una demanda de divorcio.

—Pero si era una propiedad mancomunada —replicó Mason—, el marido es el encargado de la misma, y si la consideración era adecuada...

—Esto es lo malo —se quejó Eden—. No era una propiedad mancomunada; al menos, no lo era la mitad. Cuando él compró los dos lotes, empleó fondos separados para uno de ellos, y fondos mancomunados para el otro. Oh, todo está muy embrollado. El juez dictaminó que uno de los dos lotes era propiedad exclusiva de la esposa y que el otro era de propiedad mancomunada, cediéndoselo a Carson como propiedad exclusivamente suya.

—¿No objetó la esposa —se interesó Mason— cuando se empezó la edificación?

—Esto forma parte de lo malo —rezongó Eden—. Recibí una carta de la joven, una carta perfumada incluso, diciéndome que yo estaba construyendo en su propiedad.

—¿Y qué hizo usted?

—Por aquel entonces, la casa estaba a medio construir. Le pregunté a Carson por qué no me había contado lo de la demanda de divorcio, y él me contestó que nada tenía que ver con la casa, que él mantendría a raya a su esposa, que había puesto un detective particular para seguirla, pues sabía que ella le era infiel y tenía pruebas. Añadió que cuando él había presentado su contrademanda, ella se ablandó como un neumático pinchado. Luego, me dio una buena escritura de propiedad. Naturalmente, no acepté su palabra y repliqué que deseaba hablar con el detective.

—¿Habló usted con él?

—Sí, señor. Un individuo llamado Le Grande Dayton.

—¿Y quedó convencido?

—¿Convencido? —repitió Eden—. Eché un vistazo a las pruebas recogidas y decidí que Carson estaba en lo cierto. Bien, continué con la construcción, sin hacer caso de la carta de la esposa, que se llama Vivian Carson.

—¿Qué ocurrió?

—Oh, Carson había presentado su contrademanda, empezaron a prestar declaraciones, y entonces resultó que el detective había estado siguiendo a otra mujer, no a la esposa de Carson. Éste le había señalado a su esposa a Dayton para que éste la reconociese luego y pudiera seguirla a todas partes. Carson y Dayton, en aquella ocasión, estaban en un coche estacionado delante de una casa en la que Carson sabía que su mujer asistía a una conferencia. Bien —prosiguió Morley Eden—, por lo visto todas las asistentes salieron en grupo, charlando y riendo. Carson murmuró: «Mi esposa es aquella que está junto al bordillo, la que lleva el vestido verde». Tras cuyas palabras agachó la cabeza para que ella no le viese. Lo que no supo, según palabras de Dayton, es que allí había dos mujeres vestidas de verde, una junto a la otra. Dayton miraba a una, y Carson a la otra.

Morley Eden exhaló un gruñido antes de continuar.

—Bien, sea como sea, Dayton, al parecer, estuvo siguiendo a la otra, la cual era exacto que tenía un amante. Dayton obtuvo de ello las pruebas suficientes y le entregó a Carson el material suficiente para poder ganar una contrademanda. Carson la presentó al tribunal y yo permití que él siguiera adelante con la edificación de mi casa. Luego empezaron las declaraciones judiciales y resultó que Carson se había puesto él mismo una soga al cuello. Entonces el juez encargado del caso le cedió un lote a Loring Carson, y afirmó que el otro era propiedad exclusiva de Vivian Carson, su esposa... mientras yo había edificado en ambos lotes. Claro está, me imaginé que simplemente tendría que pagar algo más. Yo había cometido un error y estaba dispuesto a salir perjudicado. Envié un representante a Vivian Carson. Mi agente le aseguró que yo lamentaba mucho todo aquel desdichado asunto y que deseaba pusiera un precio a su lote del solar... Evidentemente, la joven pensó que yo estaba de

acuerdo con su marido y se puso furiosa. Le contestó a mi enviado que se fuera a freír espárragos. Entonces pensé que si yo habitaba la casa todo se solucionaría con el tiempo. Pero, por lo visto, Vivian Carson es una luchadora. Consiguió que el juez dictase un mandamiento de prohibición contra cualquier persona, su esposo o cualquiera que actuara en su nombre, que se interfiriese con su lote de propiedad. Cuando yo estuve fuera durante el fin de semana, la joven contrató a un inspector, un contratista y un cerrajero. Entre todos efectuaron agujeros en la casa, trazando como una línea fronteriza entre los dos antiguos lotes de terreno, colocaron una alambrada a través de la casa, incluso en la piscina del fondo, y cuando volví ella vivía en su parte de casa, y yo me vi obligado a ocupar sólo la otra. Luego me entregó una copia certificada del mandamiento de prohibición y afirmó que estaba dispuesta a atenerse por completo al espíritu de su letra.

—¿Cuál es él juez? —preguntó Mason.

—Hewett L. Goodwin. El mismo que sentenció el caso de divorcio.

—Le conozco bien —afirmó Mason frunciendo el ceño—. Un hombre muy concienzudo. Siempre trata de decidir los casos de modo que sientan precedentes. Y se impacienta con los tecnicismos.

—Bien, ciertamente esto hizo en este caso.

—¿Es usted casado? —indagó Mason, volviendo a arrugar el entrecejo.

—Estuve casado —le corrigió Eden—. Mi esposa falleció hace tres años.

—¿Por qué quiso construir esa casa y vivir en ella?

—Maldito si lo sé. Me gusta proyectar casas. Siempre hago tonterías con un tablero y un lápiz. Empecé a planear esa mansión y al final se convirtió en una obsesión. Tenía que edificarla y vivir en ella.

—¿En qué se ocupa usted?

—Creo que se me puede llamar un rentista. Gané bastante dinero comprando y vendiendo. Me gusta comprar y vender. Compro todo lo que parece bueno.

—¿Y nunca se había encontrado con la señora Carson?
¿Mantuvo todos los tratos con el marido solamente?

—Exacto.

—¿Cuándo la conoció a ella?

—Ayer, domingo. Volví de mi fin de semana y vi la alambrada dividiendo la casa. Abrí la puerta, entré y la alambrada seguía hasta el fondo. La puerta de la cocina estaba abierta y allí estaba la joven cocinando, con la misma calma y naturalidad que si ella hubiese construido la mansión. Creo que me quedé con la boca abierta. Ella se acercó a la alambrada, me enseñó la copia certificada del mandamiento de prohibición, me dijo que, puesto que éramos vecinos, confiaba en que le causaría las menos molestias posibles y que, como un buen caballero no trataría de invadir sus dominios privados. Luego añadió que no deseaba hablar más conmigo y se alejó.

Morley Eden parecía estallar de indignación.

—¡Vecinos! —exclamó—. ¡Vecinos! Y estamos llevando desde ayer una existencia imposible. Cuando me fui a la piscina, allí estaba ella en bikini tomando un baño de sol. Cuando esta mañana quise dormir un rato, ella estaba haciendo café y aquel fuerte aroma por poco me enloqueció. Me apetecía tomar una taza, pero ella tiene la cocina en su parte de casa.

—Bien, ¿qué ocurrió? —inquirió el abogado.

—Oh, me levanté y supongo que ella, a juzgar por mi expresión, comprendió que estaba deseando tomar café. Me preguntó si quería una taza, y me la pasó con un platillo por entre la alta alambrada, preguntándome además si quería leche y azúcar; dijo que se trataba de un gesto de buena vecindad, en tanto yo me iba instalando adecuadamente en mi parte de casa, y que una vez lo hubiese hecho no volvería a ocuparse de mí ni a dirigirme la palabra.

—Oiga, Eden —sonrió Mason—, todo esto es muy teatral. Esa joven está sencillamente tratando de elevar el precio del terreno.

—Eso creí al principio —gruñó Eden—. Pero no estoy ya tan seguro. Esa mujer está furiosa. Está loca contra su marido por haber presentado la contrademanda e insiste en que ha intentado arruinar su reputación. Desea destruirlo de algún modo. Por lo visto, ese Loring Carson no es muy buena persona y ella tiene muchas quejas en contra. Y él creyó poder aplastarla con las pruebas suministradas por el detective.

—Claro está —Mason frunció los labios—, la señora Carson tendrá un abogado y...

—No —negó Eden—. Me contó que un abogado la representó en el caso de divorcio, pero que referente a la propiedad se representa a sí misma.

—¿Insinuó algo sobre el precio?

—Hice más que insinuar, pero ella me envió al infierno.

—¿Y le sienta bien el bikini?

—¿Si le sienta bien? —exclamó el cliente—. Creo que fue modelo profesional. Lo que ignoro es cómo un tipo como Loring Carson logró casarse con ella. Esa joven posee verdadera clase.

Perry Mason miró hacia Della Street, la cual sonrió.

Luego, el abogado consultó su reloj.

—Como le dije, Eden, tengo una cita. Creo que lo mejor será echar más tarde una ojeada a esa casa. Sin embargo, antes quiero hablar con el juez Goodwin. Tal vez, cuando comprenda todos los hechos, modifique o anule ese mandamiento. Asimismo, supongo que usted no querrá vivir allí hasta que...

—En esto se engaña Vivian Carson —Morley Eden cuadró la barbilla con beligerancia—. Ella no podrá echarme. Pondré un hornillo eléctrico en mi dormitorio. Mi parte de casa tiene ya una chimenea. Y allí instalaré un asador. Haré barbacoas, freiré cebollas, apestaré la casa. Guisaré un *chef*. Supongo que ella debe conservar una dieta para ser tan esbelta. Pues bien, haré que los aromas de mis guisos eleven sus calorías.

Mason continuaba con el ceño fruncido.

—Todo esto —intervino Della Street consultando una agenda— tendrá que posponerse hasta después de la cita de las dos y media de esta tarde. Esa entrevista no puede cancelarse. En tal caso, debió cancelarse mucho antes. Pero luego le queda toda la tarde libre. Aunque todavía tiene que dictar la demanda del caso Mcfarlane.

—¿Cuánto tardaré en llegar hasta allí? —quiso saber el abogado.

—Desde aquí, unos treinta y cinco minutos.

Mason consultó de nuevo su reloj.

—Cuando he citado a un cliente no me gusta hacerle esperar —murmuró—. Si se toma la molestia de pasar a la habitación contigua con la señorita Street, podrá usted trazar un plano para

que yo sepa cómo llegar hasta su casa. Trataré de ir esta misma tarde.

Perry Mason se volvió hacia su secretaria.

—Mientras tanto Della, llame al despacho del juez Goodwin y trate de que me conceda una entrevista cuando termine las sesiones de esta tarde.

Capítulo 2

El juez Goodwin aplazó la vista poco antes de las cuatro y halló a Perry Mason aguardándole en la antesala de su despacho.

—Bien, bien, bien, abogado —sonrió—, ¿qué le trae por aquí? Desde que su secretaria me llamó pidiendo hora me he estado preguntando qué querría. Yo me ocupo principalmente de las relaciones domésticas, mientras que usted está especializado en casos de asesinato. No creo que tengamos mucho en común.

—No lo sé —sonrió a su vez Mason, estrechando la mano del juez—, a veces la alquimia de la presunción conduce desde el amor ciego a la locura homicida.

—Bien, entre y discutiremos esas profundas verdades.

El juez Goodwin se dirigió a su despacho, seguido por el abogado, el cual tomó asiento en un sillón a invitación de aquél. Tras quitarse la toga, el juez se sentó suspirando, ofreció un cigarrillo a Mason, encendió uno para sí y el del abogado y murmuró:

—Supongo que existe una polarización de magnetismo sexual que induce a la proximidad física a cambiar y a... Oh, bien, usted no ha venido a hablar de esto, a pesar de haber puesto usted ese tema sobre el tapete. ¿Qué le pasa?

—Se trata del caso de Vivian Carson contra Loring Carson. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo muy bien —volvió a sonreír el juez.

—Usted dictaminó un mandamiento muy peculiar.

—¿De veras? ¿Qué tiene de peculiar?

—Usted decidió que cierta parte de un terreno pertenecía a Vivian Carson como propiedad separada e indivisa, y que el lote contiguo era propiedad mancomunada, lote que usted otorgó a

Loring Carson.

—Lo hice deliberadamente y con un objetivo preciso.

—Hace poco —continuó Mason, estudiando el semblante del juez—, usted firmó un mandamiento de prohibición contra Loring Carson o sus agentes, impidiéndoles penetrar ni siquiera interferirse en la propiedad concedida a Vivian Carson.

—También lo recuerdo —volvió a sonreír el juez.

—La situación es muy complicada —prosiguió el abogado—. Porque mi cliente, Morley Eden, posee la casa que compró a Loring Carson. Y la casa está situada sobre los dos lotes. Cuando usted firmó el mandamiento de prohibición, Vivian Carson hizo que un inspector trazara una línea fronteriza en la casa, hizo abrir agujeros e instaló una alambrada, dividiendo la propiedad en dos partes, incluyendo la piscina.

El juez Goodwin fumó unos segundos en silencio y al fin su sonrisa se ensanchó.

—¿De veras hizo esto?

—Sí, juez —asintió Mason—. Más aún, ahora vive en su parte de la casa, y Morley Eden en la otra.

—Buena oportunidad para tratarse como vecinos —exclamó Goodwin.

—Salvo por la alambrada.

El juez aplastó el cigarrillo en un cenicero y frunció los labios pensativamente.

—Conociendo sus ideas sobre la rectitud de la justicia y su impaciencia por los tecnicismos de la ley, que a veces tienden a coartar tal justicia —prosiguió Mason—, me interesa averiguar qué motivó tal decisión y ver si existe alguna forma de modificarla.

—¿Modificarla en qué sentido?

—Otorgándole a Loring Carson toda la propiedad y protegiendo los derechos de su esposa, por ejemplo, cediéndole otra propiedad de su marido.

—Mason —replicó el juez—, ya conoce mis ideas sobre la ley. Y sobre la responsabilidad que comporta ser juez y tener que dictaminar rectamente entre las disputas humanas. Bien, le diré algo en confianza. Cuando firmé el mandamiento de prohibición estaba al tanto de todo el asunto. Morley Eden es un individuo

acaudalado y muy impulsivo. Una buena persona, sí, pero impulsiva. Cuando Eden cerró el trato con Carson, sé que éste habló de ciertas pruebas contra la fidelidad de su mujer. De ser Eden un hombre pobre, tal vez yo hubiera obrado de distinta manera. Mas como Loring Carson estaba seguro de que el tribunal tendría que pactar con él, a causa de dichas pruebas... Oh, sí, Loring Carson es un bribón de siete suelas. Contrató a un detective que pudo o no obrar de buena fe, mas sea como sea, siguió a otra mujer. Sin embargo, antes de ponerse todo en claro, el nombre de Vivian Carson rodó por los suelos públicamente. Las acusaciones contra ella saltaron a los titulares de los periódicos y ello produjo evidentemente un grave daño a esa joven. Sin embargo, el marido no expresó el menor sentimiento por ello. Dijo simplemente que el detective se había equivocado, siguiendo a otra mujer, y que él se lavaba las manos. Por tanto, me satisface que Eden tenga motivos para entablar un juicio contra Carson por fraude voluntario. Y espero que la situación llegue al punto en que Eden se vea obligado a presentar la demanda. Sinceramente, me gustaría que Carson tuviera que pagar caras sus culpas.

—No es tan sencillo —opuso Mason—. Mi cliente proyectó la casa de acuerdo con sus ideas. Y deseaba edificar precisamente en aquel solar, con exclusión de otro cualquiera. Sí, podría demandar a Carson por fraude, pero quiere seguir viviendo allí.

—Entonces, que viva.

—Lo cual le pondrá en situación muy embarazosa con Vivian Carson.

—Que le compre el terreno.

—Por lo visto —replicó Mason—, Vivian Carson no quiere vender. Lo único que desea es fastidiar a su marido.

—No puedo censurarla —sonrió el juez—. Naturalmente, Mason, usted y yo sabemos que cuando un matrimonio se disuelve, las culpas se dividen por igual, aproximadamente. Es posible que el marido peque antes, pero la mujer siempre trata de vengarse. Por otra parte, si la mujer es la que empieza a destruir el matrimonio, el hombre no tarda en perder por ella todo interés y trata de consolarse en otro plano amoroso. No soy tonto ni bastante ingenuo para pensar que todas las culpas de una pareja recaen sobre un solo

bando, porque conozco la naturaleza humana y sé que no es así. Mas también sé que en este caso, Loring Carson es un canalla, un charlatán, un marrullero, ansioso siempre de ganarse un pavo por la vía rápida, sin perdonar a nadie. No sólo agravió a su esposa de manera grave sino que no muestra arrepentirse por ello, y hasta intentó sobornar al tribunal. Arregló las cosas para que fuese imposible averiguar dónde tenía su dinero. Y le advierto que gran parte de su fortuna ha desaparecido. Él afirma que perdió mucho jugando en Las Vegas. Sí, hay pruebas de que estuvo allí con frecuencia. Estaba interesado por una camarera llamada Genevieve Honcutt Hyde. Aparentemente, intimó mucho con ella. No tengo nada contra él por esto, ya que en aquella época su matrimonio ya hacía aguas. Pero no creo que Carson perdiera tanto como asegura. Creo que en realidad ha utilizado lo de Las Vegas para confundirnos. Y estoy seguro de que en los últimos años ha estado ocultando grandes sumas de dinero. Esto no se lo confesaría a nadie, pero a usted, Perry Mason, puedo decirle que he decidido que Morley Eden presente una demanda por fraude contra Loring Carson.

Mason miró al juez reflexivamente.

—Parece como si Vivian Carson hubiese leído en su mente, juez.

—¿De veras?

—Esa joven ha utilizado la situación en favor exclusivamente suyo. Por ejemplo, tengo entendido que se puso un bikini muy abreviado y tomó un baño de sol en su parte de piscina, en tanto mi cliente examinaba la alambrada divisoria.

—¿Objetó contra esto su cliente? —sonrió el juez.

—Bueno, la situación era embarazosa.

—¿Para quién?

—Embarazosa en general.

—Vivian Carson es una mujer muy atractiva —observó el juez Goodwin—. Creo que antes de casarse era una modelo de grandes cualidades. Indudablemente, mucha gente la había visto ya en bikini. Dudo que ella se sintiera embarazada.

—Supongo —murmuró Mason— que le interesaba turbar a un viudo.

—Tal vez —concedió el juez—, pero no nos engañemos, Mason.

Si su cliente pone un solo dedo al otro lado de la alambrada o intenta invadir la otra parte de la casa, el tribunal considerará su actitud como una violación del mandamiento de prohibición. Al fin y al cabo, su cliente está emparejado con Loring Carson, y se queja en su nombre. Francamente, me alegraré de que Loring Carson sufra lo máximo posible, porque quiero que pague sus culpas. Asimismo, pienso que ha estado ocultando parte de sus ingresos para eludir el pago de los impuestos. Por tanto, creo que ha estado estafando a Hacienda y que ha pretendido engañar al mismo tiempo a su esposa respecto a su fortuna. No sé si su esposa se halla en situación de contratar detectives, pero si su cliente se esfuerza, seguramente actuará contra Carson y logrará descubrir dónde está escondido el dinero. Y entonces, yo procederé a abrir de nuevo el caso sobre esa propiedad y examinaré de nuevo todo el asunto. Tal vez esto no sea técnicamente legal, pero es legal psicológicamente. Le dará a Loring Carson una lección sobre finanzas, y yo me reiré mucho al final.

—Es una situación intrigante —observó Mason, mirando calculadoramente al juez Goodwin—. Cuando se enteren los periodistas, el caso alcanzará un clima álgido.

El juez asintió sonriendo.

—Maldición —exclamó Mason—, usted lo ha fraguado todo. Sabía exactamente qué iba a ocurrir y ahora aguarda tranquilamente la continuación del asunto.

—Cuando me hallo en el tribunal —dijo el juez con gravedad—, procuro dictar sentencias justas. Mas sólo puedo firmar decretos y éstos son simples papeles. Sin embargo, creo que en este caso, conseguiré buenos resultados.

Mason se puso en pie.

—De acuerdo, señoría —dijo inclinándose—. Y, sin que mis observaciones tengan que figurar en ningún registro o acta, puedo asegurarle que su sentencia ha levantado una gran polvareda.

—Si aguarda que me lamente, Mason —replicó el juez—, tendrá que esperar largo tiempo.

Capítulo 3

Perry Mason llamó a su oficina y cuando contestó la operadora de la centralita, dijo:

—Póngame con Della Street. Un momento más tarde la secretaria estaba al otro extremo de la línea.

—El juez Goodwin se muestra amistoso con nuestro cliente, pero es tan firme como una roca, respecto a sus decisiones, Della. Asegura que Loring Carson es un bribón y que la mejor manera de castigarle es por medio de esta decisión. Espera que nuestro cliente, Morley Eden, acuse a Carson de fraude.

—¿Y entonces...?

—Entonces... ante todo iré a examinar la casa. Sólo quería decirte que no es necesario que me aguardes.

—¿No será ya muy tarde?

—¿Por qué, Della?

—Esa antigua modelo en bikini ya habrá probablemente terminado de tomar su baño de sol.

—Tal vez a esta hora lleve una atractiva falda de tarde muy ceñida —rió Mason.

—Delicioso —refunfuñó la secretaria—. Podréis mantener una amable charla entre vecinos, con combinados servidos a través de la alambrada. Ten cuidado no salgas arañado.

—Lo tendré —prometió el abogado—. Ya puedes cerrar el despacho, Della. Llama a Morley Eden y dile que estoy en camino.

Siguiendo las indicaciones del plano que su cliente le había trazado a Della Street, Mason llegó al fin a una carretera que daba vueltas en torno a una colina hasta terminar en una meseta natural, tras la cual una pendiente daba a un pequeño valle purpúreo a los rayos del sol poniente.

La casa era una estructura larga y achatada con gruesas piedras artificiales. Parecía haber envejecido naturalmente y armonizaba perfectamente con los alrededores.

El sendero que daba acceso a la casa, se bifurcaba gracias a una alta alambrada, asegurada a un poste de cemento colocado en el centro.

Mason tomó el senderito de la izquierda, observando al mismo tiempo que el aparcamiento, casi todo situado a la parte derecha de la alambrada, estaba atestado de coches.

Cuando Mason detuvo el auto ante la pequeña escalinata circular que daba al porche, Morley Eden, que evidentemente estaba al acecho, abrió la puerta y salió a saludar al recién llegado.

—Créalo o no —gruñó Eden—, están celebrando una fiesta, la fiesta más endemoniada que haya usted visto jamás.

—¿Qué hay de mal en ello?

—Que no hay un solo hombre, sólo un puñado de chicas estupendas. Por su aspecto, todas han sido modelos. Unas figuras perfectas, y unos vestidos que se ciñen a la piel como con goma.

—¿Le han hablado a usted?

—Ni palabra. Aguardan que yo rompa el hielo seguramente.

—Y si lo rompe irá usted a la cárcel —murmuró Mason—. Se trata de una trampa, claro está. Técnicamente, usted se halla de parte de Loring Carson. Por tanto, entra dentro del mandamiento de prohibición referente a sus agentes y asociados. Si usted se interfiere en alguna forma con la otra parte de la casa, está listo. Por esto Vivian Carson ha invitado a esa colección de féminas encantadoras. Espera que usted tome la iniciativa y se decida a pasar al otro lado.

—Lo comprendo —rezongó Eden—, pero ésta es la clase de tortura que un hombre no puede resistir.

—Entonces cierre la casa y lárguese a un hotel —le aconsejó Mason.

—¡Maldito sea si lo hago! —exclamó Morley Eden, cuadrando el mentón—. Lucharé con ella en su mismo terreno, aunque la pelea dure todo el invierno. Venga a echar un vistazo.

Eden abrió la puerta. Mason se encontró en un vestíbulo y pasó por una arcada con cortinajes, ascendió tres peldaños y se encontró

en un saloncito.

Estaba lujosamente amueblado e iluminado por luces disimuladas, lo que daba a la estancia un aspecto de suave luz lunar.

Un tercio de la habitación estaba separado de los otros dos por una alambrada que corría matemáticamente en línea recta por toda la casa, cruzando las paredes. En la parte de arriba había una varilla.

Al otro lado de la alambrada, un grupo de mujeres jóvenes, al parecer sin hacer caso de nada, tomaba combinados y conversaba alegremente, elevando a veces las voces en un tono de comunicación que indicaba que el líquido de los vasos tenía un alto porcentaje de alcohol.

Aparentemente, ninguna se fijó en Mason cuando éste penetró en el salón, ni prestó la menor atención a Morley, cuando éste hizo un amplio gesto con la mano.

—Ya lo ve.

Mason anduvo hacia la alambrada, con una sonrisa crítica en su rostro. Se plantó con las piernas separadas, se metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y contempló el espectáculo.

Bruscamente, una de las jóvenes, una vivaracha pelirroja de ojos azules, vio a Perry Mason, calló en seco, se puso en pie y se aproximó a la alambrada.

—Caramba, qué sorpresa —exclamó—. ¿No es usted Perry Mason, el famoso abogado?

El aludido asintió.

—¡Diantre, qué maravilla verle aquí! ¿Qué diablos está haciendo?

—En este momento —repuso Mason—, aconsejo a un cliente. Y, ¿puedo preguntar *qué* hace usted aquí?

—Termino mi segundo combinado y pienso tomar un tercero —contestó la joven—. Sólo que he de reflexionar antes porque no poseo los suficientes reflejos para conducir cuando estoy un poco cargada.

—¿Puedo preguntar a qué se debe esta celebración? —insistió Mason.

—Diablo, no lo sé. Vivian nos pidió que nos pusiéramos unos

vestidos ceñidos y livianos, a fin de mostrar nuestros encantos.

La joven dio otro paso hacia la alambrada.

—Lo cual parece relacionado con la presencia de su ex marido en esa otra parte de la casa. Por lo visto, tenemos que dar cuenta de cualquier intento que él haga respecto a nosotras.

—Y hasta ahora no ha habido ningún intento, ¿eh? —inquirió el abogado.

—La noche aún es joven... —rió ella.

—Helene, ¿qué haces? —preguntó otra joven, acercándose a la alambrada.

—Estoy hablando con Perry Mason —sonrió la pelirroja.

—Te dije que no debías hablar con nadie.

—Oh, corta el rollo —rezongó la pelirroja—. Esta prohibición está relacionada solamente con el tipo que está de acuerdo con tu antiguo marido. Éste es Perry Mason, el célebre abogado. ¿No lo conoces? Dios mío, hace mucho tiempo que le admiro. Y ha sido maravilloso conocerle en persona.

—Supongo que usted es Vivian Carson —observó el abogado.

La otra joven le estudió atentamente antes de contestar:

—En efecto. ¿Puedo saber qué hace usted aquí?

—Estoy calibrando la situación.

—De acuerdo —asintió Vivian—. Helene ha estropeado la representación. Yo...

—Deseaba tender una trampa, ¿verdad?

Ella vaciló.

Bruscamente, sus pupilas se suavizaron.

—Francamente, señor Mason —dijo—, yo... Bueno, creo que no debo admitir nada.

—Sólo deseaba una orientación —advirtió Mason—. No deseo discutir nada con usted en ausencia de su abogado.

—Me represento a mí misma —arguyó la joven—. Supongo que esto significa que mi cliente, que soy yo, está loco, pero mi abogado no aprobó mis ideas.

—¿Tan malas eran?

—Eran peores... Bien, veo que su cliente se acerca aquí, deseando entrar en conversación. Debo advertirle que le aconseje que se mantenga a raya.

—¿Por qué? —inquirió Mason—. Usted ya rompió el hielo ofreciéndole café, ¿se acuerda?

—Sí, me acuerdo, y para su información personal, privada y confidencial, señor Mason, aquello fue parte de mi trampa. Ni siquiera el hombre más duro puede resistir el aroma del café por la mañana. Según la ley, como lo entiendo, la iniciativa es mía. Cuando desee conversar con su cliente, lo haré. Mas él no puede tomar la iniciativa y hablar conmigo o mis invitadas. Y tan pronto como deje de observar esta norma, le denunciaré al juzgado.

—¿Tanto le odia usted?

—Tanto odio a mi marido, y éste es el único medio que tengo para que le castiguen como se merece.

Morley Eden se aproximó a Perry Mason.

—Perdone, Perry, pero yo...

—Un momento —le interrumpió el abogado.

—Pensé —insistió Eden—, que puesto que, por lo visto, hacen ustedes buenas migas, podía hablar aquí mismo con usted.

—Oh, a esto no me opongo —asintió el abogado, guiñando un ojo—. Está usted en su casa y en su propiedad y usted puede hablar con cualquiera que esté en su lado de alambrada.

—Adviértale a esa joven —dijo Eden—, que en tanto se determinan las dificultades legales, me gustaría vivir en buena armonía.

Mason se volvió hacia Vivian Carson.

—Señora Carson, mi cliente desea asegurarle que no alberga ninguna animosidad hacia usted.

—Dígale también —añadió Eden—, que el placer que experimenta un hombre solo al ver a una mujer con la gracia de la señora Carson tomando el sol en la piscina, compensa sobradamente el inconveniente de la alambrada a través de mi salón. Y también puede decirle que siempre que desee pasar por debajo de la alambrada y utilizar el trampolín de la piscina, que se halla en mi lado de casa, me alegraré mucho de que lo haga.

Vivian Carson le contempló con ojos calculadores y bruscamente se volvió hacia Perry Mason.

—Creo que es mejor que le advierta a su cliente, señor Mason, que cualquier intento de confraternizar con el enemigo será

considerado como desprecio al tribunal.

—Dígale, por favor —se apresuró a replicar Eden—, que no la considero una enemiga ni deseo considerarla como tal. Sé por qué obra de este modo y comprendo la injusticia con que se la ha tratado.

Vivian Carson dio media vuelta, y volvió a girar sobre sí con la gracia de una bailarina profesional. De pronto, extendió la mano a través de la alambrada.

—Lo siento, señor Eden. Es usted una buena persona. He tratado de plantearle una serie de obstáculos y usted no se ha quejado.

—Gracias, señora Carson —respondió Eden, aceptando la mano de la joven—. Supongo que puedo estrecharle la mano estando en mi lado de la alambrada.

—Exactamente —sonrió Vivian—. Y ahora, habiendo obrado impulsivamente, he arruinado gran parte de mi proyecto. Pero le aviso, Morley Eden, que pienso vengarme de mi marido por todo lo que hizo y usted se halla aún en la línea de fuego.

—Supongo —intervino Mason—, que este alarde de galanterías no quedará registrado en el tribunal.

—¿De qué serviría? —se lamentó la joven—. Sé lo que hago. Yo rompí el hielo. Oh, tiene usted unos clientes encantadores, señor Mason, pero a pesar de ello, esta alambrada seguirá aquí, y confío en que, con el paso del tiempo, el señor Eden se sentirá tan molesto que acabará por adoptar una decisión brutal.

—¿Con cortaalambres? —indagó Mason.

—No me importa la clase de acción que tome. Haga lo que haga, será una violación del mandamiento de prohibición, y una vez terminada esta tregua temporal, señor Eden, repito que cualquier intento de aproximación a mis amigas será considerado como una violación del mandamiento judicial.

—Es una situación muy enojosa —refunfuñó Eden—. Ahora ya sé cuál fue el suplicio de Tántalo.

—Pues todavía no ha visto nada —rió ella—. Aguarde y verá. Sí, aguarde.

—Lo soportaré —sonrió Eden.

—Mi cliente —intervino de nuevo Mason—, tiene intenciones de instalar un órgano electrónico. Y tocará mucho por las noches.

—¡Oh, será maravilloso! —proclamó Vivian, brillantes sus pupilas—. Porque yo he decidido tomar lecciones de corneta y mi profesor toca en una orquestina. Me dijo que sólo podía enseñarme a horas intempestivas, y yo le contesté que no había inconveniente.

—Creo que será un buen plan —parpadeó Eden—, que nos dejemos de murgas, señora Carson, y sigamos como hasta ahora.

—De acuerdo, señor Eden —asintió la joven volviendo a darle la mano—. Vamos, Helene.

Helene también alargó la mano por entre la alambrada.

—Estoy obligada a Vivian, señor Mason, pero ha sido muy agradable conocerle.

—Tal vez —replicó galantemente el abogado—, volvamos a vernos cuando las barreras no sean tan eficaces o estén tan vigiladas.

—Lo deseo de corazón. Y tal vez podríamos cabalgar juntos por la divisoria.

—Tal vez.

Vivian Carson cogió a su amiga firmemente del brazo y la apartó de la alambrada.

—El juez Goodwin —murmuró Mason—, está decidido a obligar a Loring Carson y a averiguar todo lo relativo al dinero de éste. Cree que podrá demandarle por evasión de impuestos. Y usted por fraude.

—¿Yo? —inquirió Eden.

—Por mi parte, creo que estaría usted en su derecho.

—Pues bien, demándeles —concedió el joven—. Pídale todos los daños y perjuicios que se le ocurran.

—Las demandas judiciales toman tiempo y dinero —le advirtió Mason.

—Trate de acortar el tiempo. Ya tengo el dinero. Siga adelante y...

Sonó la campanilla.

—Hay alguien en la puerta —dijo Eden.

—Le sugiero que corra el cortinaje de la arcada antes de abrir —susurró Mason.

—Lo haré, pero el cortinaje no ahogará los sonidos.

Una vez solo en el dividido salón, Mason se hundió en un

cómodo sillón y contempló la fiesta que proseguía alegremente al otro lado de la alambrada.

—De acuerdo, chicas —exclamó Vivian Carson—. Vamos a exhibirle la ropa interior a la señora Sterling.

Hubo un estallido de aplausos.

De pronto avanzó una mujer de más edad.

—Os advierto que no compraré con facilidad. Deseo algo con muchos encajes distinguido y... seductor.

Dos jóvenes hicieron girar una plataforma de un rincón de la estancia, y extendieron unos peldaños plegables. Vivian encendió un foco que iluminó el centro de la plataforma.

La modelo a la que llamaban Helene avanzó y subió a la tarima.

—¿Puedo llamar vuestra atención, jovencitas? —sonrió—. Primero, os enseñaré lo que llevo puesto. Creo que es suficiente... bueno, seductor.

Alargó una mano hacia la cremallera del vestido.

Mason observó que Vivian Carson se había movido discretamente hacia el perímetro del corro de espectadoras, y que sus ojos acechaban la parte del salón de Morley Eden.

Mason se aproximó a la alambrada.

—No debería mencionarlo, señora Carson, pero su palomino ha volado del nido.

—¿Qué quiere decir?

—Que Morley Eden no está aquí.

—Morley no tiene nada que ver con esto.

Helene hizo pasar el vestido por encima de sus hombros, y lo dejó caer al suelo.

El foco captó su soberbia figura, concentrándose en el ajustado slip.

—El número es el trece veintiséis —exclamó una voz—. Fíjense en la trencilla en el borde inferior de...

Del vestíbulo llegó el inequívoco sonido de un golpe y una caída.

Mason se apresuró a apartar el cortinaje, y halló a Morley Eden en el suelo. Un individuo atlético y más joven, con el rostro desencajado por la emoción, se hallaba inclinado hacia el caído.

—Oh... oh... usted... usted... —balbucía Eden.

Empezó a incorporarse.

El otro se apartó.

—¡Eh, un momento! —gruñó Mason—. ¿Qué pasa aquí?

—Me ha pegado —gritó Eden.

—Y volveré a hacerlo —rugió el otro—. ¡Vamos, en pie!

Mason se situó entre los contendientes.

—¡Un momento! —repitió—. ¿De qué se trata?

—Usted no se meta en esto —refunfuñó el individuo atlético—, si no quiere otra lección.

—Está bien —asintió el abogado—. Si así lo quiere, aceptaré la lección.

El joven atlético estudió los anchos hombros de Mason y sus facciones duras como el granito y vaciló. De repente, un relámpago brilló en sus ojos.

—¡Demontre, si es el abogado! —exclamó—. ¡Usted es Perry Mason!

—Exacto, soy el abogado Perry Mason. Y ahora, ¿qué pasa aquí? Detrás del abogado, Eden se había puesto en pie.

—Deje que intente pegarme ahora que estoy prevenido.

—Un momento de calma, Eden —le aconsejó Mason sin moverse del sitio entre ambos jóvenes—. Sepamos antes a qué se debe esto.

—Yo le diré a qué se debe —gruñó Eden—. Piensa que yo soy Loring Carson y...

—¿No lo es? —se extrañó el otro.

—Le presento a Morley Eden —dijo Mason—. Y ahora, ¿quién es usted y qué desea?

—¡Morley Eden! —repitió el joven—. Pero... ¿Qué hace aquí?

—Para su información le compró esta propiedad a Loring Carson. Y ahora, repito, ¿quién es usted y qué desea?

—Dios mío, lo siento —se apesadumbró el joven—. Creo... creo que me he dejado llevar de nuevo por mi carácter.

—Creo que sí —asintió Mason—. ¿Qué pasa?

—Me llamo Norbert Jennings. Él sabe quién soy.

—Sólo conozco su nombre —masculló Eden, colocándose al lado del abogado.

Mason, al ver que no había señales de una reanudación rápida de las hostilidades, gruñó:

—Bien, pongamos esto en claro. ¿Qué pito toca usted en este entierro, señor Jennings?

—Su cliente lo sabe.

—Norbert Jennings fue el individuo que Loring Carson acusó, en su contrademanda, de mantener un lío con Vivian Carson.

—Ya.

—Oh, usted no entiende nada —exclamó Jennings—. Ese individuo me ha arruinado. Él y ese maldito detective privado.

—¿Le siguió a usted?

—Siguió a Nadine Palmer.

—Fue una equivocación —intervino Eden—. Carson le mostró su esposa al detective, a ese Le Grande Dayton, pero el detective se confundió y creyó que tenía que seguir a la señora Palmer.

—Sí, esto es lo que ahora dice —objetó Jennings—, pero ciertamente ha embrollado mi existencia.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó Mason.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió Jennings iracundo—. Mi nombre ha salido en toda la prensa de la ciudad.

—¿En los periódicos?

—Exactamente. Soy el canalla del año. Se han reído de mí en el club, en el golf, en todas partes... De modo que ni siquiera puedo asomarme a la calle.

—¿Y el esposo de Nadine Palmer?

—No existe. Se divorciaron —explicó Jennings—. De acuerdo, estamos interesados uno por el otro. Y nos encontramos en varios sitios. No me diga que estuvo mal hecho, porque no estoy de humor para aguantar sermones.

—¿Es usted casado? —quiso saber Mason.

—No.

—Entonces, ¿por qué se queja?

—Porque ese tipo, ese Carson, me ha convertido en un hazmerreír. Ya fue malo verme descubierto. Pero se esparció la noticia de que yo salía y me citaba con Vivian Carson. Luego, resultó que todo era un error y que no se trataba de Vivian Carson sino de Nadine Palmer.

Mason le miró sin comprender. El joven prosiguió:

—Eso es lo gracioso. Que nadie puede vivir tranquilo después de

una historieta semejante. Todo el mundo se ríe y se simpatiza con ella y una mujer de su calibre no resiste la simpatía compasiva. He venido a decirle a Loring Carson lo granuja que es. Eden abrió la puerta, me preguntó qué quería, le espeté quién era yo y él actuó de manera muy tonta. Bueno, me enfurecí y lo vi todo rojo. Me dejé llevar por mi carácter.

—Me atizó un puñetazo —se quejó Eden—. Y yo...

—No le aticé nada. Bueno, sí, pero... —se turbó Jennings—. Si uno acusa a alguien en una contrademanda, es natural que el acusado sin razón quiera atizarle.

—¡Pero yo no le acusé de nada!

—De acuerdo, acepte mis disculpas —sonrió Jennings—. Aquí hay un abogado. Dígale qué desea por daños y perjuicios del puñetazo y le daré un cheque, junto con mis excusas.

Eden reflexionó la proposición.

—¿Y bien? —le apremió Mason.

—Dicho de esta manera —Eden se frotó la barbilla—, no pido nada. Sí, comprendo su punto de vista. Y creo que no estará usted tan furioso contra Carson como yo. Cuando le vea, traspásele ese directo a la mandíbula y déle otro de mi parte.

—Lo haré —prometió Jennings torvamente—. ¡El muy sinvergüenza!

—¿Y cómo se lo ha tomado Nadine Palmer? —intervino el abogado.

—No lo sé. Cuando la llamo, cuelga sin contestar.

—¿Ha intentado verla últimamente?

—La he visto, mas no hemos salido juntos. De lo contrario, todos los articulistas y chismosos de la ciudad habrían propagado la noticia a los cuatro vientos.

—¿Puedo preguntarle de qué hablaron los dos? —inquirió Mason.

—No puede preguntar nada. Esto no le incumbe a usted.

—Claro que si ella ya no está casada... —murmuró Mason.

—Es una chica estupenda —le interrumpió Jennings—, y nada más. Es humana y tiene sentimientos humanos, y tiene amor propio y una buena reputación. Siempre ha sido tremendamente popular, y ahora, siempre que sale a la calle ve cómo las cejas de sus amistades

se levantan inquisitivamente... ¡Maldito Carson! ¡Si alguna vez le pongo las manos encima, yo...!

—Calma —le aconsejó Mason—. Formular amenazas a veces cuesta muy caro.

—De acuerdo —se conformó Jennings—. Tengo dinero y puedo pagar multas. Formular amenazas es algo que puedo permitirme por ahora. Y lo repito: Si alguna vez pongo las manos encima de Loring Carson haré que chille pidiendo clemencia. Le...

—Quizá pueda usted demandarle legalmente —insinuó el abogado.

—¡Demandarle legalmente! ¡Su tía! Sí, podría ponerle un pleito... ¿Y qué? En primer lugar, si tiene algún dinero, no lo quiero. No tocaría ni siquiera una de sus monedas de níquel. Además, no es posible sacar sangre de un nabo.

—¿Ha considerado la posibilidad de que tenga dinero escondido? —insinuó Mason.

—¡Repito que no me interesa el dinero! —gritó Jennings—. ¡Yo tengo bastante! ¡Tengo todo el que quiero! ¡Tengo casi demasiado dinero! Y nunca me ha dado ninguna felicidad. Yo... Oh, bueno, al diablo... Lo siento, Eden. Usted está en el mismo callejón que yo. Lamento de veras haberle pegado.

Alargó impulsivamente la mano.

Eden la aceptó.

Sin añadir más palabras, Norbert Jennings abandonó la casa.

—Bueno —murmuró Eden, rascándose aún la barbilla—, cada vez se presentan más complicaciones.

—Tengo que advertir —dijo el abogado—, que una tal señora Sterling, que debe ser agente de compras de algún establecimiento de prendas femeninas, está asistiendo a una sesión de exhibición de ropa interior en la otra parte del salón.

—¡Maldición! —gimió Eden—. Supongo que todo es pura farsa.

—Naturalmente.

—¿Hasta dónde llegan esas chicas?

—La primer modelo llevaba un slip. Efectuó una especie de *strip-tease* sobre una tarima y...

—Bien, bien, bien —le atajó Eden, frotándose las manos—, tal vez la situación tenga también sus ventajas.

—Eh, un momento —exclamó Mason—, por mucho que esto le complazca, se trata de un cebo, y mientras no sepa exactamente cómo hacerlo, será mejor que no pique.

—¿Quiere decir que no mire?

—Bueno —sonrió Mason—, creo que al fin y al cabo tendremos que ver el espectáculo.

—Exactamente —asintió Eden—. Actuando pura y profesionalmente como mi abogado, tendrá usted que prolongar su visita. Bien, vamos allá.

Eden apartó la cortina del arco dejando al descubierto el salón. Al otro lado de la alambrada, encima de la plataforma, una modelo bellísima, ataviada solamente con ropa interior, daba vueltas lentamente.

De pie, en un rincón de la estancia, Vivian Carson miraba, no a la modelo, sino hacia la arcada.

Tan pronto como Eden y Mason penetraron en el salón, Vivian asió el borde de una tela, le hizo una seña a una joven que se hallaba en el extremo opuesto de la habitación, y ambas avanzaron una hacia la otra, tirando de unas cortinas improvisadas que, después de atascarse un par de veces, acabaron por juntarse, formando un telón.

—Ésa es la razón de la barra que corre por encima de la alambrada —murmuró Eden.

—Por lo visto —sonrió Mason—, esa damita piensa en todo.

—Sí —asintió Eden—. Y supongo que si meto un dedo por la alambrada a fin de separar un poquito las cortinas, yo...

—Será acusado de desprecio al tribunal —concluyó Mason.

—Bien —suspiró Eden—, creo que lo mejor sería ir a un buen club donde den sesiones de *strip-tease*.

—Entonces, en esta circunstancia, no tenemos nada más que hablar —resumió el abogado.

Eden se echó a reír.

—Una pregunta, Mason —dijo luego.

—¿Cuál?

—Si ese telón no existiera y continuase ante nuestros ojos el desfile de ropa interior, ¿me cobraría el tiempo que durase el espectáculo?

—Seguro —asintió Mason—. Lo cobraría en calidad de «tiempo conferenciando con un cliente».

—Ahora comprendo que me equivoqué de oficio —sonrió el joven—. ¿Qué diablos se le ocurrirá después a esa mujer?

—Esto es algo —repuso Mason—, que no me atrevo a predecir. Pasado mañana tendré lista una demanda por fraude, para que usted la firme. Vaya a mi despacho hacia las diez. Y luego trataremos de darle su merecido a Loring Carson.

Capítulo 4

Perry Mason, paseando por su despacho, hizo una pausa para asomarse a la ventana y contemplar el sol matutino; luego, consultó su reloj y se volvió impaciente hacia Della Street.

—¿Cómo se encuentra la demanda por fraude, Della?

—La mecanógrafa la tendrá lista dentro de quince minutos.

—Deseo presentarla lo antes posible. ¿Y Paul Drake? ¿No ha llegado aún?

—Aparentemente no. Estuvo trabajando en un caso hasta la madrugada y ya he avisado que se ponga en contacto con nosotros tan pronto como llegue.

—Bueno, esto es lo malo de dirigir una agencia de detectives —sonrió Mason—. No es posible hacer planes, pero yo...

Se interrumpió al oír unos nudillos que tabaleaban en la puerta del pasillo con un ritmo en clave.

—Éste es Paul. Hágle pasar, Della.

La secretaria abrió la puerta.

Paul Drake, jefe de la Agencia de Detectives Drake, con aspecto fatigado, saludó:

—Hola, chicos. Hace una buena mañana para la época en que estamos, ¿eh? Bueno, si es que a alguien le importan las buenas mañanas en esta época del año.

—A nosotros sí nos importan —puntualizó Mason.

—Lo temía. Personalmente, a mí no. Bien, ¿qué ocurre?

—Un poco después de las diez de esta mañana —explicó el abogado—, presentaré una demanda en el caso de Morley Eden contra Loring Carson. Será una excelente demanda. Meterá ruido.

—¿Una acción civil? —se interesó Drake.

—Exacto. Por fraude. Loring Carson afirmó poseer títulos sobre

una propiedad, que podía derrotar a su esposa en su demanda de divorcio, que podía demostrar su infidelidad, y que los dos lotes de terreno de su propiedad eran bienes mancomunados, y también que ella no poseía ninguna finca de propiedad.

—¿Y todo era falso?

—¡Todo era falso! —asintió Mason—. Y aún no sabes la mitad del asunto. Por lo visto, Carson mintió en todo. Además, deliberadamente o por accidente, hizo que un detective privado siguiera a otra mujer en lugar de su esposa. Las indiscreciones de esa joven quedaron debidamente mencionadas en la contrademanda de Carson, achacándolas a la señora Carson. Por otra parte, existe la sensación de que ese Carson ha ocultado grandes cantidades de dinero para eludir el pago de impuestos y engañar a su mujer. Evidentemente, estaba previendo lo que iba a ocurrir y quiso prevenirse a tiempo.

Paul Drake asintió con el gesto.

—El juez Hewett L. Goodwin, que juzgó el caso de divorcio, está sumamente enfadado y quiere llegar hasta el fondo del asunto. Le gustaría mucho saber dónde escondió Carson el dinero, si eso es cierto.

—De modo que la demanda será por fraude.

—Exacto —afirmó Mason—. Y exigiré que se tome declaración a Carson. Le interrogaré sobre ciertos asuntos bajo juramento. Estoy especialmente interesado en cualquier dinero escondido, bajo cualquier forma.

—¿Y qué he de hacer yo?

—Primero, quiero que localices a Carson. Después, que le sigan. Por si muestra cierta tendencia a ocultarse cuando los periodistas se ensañen con él, me gustaría saber adónde va si decide huir.

Paul Drake tomaba nota de todo.

—También me interesa saber todo lo referente a sus antecedentes, a fin de tener diversas preguntas que hacerle en el interrogatorio y tratar de impedir que mienta.

—Mentir, ¿en qué?

—Respecto al sitio donde ha estado viviendo; si ha utilizado nombres falsos, si posee otras cuentas bancarias con otros nombres, si tiene alguna caja de seguridad... en fin, esa clase de preguntas.

—Entendido.

—Además, Carson, al parecer, tiene una amiguita que es camarera de un club de Las Vegas. Se llama Genevieve Honcutt Hyde, y se ha visto mucho con Carson. Éste alegó que fue en Las Vegas donde perdió mucho dinero en el juego. Pero el juez Goodwin opina que tiene dinero escondido en algún lugar. Y nosotros tenemos que encontrarlo.

—Lo cual será virtualmente imposible —gruñó Drake.

—¿Pasaste mala noche? —se interesó Mason.

—Pasé una mala noche y una madrugada peor —concedió el detective, sonriendo ásperamente—. Me acosté hacia las tres. Y opino que el sol ha salido muy temprano. Pero aunque no hubiera tenido una mala noche, ese asunto de Las Vegas justifica mi pesimismo. De acuerdo, Perry, veré qué puedo hacer. ¿Sabes dónde puedo hallar a Carson?

Antes de que Mason pudiera contestar, sonó el timbre del teléfono en la mesa de Della Street.

—Sí, Gertie... —respondió la joven, alzando el aparato—. ¿Cómo...? ¿Quién...? ¿Loring Carson...? Un momento, Gertie —Della Street colocó una mano ante el receptor y murmuró—: El señor Loring Carson está en la antesala y desea hablar de un asunto de la mayor importancia.

—Hablando del ruín de Roma... —sonrió Mason—, al momento asoma. Quédate en el umbral, Paul, y márchate tan pronto como entre Carson. Así le verás, y podrás reconocerle luego.

—Lo cual le dará también la ocasión de verme él a mí —rezongó Drake—. Si no te importa, Perry, estaré en el pasillo cuando él se marche. Asegúrate sólo de que salga por esa puerta y despídelo en voz alta con un «buenos días, señor Carson». Es decir, menciona su nombre.

Mason asintió.

—Que entre el señor Carson —le ordenó luego a su secretaria.

Paul Drake salió silenciosamente por la puerta que conducía directamente al pasillo.

Della regresó al instante, dejando paso a un individuo regordete, con una personalidad agresiva, el cual avanzó con la mano extendida.

—¡Señor Mason!

El abogado se inclinó ligeramente y al cabo de un momento aceptó la mano.

—Soy Loring Carson. Y me silban un poco los oídos. Supongo que usted me toma por un granuja, ¿verdad?

—No creo que mi opinión personal cuente para nada, señor Carson. Pero debo advertirle que yo represento unos intereses contrarios a los suyos, y que para defenderlos tomaré las medidas necesarias.

—Ciertamente —rió Carson—, es un modo diplomático de plantear la cuestión, señor Mason. Será mejor que usted y yo sostengamos una pequeña charla y al final de la misma, quizá no se mostrará ya tan dispuesto a emprender esa acción legal.

—Opino que no debo hablar con usted —repuso Mason—. Usted es la parte contraria y si en estos momentos no tiene ningún abogado que le represente, le aconsejo que busque uno. Hablaré con su abogado, mas no con usted.

—Oh, vamos, deje esa ética profesional. Yo soy el capitán del buque. Y si contrato a un abogado hará lo que yo le ordene.

—Sigo sin querer hablar con usted.

—No irá a echarme de su despacho, ¿verdad?

—Podría hacerlo.

—Pues, a menos que me arroje de aquí, hablaré con usted. En realidad, no tengo abogado. El que tenía me dejó. Alegó que le había engañado, metiéndole en una situación desesperada.

—Ya —murmuró Mason sin inflexión.

—Pero no hubo nada de eso —protestó Carson—. Todo el daño lo cometió ese maldito detective que contraté. Un tal Le Grande Dayton. Si él es detective, yo soy la tía de mi criada.

Perry Mason no sonrió.

—Quiso que le mostrase a mi mujer. Naturalmente, no es posible ir con un detective privado, blandir el índice y decir: «Aquella es mi esposa». Luego, aproximarse y saludar: «Hola, cariño, ¿cómo estás?» Entonces, la esposa diría: «Oye, amor, ¿qué pasa? ¿Quién es ese caballero que te acompaña?» Y uno contestaría: «Oh, un amigo... Quería saber cómo eres y yo me ofrecí para que lo viese».

Carson echó atrás la cabeza y se echó a reír.

—Hay que hacer esas cosas con la cabeza, Mason. Le dije al detective que siguiera a la joven que acababa de salir, vestida de verde, la que estaba en el bordillo de la acera. Luego, me escondí dentro del coche, agachando la cabeza. Naturalmente, me referí a la mujer del bordillo. Pero él pensó que se trataba de la joven que estaba junto al bordillo, ya en la calzada... al menos, eso alega ahora.

—Y siguió a otra mujer —apuntó Mason.

—Exacto. Y yo le animé a ello. El detective me preguntó si quería echar una puerta abajo y sacar fotos, pero decidí que no había motivo para llevar las cosas tan lejos. En esto me equivoqué, pues de echar la puerta abajo había descubierto que no se trataba de mi mujer. Bien, ese detective consiguió declaraciones, fotocopias de inscripciones en hoteles, y toda esa hojarasca, y yo me dispuse a actuar... y créame, me tomaron el pelo.

—Continúo sin querer hablar con usted, señor Carson. Busque un abogado.

—No lo necesito —refutó Carson—. Simpatizo con Eden. Todo lo que le dije fue de buena fe. No hubo ningún fraude. No quebranté la verdad ni la ley. Morley y yo pactamos como dos buenos amigos.

—No deseo hablar con usted.

—No está hablando conmigo sino yo con usted —masculló Carson—. Iba a decirle una cosa, señor Mason: puede usted seguir firme en sus trece, pero yo lo arreglaré todo, y le prohíbo que ejerza ninguna acción legal contra mí, ni por fraude ni por nada. Y sepa, y esto es importante, que en estos momentos estoy llevando a cabo unas negociaciones muy delicadas, y no quiero ningún pleito entre manos.

—Lo que usted quiere y lo que quiere mi cliente son cosas diferentes —replicó el abogado—, y en estas circunstancias me inclino por los intereses de mi cliente.

—A eso iba —asintió Carson—. El interés de su cliente estriba en colaborar conmigo y no en dejarse enredar en un pleito.

—Deseo formularle ciertas preguntas, señor Carson —manifestó Mason—, pero se las haré bajo juramento y cuando un abogado le represente a usted.

—Ya —Carson se encogió de hombros—, seguramente ha

hablado usted con esa cabeza de mula del juez Goodwin, el que juzgó el caso de divorcio. ¡Ese viejo fósil! ¡Dios mío, comprenda que Vivian le hizo bailar al son que ella quiso!

Carson hizo una pausa antes de proseguir:

—Cuando se ha vivido algún tiempo con una mujer, uno llega a conocerla muy bien. Adiviné toda su campaña, todos sus pensamientos; la forma cómo pestañearía, cómo cruzaría las piernas, taladrando con sus ojazos a aquel mochuelo de juez... Oh, sí, la perfecta pintura de la mujer ultrajada. De haber podido, Goodwin me habría enviado a la cárcel. ¡Vivían le ofreció un gran espectáculo!

—No pienso discutir con usted —replicó Mason—, los méritos de su divorcio, pero creo que su esposa nombró a otra mujer.

—Bien, ¿y qué? No pudieron demostrar nada, sólo algunas suposiciones. Genevieve Honcutt Hyde es una buena amiga mía, nada más. Seguro, Vivian albergaba sospechas, pero no logró probar nada. Yo paso mucho tiempo en Las Vegas, pero el juego es la principal atracción de mi vida. Sí, la chica trabaja allí, me gustaba y salí con ella; unas cenas en unos restaurantes, carreras en coche y demás... Dios mío, durante los últimos meses de matrimonio, Vivian fue de hielo para mí. ¿Qué diablos puede hacer un hombre? Trabajo todo el día rudamente solucionando problemas de construcción, firmando contratos, y al llegar a casa me enfrento con un comité de recepción pétreo y helado, un comité que empieza a encontrarme faltas aun antes de cerrar la puerta.

—Se lo he dicho varias veces —Mason se encogió de hombros—: No quiero hablar con usted. Y no deseo que existan malentendidos. Le sugiero que abandone este despacho. Salga por esa puerta al corredor.

Mason se puso en pie.

—Está bien —gruñó Carson—, écheme. Pensé que podríamos conversar amistosamente con usted y tal vez con Morley Eden, poniéndolo todo en claro.

—Si desea hablar con Morley Eden no hay ley que se lo impida —observó el abogado.

—¡Oh, al diablo con ustedes dos! —exclamó Carson, yendo hacia la puerta indicada—. Continúe por su camino y yo seguiré el mío.

Carson abrió la puerta del pasillo con gesto colérico.

—Buenos días, señor Carson —le despidió Mason en voz alta.

—¡Le deseo lo mismo, señor Mason! —gritó el visitante—. He intentado colaborar con usted y no he conseguido nada. Bien, cuando quiera verme, búsqieme.

Carson cruzó el umbral y se alejó por el pasillo.

Paul Drake, aparentemente camino del lavabo de caballeros, apenas dirigió una mirada a la iracunda figura de Carson.

—Una personalidad muy encantadora —comentó Della Street, cuando se cerró la puerta—. Imagínate estar casada con eso...

—Probablemente tiene sus buenas cualidades —murmuró Mason pensativamente—, pero le gusta mandar, y cuando los demás no se dejan impresionar, se enfurece. Cuando se desvanece la primera ilusión del matrimonio, Della, dos personas acaban muy pronto con los nervios destrozados.

—Es un hombre tan dominador y charlatán... —objetó Della—. Que yo...

Calló al oír el timbre.

—Seguramente, esto significa que la mecanógrafa tiene ya lista la demanda del caso Eden contra Carson.

—Cuando venga Morley Eden para firmar la demanda —dijo el abogado—, pásela por notario. Certifíquela. Mientras tanto yo iré a hacer una buena obra.

—¿Cuál?

—Trataré de salvar a una mujer que está cogida entre dos fuegos.

—¿Te refieres a Nadine Palmer?

—La misma.

—Tal vez no quiera ningún consejo suyo.

—Tal vez —concedió Mason—, pero al menos tengo el deber de advertirle cómo van las cosas.

Mason consultó su reloj.

—Tan pronto como se haya presentado la demanda, se desencadenará un furor publicitario. Dile a Morley Eden que responda a todas las preguntas de los periodistas, que concederá una conferencia de prensa a la una en su casa, y que los fotógrafos podrán tomar tantas fotos como gusten. Que procure estar en su

casa a la una, y que me aguarde. Que no abra la puerta a nadie hasta que yo llegue allá. Luego, podrá contar su historia a todos los chicos de la prensa, y yo cuidaré de que conteste debidamente a todas las preguntas.

Della Street, con el bolígrafo sobre una hojita de su cuaderno de taquigrafía, levantó la cabeza y asintió.

—Bien —continuó Mason—, firmaré la demanda como abogado. Que firme luego Eden y regístrela notarialmente. Después, que envíen la demanda al juzgado.

—¿Puedo hacer una observación, en mi calidad de secretaria? —preguntó Della.

—Dispara.

—Necesita un corte de pelo, jefe. Si a mí me tuvieran que retratar para la prensa, y fuese a visitar a una guapa divorciada, yo...

—No sigas —la atajó el abogado—. Iré a que me corten el pelo y me hagan la manicura.

—No dije nada de la manicura.

—Lo sé —sonrió el abogado—. Esto es idea mía.

Capítulo 5

La mujer que abrió la puerta apenas tres centímetros en respuesta a la llamada era alta, graciosa y daba la impresión de gran seguridad en sí misma. Sujetaba con una mano una bata contra su pecho.

—¿Diga? —preguntó mirando a Perry Mason con mirada francamente calculadora.

—Soy Perry Mason, abogado. Yo...

—¡Oh! —le interrumpió ella—. Ya sabía que le había visto a usted en fotos o en el cine. Ah, es un verdadero placer, señor Mason. Soy Nadine Palmer, aunque supongo que ya lo sabe o no habría venido. Caramba, no estoy presentable. Cuando sonó el timbre acababa de salir de la ducha.

Vaciló un instante y extendió la mano con cierta deliberación, lo cual hizo que su gesto fuese como si le tendiese al abogado una parte de su personalidad.

—¿Podría entrar solamente un instante? —preguntó Mason.

—No estoy presentable... Oh, bien, pase. Tendrá que aguardar a que me vista.

—Gracias. Es algo muy importante o no la molestaría a usted.

El abogado la siguió al interior de un apartamento pequeño pero muy bien amueblado.

Ella le indicó un asiento junto a una mesita cargada de revistas.

—¿Qué pasa, señor Mason? ¿Estoy en algún lío?

—¿Espera usted estarlo?

—He tenido algunos y probablemente tendré más —asintió ella—. Y ahora, si me perdona, iré a cambiarme.

—A su comodidad. Aguardaré aunque no dispongo de mucho tiempo. He de asistir a una conferencia de prensa. Soy el abogado

de Morley Eden. Éste, por si usted lo ignora, adquirió cierta propiedad a Loring Carson.

Al oír mencionar el nombre de Carson los ojos de la joven relampaguearon y apretó los labios. A medio camino del dormitorio se detuvo, giró sobre sí misma y se encaró con Mason.

—¿Qué tiene usted que ver con Loring Carson? —quiso saber.

—Por el momento —repuso Mason— no violó ninguna confidencia si le digo que voy a presentar una demanda contra él por trescientos cincuenta mil dólares como daños y perjuicios por fraude, pidiendo además triple compensación en calidad de daños ejemplares.

—Espero que consiga usted hasta el último centavo —manifestó ella con calor.

—Por lo visto, Carson no es un gran amigo suyo —sonrió Mason.

—¡Ese gusano...! —Nadine Palmer escupió el insulto despreciativamente—. Ha destrozado completamente mi reputación y dejó los pingajos de la misma en manos de todos los periodistas de la ciudad.

—Tengo entendido que cometió una equivocación y que...

—¿Equivocación? —le cortó ella—. No hubo tal equivocación. Ese hombre intentó deliberadamente empañar el buen nombre de su esposa, y el hecho de arrastrar el mío por los suelos en su intento, no le causó el menor pesar.

—Sí, ya sé que se mencionó su nombre —observó Perry Mason.

—¿Mencionó? —repitió ella iracunda—. Lo pregonaron por toda la ciudad. Carson presentó una contrademanda afirmando que su esposa tenía un asunto amoroso con Norbert Jennings, que viajaban juntos los fines de semana, y que ella se inscribía en los hoteles con el nombre de Nadine Palmer.

—Ya —murmuró Mason.

—Luego, después que la esposa ganara el pleito, ese canalla tuvo la audacia de decir que todo había sido un error, que un detective privado había seguido a otra mujer por equivocación, que su esposa no era la mujer que se había inscrito en varios hoteles, sino que era yo, la verdadera Nadine Palmer, la persona a la que el detective había seguido en lugar de la otra. Imagínese el perjuicio que todo esto me causó.

Mason asintió con simpatía.

Bruscamente, la joven tomó asiento.

—Usted es abogado, señor Mason, y habrá visto otras mujeres en bata de baño. Además, dispone de poco tiempo y yo también. Bien, hablemos y solucionemos el asunto. La gente me pone enferma. Hay más hipocresía en nuestra civilización y en nuestros códigos de moral, de lo que se quiere admitir. Cuando me casé con Harry Palmer yo era lo que generalmente llaman «una buena chica». Esto fue lo malo. No conocía a los hombres. No sabía nada de la vida y menos aún del sexo.

Hizo una pausa y miró fijamente al abogado.

—Pasé cinco años sufriendo la peor abyección a que puede verse sujeta una mujer y al final decidí que, puesto que no teníamos hijos, no le debía nada a Harry Palmer. Y me largué. Nos divorciamos y para demostrarle si era tonta, no reclamé ninguna pensión. De joven, antes de casarme, había trabajado, y decidí volver a trabajar... sólo que ya no era una chica sino una mujer. El divorcio tiene una cosa, señor Mason, que los libros callan. Una cambia de chica a mujer. Una ha de valerse por sí misma. Una ha descubierto que el matrimonio no es un lecho de rosas, y que una es un ser normal con apetitos y deseos, y que una ya está marcada. Definitivamente marcada.

—Sí, algo hay de cierto en eso —asintió Mason.

—Todo hombre que se interesa por ti comprende que ya no eres una chica sino una mujer, y que has estado casada. Y te trata de acuerdo con esta noción. Si no respondes del modo que él cree has de responder, te aleja de su lado.

La joven hizo una pausa para tomar aliento.

—Los hombres se vanaglorian de sus conquistas. Los casados tienen queridas. Todo esto forma parte de la vida de sociedad. Pero una divorciada no es ni carne ni pescado. Y se supone que es una mujer fácil. Y después... ocurre este terrible enredo. Por culpa de ese imbécil y su maravilloso detective. No sé si fue culpa de éste o de Carson, pero tampoco me importa. Lo que sí sé es que Loring Carson es, fue y siempre será, un canalla.

Nadine Palmer pronunció las últimas palabras con gran energía.

—Norbert y yo éramos buenos amigos. Supongo que pensaba

casarse conmigo y, teniendo en cuenta todo lo ocurrido, creo que yo hubiera accedido... aunque no pienso volver a ir al matrimonio con los ojos cerrados. No, ya lo hice una vez. Y no volveré a cometer tamaña tontería. Pero ahora Norbert se siente ridiculizado y...

—¿Ya no desea pedirla en matrimonio? —inquirió Perry Mason.

—¿Si lo desea? Claro que sí. Se muestra precisamente muy insistente. Me llama dos o tres veces al día para proponerme el casamiento. Pero yo cuelgo. ¿Y sabe por qué llama con ese propósito, señor Mason? Simplemente, porque piensa que es él el culpable de que la gente ya no me llame «buena chica».

Mason asintió pensativamente.

—Tengo más de veintiún años —continuó ella—. Estoy divorciada y tengo derecho a vivir mi propia vida. Sólo quiero que la sociedad no se meta conmigo. Y respecto a Loring Carson, sólo deseo verle muerto.

Echó atrás la cabeza con gesto resuelto, demostrando su enojo.

—Bien, señor Mason, ya he echado fuera todo mi veneno, y después de ser culpable de haberle dejado ver mi bilis, seré lo bastante cortés como para dejar que me explique el motivo de su visita.

—De acuerdo —asintió Mason nuevamente—. He venido para ahorrarle publicidad.

Nadine se asombró:

—¿Cómo?

—La demanda que he presentado contra Loring Carson, o al menos creo que ya habrá sido presentada por ahora, es bastante espectacular. No sé si se halla usted familiarizada con el contrato existente entre Carson y Morley Eden.

Ella sacudió negativamente la cabeza.

—Pues se trata de dos lotes de terreno contiguos —explicó Mason—. Uno de ellos era la propiedad separada de la señora Carson, y otra era propiedad mancomunada del matrimonio, siendo este último el lote que el tribunal le otorgó a Carson. El terreno lo adquirió Morley Eden, el cual posee el título de propiedad sobre el terreno y sobre el edificio. Y ahora hay dos personas afectadas por la contrademanda de Loring Carson: Usted, precisamente, y Vivian Carson.

—Vivian me resulta simpática —repuso Nadine.

—Y aparentemente, también al juez Goodwin.

—¿Qué tiene que ver el juez con todo este asunto? Bueno, ya sé que Carson tiene sus finanzas tan embrolladas que el tribunal no logró poner nada en claro.

—Siempre es un fallo subestimar la inteligencia de un juez —comentó el abogado.

—¿Cree que Carson subestimó la inteligencia del juez Goodwin?

—Efectivamente.

—¿Puedo preguntarle qué ocurrirá?

—Por eso estoy aquí —convino Mason—. Pensé que usted debía de saberlo. El juez Goodwin opina que cuando el buen nombre de una mujer está mancillado es muy difícil lograr que vuelva a resplandecer.

—¡Ese hombre es muy inteligente! —afirmó Nadine con fervor.

—Cuando un periódico publica una historia —continuó Mason—, le da prioridad de acuerdo con el interés del lector. Por ejemplo, la historia de una mujer a la que se ha sorprendido con un hombre, atrae el interés de la masa. Luego, que todo haya sido una equivocación ya no se publica apenas.

—¿Se refiere a mi caso?

—En realidad —replicó Mason—, el juez se refiere a Vivian Carson. Le gustaría que se publicase que Carson se equivocó. Por lo tanto, ha colocado a mi cliente, Morley Eden, en una posición que pide una acción inmediata. Sí, opino que el juez Goodwin fue muy astuto en sus razonamientos, aunque a mi entender olvidó una cosa.

—¿Cuál?

—El efecto de su decisión sobre usted.

—¿En qué me afecta?

—El paso que ahora doy —prosiguió el abogado— dará como resultado que los periódicos concedan gran publicidad a la comedia de los errores^[1], y al hecho de que Carson la señaló a usted, ante el detective, en lugar de Vivian Carson.

—Creo que todo fue hecho deliberadamente —dijo ella.

—No se trata de eso. Lo interesante es que todo el caso será ahora ampliamente tratado en la prensa.

Nadine Palmer empezó a decir algo, mas de pronto todo el

impacto de las palabras del abogado taladró su cerebro. Agrandó los ojos.

—¿Quiere decir que publicarán todo lo referente a los viajes de fin de semana?

—Exactamente.

—¡Oh, Dios mío! —gimió.

—Por tanto —siguió Mason—, opino que ha de hacer usted algunos planes por anticipado. Si desea adelantarse a la prensa, envíe una declaración, para que no puedan alterar los hechos auténticos. Si, por otra parte, no quiere saber nada con los periódicos, ésta es la ocasión para desaparecer.

La joven vaciló unos instantes.

—Prefiero desaparecer —decidió luego—. ¿Cuándo empezarán los fuegos artificiales?

—Probablemente dentro de una hora.

—Oiga, señor Mason —exclamó Nadine, poniéndose en pie—, ¿tiene alguna objeción a que le obedezca?

—¿Qué quiere decir?

—Que usted me aconsejó que desapareciese.

Mason reflexionó un momento y al fin sacudió la cabeza.

—No estoy en situación de aconsejarle nada. Usted no es mi cliente. Ya tengo uno en este caso. Sólo he tratado de advertirla amistosamente.

—Está bien. ¿Recordará que me advirtió amistosamente, para que nadie pudiera encontrarme?

—Ésta ha sido una de las alternativas que sugerí como más prudentes.

—Es la alternativa que voy a adoptar —manifestó la joven—. Aguarde un momento. Me meteré en un agujero y le echaré tierra encima. Además, voy a salir de aquí con usted. Me acompañará hacia el centro.

Corrió a su dormitorio, abrió una puerta, y antes de volver a cerrarla, gritó:

—Aguarde a que me vista y meta algunas prendas en la maleta. ¡Me largo de aquí!

El abogado tomó asiento, consultó su reloj, frunció el ceño pensativamente, sacó del bolsillo su pitillera y vio que no le

quedaban cigarrillos. Esperó otro minuto y preguntó en voz alta:

—¿Tiene por aquí algunos cigarrillos, señora Palmer?

La voz de la muchacha sonó claramente a través de la puerta.

—En mi bolso hay un paquete. Está encima de la mesa.

El abogado fue a cogerlo, encontró el paquete de cigarrillos, tomó uno, encendió su mechero y de repente se detuvo en su acción, al observar que el cigarrillo estaba húmedo.

Bruscamente, se abrió la puerta del dormitorio. Nadine Palmer, envuelta en un salto de cama que modelaba maravillosamente su figura, entró corriendo en el saloncito.

—Supongo que los habrá encontrado —murmuró.

Cogió el bolso, hurgó en su interior un instante y extrajo un paquete de cigarrillos que entregó al abogado. Mason cambió de posición.

—Un momento, esto no es justo —rió ella—. Usted se halla ahora entre yo y la luz. Y por el momento, no estoy vestida para que usted me observe a contraluz. Sólo trato de mostrarme hospitalaria.

Mason cogió un cigarrillo del nuevo paquete, metiéndoselo subrepticamente en el bolsillo.

—Gracias.

—Ah, hubiese debido rogarle que cerrase los ojos —rió ella maliciosamente—. Bien, tenga paciencia un minuto. Luego, le permitiré que me acompañe hasta la primera parada de autobús.

Dio media vuelta y, con un fútil intento de ceñirse el salto de cama en torno a su cuerpo, regresó al dormitorio.

El abogado volvió a encender el cigarrillo que ella acababa de darle, el cual prendió instantáneamente. Mason miró en el interior del bolso. El paquete de cigarrillos que había dentro, parecía exactamente igual al de los pitillos mojados.

Sin embargo, al examinar este último paquete vio que todos los demás cigarrillos estaban perfectamente secos.

Intrigado, Mason sacó el cigarrillo húmedo de su bolsillo y lo exploró con el pulgar y el índice. Decididamente, el pitillo estaba empapado de agua.

El abogado se sentó, fumando, y contemplando de vez cuando la punta rojiza del pitillo bien seco que tenía entre los dedos.

Antes de que terminase de fumar, Nadine Palmer, ataviada con un traje sastre, entró en el salón con un maletín, un bolso y otra maleta.

—Le permito que me ayude con la maleta —sonrió—. ¿Ha traído coche?

—En efecto.

—Entonces, ¿puede acompañarme hasta una parada de autobús?

—Ciertamente.

—¿Hacia dónde va usted?

—A visitar a mi cliente, Morley Eden. Es el que adquirió la propiedad de Loring Carson, haciendo que éste le construyese la casa según sus propios planos.

—¿De modo que va usted hacia allí? —insistió la muchacha con tono desmayado.

—Sí.

—Bien, le acompañaré parte del camino. Le dejaré en la primera parada de autobús que encontremos.

—¿No quiere que llame un taxi?

—Deseo salir de aquí con usted porque no quiero dejar ningún rastro —repuso ella—, y sé que cuando los periodistas se encuentran con una historia picante como ésta se convierten en verdaderos demonios. Son capaces de formular toda clase de preguntas maliciosas.

—Creo —comentó Mason—, que las inscripciones de los hoteles no se hacían a nombre de señor y señora Norbert Jennings, sino en el suyo propio.

—Exactamente —asintió ella—. Se trataba de viajes de fin de semana y tenga en cuenta que ya no soy una niña, sino una mujer. La gente tiene tendencia a sacar sus propias conclusiones cuando se trata de una divorciada... y yo lo soy. ¿Nos vamos?

Mason cogió la maleta, salió al pasillo en dirección al ascensor, y por fin ambos llegaron al coche. Observó cómo Nadine Palmer echaba una ojeada por encima del hombro, una ojeada aprensiva, en el momento en que él abrió la portezuela del auto. Luego, saltó al interior con gracia y sonrió.

—Muchas gracias, señor Mason. Es usted un gran hombre... Y me ha ayudado mucho... seguramente más de lo que cree.

—Bueno —respondió Mason torpemente—, se me ocurrió que el juez Goodwin solamente pensaba en Vivian Carson y que alguien tenía que acordarse de usted porque, al fin y al cabo, es tan víctima inocente como la mujer de Carson.

—Tal vez no tanto, según la mente judicial —replicó ella—. Después de todo, yo me interesé por Norbert Jennings y realicé con él varios viajes.

—¿Adónde? —quiso saber el abogado.

—A muchos sitios. Ya se enterará por los diarios. Temo que, fui un poco indiscreta... ¡Maldición, esta palabra es muy cursi! Lo diré de otro modo: no tuve cuidado. Naturalmente, no esperaba que un detective me estuviese siguiendo y tomando nota de cuanto hacía.

—¿Tan terrible fue?

—Podría darlo a entender de este modo. Después de asistir a un club de Las Vegas, Norbert me acompañó a mi habitación. Allí tomamos unas copas y charlamos. Supongo que cuando se marchó eran las dos y media de la madrugada. Naturalmente, el detective estaba ojo avizor con una libreta y un reloj... y sacando sus propias conclusiones.

Mason puso en marcha el coche, que arrancó calle abajo.

—¿Conoce a una chica de Las Vegas que se llama Genevieve Hyde, de profesión camarera?

—¿Por qué?

—Porque, por lo visto, es amiguita de Loring Carson —replicó el abogado—. Podría tener alguna importancia. ¿La vio usted? ¿La conoció personalmente?

La joven frunció el ceño pensativamente.

—No... Claro está, conozco algunas camareras de allí, y hablé con varias sin saber sus nombres. Sí, estuve a menudo en Las Vegas.

—¿Con Jennings?

—Hice varios viajes con él... y también sola. Me gusta Las Vegas. Me gusta aquella excitación. Es algo encantador. Y, para ser sincera con usted, señor Mason, el juego me apasiona.

—¿Conque estuvo sola?

—Sola, en el sentido personal, nunca. Siempre con alguien, tres o cuatro... Y también con algún hombre. Jugar resulta caro para una chica que trabaja... Y si el acompañante te regala unas cuantas

fichas...

—Dijo usted que no pidió pensión alimenticia, ¿verdad? —recordó Mason—. Entonces, ¿puedo preguntar cómo se las arregla para...?

—Ah, allí hay un taxi, señor Mason —le interrumpió la muchacha apresuradamente—. Si quiere dejarme aquí, lo cogeré en lugar del autobús.

Ella misma bajó la ventanilla.

—¡Taxi! —gritó.

Mason detuvo el coche, el taxista asintió, se apeó y procedió a trasladar el equipaje.

—Muchas gracias, señor Mason —agradeció ella.

Le dio un beso fugaz y corrió hacia el taxi.

Detrás del auto del abogado se oyó un bocinazo pidiendo paso y Perry Mason enfiló de nuevo calle abajo.

Capítulo 6

Perry Mason llevó el coche hacia la parte de la mansión que correspondía a Morley Eden, observando que media docena de automóviles estaban estacionados allí. Cuando frenó se le acercó un fotógrafo de la prensa a toda marcha.

Otros fotógrafos empezaron también a disparar sus cámaras y el vehículo del abogado no tardó en estar rodeado de máquinas fotográficas.

Perry Mason saltó del coche.

—¿Qué pasa? —exclamó un periodista airadamente—. ¡Llevamos aquí quince minutos! Y ese tipo dice que no podemos entrar en su casa hasta que usted lo permita.

—Siento haberles hecho esperar —se disculpó Mason.

—No se puede hacer esperar a un periodista —replicó el otro—, pero el director desea que le entrevistemos. Vamos, tenemos prisa. Abra la puerta y echaremos una ojeada. ¿Qué diablos pasa aquí?

—¿Han tratado de entrar en el otro lado de la casa? —quiso saber Mason.

—Nadie contesta al timbre y la puerta está cerrada. Hemos dado vueltas por allí y hemos fotografiado la fachada, pero no hemos podido entrar. Creo que la señora Carson había sido modelo, y Eden nos ha contado que suele exhibirse en bikini.

—¡No dije tal cosa! —saltó el aludido con indignación—. No dije *exhibición*. Dije solamente que a veces toma baños de sol con un bañador... abreviado.

—Es lo mismo —replicó el periodista—. Vamos, abra la puerta.

—Mi editor desea una entrevista con usted, señor Mason —intervino otro periodista—. ¿Qué tiene que decir?

—Les haré un resumen de los hechos más salientes del caso —

accedió el abogado—. Aunque preferiría que no me fotografiasen. No busco propaganda ni...

—Eh —le atajó el periodista—, necesito una entrevista con usted y fotos. Ya tenemos algunas. Bien, cuéntelo todo.

Mason esbozó brevemente el tema de la demanda.

—¿Por fraude?

—Exacto. Pedimos daños y perjuicios y una indemnización.

—¿Y Carson le dijo a Eden que tenía pruebas contra su esposa, que un detective le había seguido a diversos viajes de fin de semana y que tenía un lío con un individuo?

—Así es —asintió el abogado—. Además, los demás datos podrán obtenerlos del propio Eden o de la demanda. Por el momento, prefiero no discutir esta fase del caso, y naturalmente preferiría no juzgar el caso en la prensa, sino en el tribunal.

—Los abogados tienen grandes ideas respecto a la ética —se rió el periodista—, pero los periódicos necesitan noticias. Sí, esta situación es muy interesante. Tal vez usted no desee hablar de ella, pero la prensa ha de informar ampliamente a sus lectores. Si usted nos da todos los datos, los publicamos debidamente. Pero si tenemos que obtenerlos de segunda mano, es posible que los mezclemos sin ton ni son. ¿No saben cuándo regresará la señora Carson?

—Ni siquiera sabía que estuviera fuera de casa —respondió Mason.

—Necesitamos algo más —refunfuñó el periodista—. Por ejemplo, una foto de ella en bikini, ella en su lado de la alambrada y Morley Eden en el otro. Usted dice que ella le da una taza de café por las mañanas... Bien, podría posar con la taza a través de la alambrada.

—No tengo nada que declarar respecto a la señora Carson —estableció el abogado.

—¿Accedería a esa foto su cliente? —quiso saber otro periodista. Mason miró fijamente a Morley Eden.

—Probablemente sí.

—Bien, he aquí un crónica interesante —ponderó uno de los periodistas—. ¿Hay alguna objeción a que visitemos ahora la casa?

—Sólo una parte —precisó el abogado—. La correspondiente a

Eden.

—Bien, ésta es su casa. Él la edificó. ¿Tiene llaves del otro lado?

—Sí, pero existe ese mandamiento de prohibición. Y por tanto, no puede poner ni un pie en la otra parte. Ni siquiera puede pasar un brazo a través de la alambrada, a menos que obtenga permiso de la dueña de la otra parte.

—Maldición —se quejó el periodista—, seguro que el director me obligará a quedarme aquí hasta que consigamos esa obra de arte.

Tras una breve pausa, se volvió hacia Morley Eden.

—¿Sabe dónde está la señora Carson? ¿La vio salir?

—Llegué aquí cuando ustedes —explicó Eden—. En realidad, sus coches me seguían.

—¿Todavía no ha entrado en la casa? —inquirió Mason.

—La señorita Street —replicó el joven— me ordenó que no entrara hasta que llegase usted. Y además, temí que si abría esos periodistas se colarían a la fuerza. Tienen prisa y desean el artículo.

—No tenemos tanta prisa que no podamos enterarnos a fondo de toda la historia —objetó uno de los periodistas—. Vaya, entremos de una vez. Queremos una foto de usted de pie junto al trampolín de la piscina en traje de baño, temeroso de zambullirse por miedo a salir al otro lado de la alambrada. ¿Sigue sin saber dónde está la señora Carson?

Eden negó con la cabeza, sacó un llavero del bolsillo y abrió la puerta.

—¿Tiene también una llave del otro lado, eh? —insistió el periodista.

—Tengo una llave que puede insertarse en aquella cerradura —asintió el joven—. Pero no la he probado a causa del mandamiento de prohibición. Y no sé si la señora Carson ha hecho cambiar la cerradura. Sé que llamó a un cerrajero para que abriera la puerta lateral. De modo que pudo cambiar las cerraduras.

Los periodistas y los fotógrafos penetraron agrupados en el vestíbulo.

—¿Por dónde se va a la piscina? —indagó uno.

Morley Eden indicó el camino.

Todos se apresuraron a descender los peldaños que llevaban al

saloncito, y de repente retrocedieron asustados.

—Eh, ¿qué es esto? —gritó uno.

—¡Hay alguien tendido ahí! —exclamó Eden.

—No sólo hay alguien tendido —observó Mason—, sino que también hay un charco de sangre. Muchachos, retrocedan y...

Sus palabras fueron ahogadas por el estrépito de todos los presentes al avanzar.

Los fogonazos de las cámaras iluminaron violentamente la habitación.

Mason se inclinó para ver las facciones del hombre que estaba en el suelo, y dando media vuelta corrió hacia el aparato telefónico. Lo halló en el vestíbulo.

—¡Por favor, telefonista, es una emergencia! —pidió—. Póngame con Homicidios... Quiero hablar con el teniente Tragg ¿Está?

—¿Quién habla?

—Perry Mason.

—Está por ahí, señor Mason. No cuelgue... Ah, ahí viene.

—Teniente Tragg —oyó Perry Mason que murmuraba una voz masculina—, Perry Mason quiere hablar con usted.

Tras unos segundos, la voz del teniente sonó por el teléfono.

—Vaya, Perry, no me diga que ha hallado un cadáver.

—Yo no. Unos periodistas —replicó el abogado—, y ahora están inundando la casa con sus fotografías.

—¿Qué casa? ¿Qué cadáver? ¿Qué periodistas? ¿Desde dónde llama usted? —quiso saber el teniente.

—Es una mansión edificada por Loring Carson en beneficio de Morley Eden —explicó Mason—. Morley Eden está aquí, y hay un hombre tendido en el salón, aparentemente asesinado. Se trata de Loring Carson. Es un sitio algo difícil de encontrar, pero mi secretaria tiene un plano que le mostraré a usted para que pueda llegar fácilmente hasta aquí y...

—Nosotros también tenemos planos —le interrumpió Tragg—. Dígame el nombre de la calle y número. Si no hay ninguno, déme la descripción y los datos de la escritura de venta. Dígamelo todo y procure que los periodistas no toquen el cuerpo.

—Tengo tantas posibilidades de mantener a los periodistas

alejados del muerto como de apartar una polilla de la luz —rió Mason—. Bien, hable usted con Morley Eden y él le dirá cómo pueden llegar hasta aquí.

Mason le hizo una seña a Eden, el cual se aproximó.

—Oiga, Eden, es el teniente Tragg, de Homicidios. Quiero que venga antes de que esos individuos destruyan las posibles pistas.

El abogado le entregó el aparato al joven y regresó al salón.

Había un periodista arrodillado junto al cadáver.

—Mirad esos gemelos de los puños —estaba diciendo—. Fijaos en lo que hizo ese individuo. Puso algo negro encima de los diamantes para que no brillaran, pero se ve a la legua que se trata de diamantes... Caramba, chicos, sus mangas están mojadas. Las mangas de la camisa.

Mason se inclinó al lado del periodista.

—Ahora vienen los de Homicidios —explicó—. Y les gustará que la escena del crimen esté intacta.

—Seguro —asintió el periodista—, pero mi periódico quiere noticias. Bien, por lo que veo ese individuo era Loring Carson. El que se divorció de la joven que vive en el otro lado de la casa, el mismo que construyó esta casa y le vendió el terreno a Morley Eden, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Qué hacía aquí?

—No lo sé —negó Mason—. ¿Están muy mojadas las mangas de su camisa?

—Lo están, pero no así las de su chaqueta.

—¿Cómo murió? —inquirió el abogado—. Aquí hay mucha sangre. O le mataron de un disparo o...

—Mire hacia este lado y verá cómo murió —le indicó el periodista—. Hay el mango de un puñal en su espalda; un puñal o cuchillo bien hundido. Sólo sobresale el mango.

—¿Están mojadas las dos mangas de la camisa? —insistió Mason.

—Sí, las dos, pero no las de la chaqueta.

—¿Hasta qué altura están mojadas las mangas?

Bruscamente, uno de los periodistas se apartó del grupo y corrió hacia el vestíbulo.

Como si su partida fuera una señal para la acción general, se produjo un éxodo en el grupo.

Uno de los periodistas asió un brazo de Morley Eden.

—¡El teléfono! —preguntó—. ¿Dónde está el teléfono?

—Hay uno en el vestíbulo y...

—Lo están utilizando.

—Hay otro en el dormitorio.

—¿Extensión o línea privada?

—Línea privada.

—Indíqueme el camino.

—¡Eh, Mac! —gritó otro—. No te aproveches.

—¡Al diablo! Estaré al teléfono hasta tener contado todo el caso... ¡Vaya noticia!

—¿Dónde está el teléfono más próximo? —le preguntó otro periodista a Perry Mason.

—Hay una estación de servicio en la carretera. No conozco otro —replicó el abogado.

Unos instantes después, Perry Mason estaba solo en el vestíbulo con el cadáver.

Perry Mason estudió la figura de Loring Carson, y luego dio una lenta vuelta a la estancia.

Cerca del cadáver, y casi directamente debajo de la alambrada, el reflejo de la luz atrajo la atención del abogado. Se inclinó para examinar el origen de la luminosidad y halló dos charquitos de agua, casi minúsculos, y en medio la huella de un pie, donde evidentemente un periodista había estado de pie de tal forma que uno de los charcos tenía un borde convertido en un manchón de lodo.

Apresuradamente, Mason corrió a la puerta que daba al patio y miró hacia la piscina.

Estaba claro que había habido cierta actividad en torno a la misma. Todavía se veía un charco de agua en el sector sombreado por tejas en el lado de Morley Eden, y en la parte soleada, donde el agua tenía muy poca profundidad, también había huellas claras de humedad.

Mason regresó al interior de la casa.

—¡Morley! —gritó—. ¡Eh, Morley!

Se encontraron en el vestíbulo. El joven había salido de un dormitorio.

—¿Hay otro teléfono en la casa? —preguntó Mason.

—No en este lado. Hay uno al otro lado de la alambrada.

—¿Línea directa?

—Línea directa.

—¿Tiene una llave del otro lado?

—Sí. Pero no me atrevo a usarla.

—Démla.

Eden vaciló un instante.

—Ya sabe que puedo verme en un mal paso si hago esto, y que...

—¡Déme esa llave! ¡Deprisa!

Eden sacó del bolsillo un llavero de piel y eligió una llave, que extrajo del conjunto.

—Ésta abre la puerta lateral —explicó—. No sé si servirá ahora pero...

Mason no aguardó a oír el resto; cogió la llave y salió de la casa a toda marcha; vaciló un momento delante de la alambrada y por fin decidió que ganaría tiempo dando un rodeo con el coche. Subió al mismo, lo puso en marcha y envió la gravilla al aire cuando las ruedas tomaron la curva.

Cuando llegó al poste de cemento, el abogado frenó, rodeó el poste y enfiló el otro lado del sendero, parando delante de la puerta lateral de la casa. Subió tres peldaños y probó la llave.

Giró el pestillo.

Mason penetró en la casa por el cuarto trastero, buscó frenéticamente un teléfono y lo halló en la cocina. Lo descolgó y marcó el número privado de la oficina de Paul Drake.

Unos segundos después, cuando oyó la voz del detective, exclamó:

—Paul, aquí Perry. Escucha y actúa con la máxima diligencia.

—De acuerdo, sigue.

—Nadine Palmer, una divorciada que vive en el 1721 de Crockley Avenue, salió de su apartamento conmigo hace una hora, tal vez un poco más. Cuando llegamos al cruce, donde hay una casa de apartamentos llamada Nester Hill, la joven vio un taxi en la

parada (parada de sólo dos taxis), en la acera derecha. Lo cogió y se marchó no sé adonde. Bien, quiero averiguar adónde fue. Y cuando la encuentres, síguela sin perderla de vista.

—¿Qué más?

—Ponte en contacto con la compañía del taxi y averigua adónde la llevó el que ella alquiló. Obra como quieras, pero es preciso que encuentres el rastro de esa muchacha lo antes posible. Quiero saber todos sus pasos. A quién ve, a quién llama... todo lo que hace, y no deseo que nadie...

Mason calló bruscamente al oír una exclamación a sus espaldas.

Vivian Carson, con los brazos cargados con bolsas de comestibles, le miraba desde el umbral con indignación.

—Bien —exclamó con sarcasmo—, póngase cómodo, señor Mason. Si quiere algo, cójalo.

—Lo siento —se disculpó Mason, colgando el teléfono—, pero necesitaba llamar con urgencia.

—Eso parece. He escuchado sus instrucciones. Supongo que no es pecado escuchar una conversación confidencial en la casa propia.

—Lo siento —repitió el abogado.

—Temo que lamentarse y pedir disculpas no será bastante, señor Mason —replicó ella—. Yo considero su intromisión en mi casa como una violación del mandamiento del juez Goodwin.

—Muy bien —asintió Mason—. Yo me haré responsable ante el juez. Y ahora permítame preguntarle de dónde viene usted.

—De compras.

—¿Cuánto hace que salió de casa?

—No es asunto suyo.

—Tal vez no —observó Mason—, pero será asunto de la policía.

—¿La policía?

—Quiero decir —aclaró Mason—, que su ex marido Loring Carson, está tendido, asesinado, al otro lado de la alambrada. Alguien le hundió un cuchillo en la espalda y sería estupendo, señora Carson, saber dónde...

Vivian Carson abrió los brazos. Primero una bolsa y después la otra, ambas cayeron al suelo. Se derramó una botella de leche, se rompió una lata de vinagre, y la leche y el vinagre se mezclaron sobre las losetas de la cocina.

—¡Mi marido... ase... asesinado! —musitó Vivian, como queriendo acostumbrarse a la idea.

—Sí, asesinado. Y la policía...

Calló al oír el ruido de una sirena, fuera.

—Ya han llegado —anunció Mason—. ¿Hay más bolsas en su coche?

—Otras dos, llenas.

—Permita que se las traiga —se ofreció Mason. Dio un rodeo para no pisar la leche y el vinagre derramados y añadió—: si me indica dónde está todo...

Vivian Carson hizo ademán de seguirle, pero sacudió la cabeza, se apoyó en la pared, dio unos pasos tambaleantes hacia la silla y cayó derribada sobre la misma, en el cuarto trastero.

Mason fue hacia el coche, observando que el policial se hallaba estacionado al otro lado, frente a la puerta de Morley Eden.

El abogado abrió la portezuela del auto, halló las dos bolsas llenas de víveres, las cogió y las llevó hacia la casa, sin dejar de observar atentamente la actividad policíaca del otro lado de la alambrada. Al parecer, nadie se fijó en él.

Perry Mason se detuvo delante de Vivian.

—¿Dónde puedo dejarle todo esto, señora Carson? ¿En la cocina?

—Sí, por favor.

—Vamos —la animó Mason.

—Yo... no puedo...

—¡Tonterías! Levántese y enséñeme dónde he de poner esos víveres.

Por el poder de su voz, la joven se puso en pie, dio unos pasos vacilantes y se dirigió a la cocina.

El abogado dejó las provisiones sobre la mesa.

—Oiga, señora Carson —dijo luego—, seré justo con usted. Aprovechando que estoy aquí daré un vistazo.

—¿Cómo?

—Su marido ha sido asesinado —le recordó Mason—. La policía se halla ahora al otro lado de la casa. Y tan pronto como abra usted la puerta que hay entre la cocina y el saloncito, podrá verlos muy atareados. Y la interrogarán.

Ella asintió en silencio.

—Bien —continuó el abogado—, usted es una joven muy bonita. Ha estado fuera de casa. Y ya sabe lo que pensarán. Usted odiaba a su esposo. Y por tanto, me extraña que le pese hasta ese punto la muerte de Carson, a menos que usted oculte algo o haya tenido que ver algo con el crimen.

—¿Qué quiere decir?

—¿Lo mató usted?

—¿Quién, yo...? ¡No, Dios mío!

Mason contempló de repente una barra magnética que se hallaba a la derecha de una enorme cocina eléctrica. De la barra colgaban una docena de cuchillos.

—Aquí parece que hay un hueco —observó Mason, señalando un espacio vacío de la barra—. Todos esos cuchillos están dispuestos simétricamente, incluso bien espaciados, y en cambio este hueco...

—Hay un cuchillo en la nevera —explicó ella—. Lo dejé allí, junto con el pan que estaba partiendo. ¿A qué viene ese súbito intento de culparme del asesinato? ¿Intenta proteger a algún cliente?

—No, digamos que intento hacer con usted un ensayo antes de que la policía empiece a interrogarla. ¿Cuánto tiempo ha estado fuera de casa?

—Un par de horas.

—¿Sólo de compras?

—Entré en el supermercado y compré las verduras en la calle.

—¿Y el resto del tiempo?

—Di unas vueltas y contemplé los escaparates.

—¿Vio a algún conocido?

Ella sacudió negativamente la cabeza.

—O sea, que no tiene coartada.

—¿Qué coartada? —se enfureció Vivian—. ¿Por qué necesito una coartada?

—Imágeneselo —la invitó Mason.

—Pero usted ha dicho que Loring está al otro lado de la alambrada, en la otra parte de la casa y...

—Su cuerpo se halla a pocos centímetros de la alambrada —aclaró Mason—. Y pudo tambalearse un poco antes de caer. Pudo

estar de pie junto a la alambrada, usted en el otro lado y empujar el cuchillo por entre los alambres... La joven se estremeció visiblemente.

—Existe otra posibilidad. Pudo usted zambullirse en la piscina, por debajo de la alambrada, entrar en la otra parte del salón, apuñalar a su marido y regresar por el mismo sistema.

—¡De acuerdo, pude hacerlo! Lo cual no significa que lo hiciera.

—¿Dónde está su bañador?

—Es un bikini muy pequeño, señor Mason. Bien, fui modelo, ¿sabe?, y sinceramente creo que la modestia respecto al cuerpo humano es sólo una hipocresía, como resultado de la hipocresía de la sociedad en general. Me siento orgullosa de mi figura. Tal vez tenga espíritu nudista...

—Eso no importa —la interrumpió él—, ni tampoco la falta de tela en el bañador. ¿Dónde está?

—En la ducha de la piscina... y está mojado. Ayer por la tarde me bañé y luego lavé el traje. Hoy quería colgarlo al sol, pero me olvidé.

—Está bien —gruñó Mason—. Me alegraré que todo salga bien.

—¿Qué ha de salir bien, señor Mason?

—El interrogatorio de la policía. Bien, limpie el suelo, recoja los vidrios rotos y dispóngase a recibir a los representantes de la ley. Ahora que ha recobrado la calma, consérvela.

Mason pasó rápidamente por el cuarto trastero, salió de la casa y subió a su coche. Nadie se fijó en él mientras recorría el sendero hasta el poste de cemento y ascendía de nuevo por el otro lado del camino.

Dejó el auto estacionado a un lado, trepó los peldaños del porche, halló la puerta de la casa abierta, e iba ya a entrar cuando un guardia que estaba a cargo del grupo de periodistas y fotógrafos los empujó fuera del edificio.

—Muchachos, ya conocen el reglamento —masculló el guardia—. Les daremos todos los datos a que tienen derecho, pero no pueden borrar las pistas del crimen. Y ante todo, no tienen ya nada que hacer aquí. Aguarden fuera, si gustan, hasta que haya terminado la inspección. Sí, podrán utilizar el teléfono, nada más.

Mason atravesó el vestíbulo y miró hacia el salón. Un experto

estaba trazando un círculo con tiza en torno al cadáver. Otro se hallaba interrogando a Morley Eden, el cual levantó la cabeza y exclamó:

—¡Oh, ya ha llegado, Mason! ¡Qué diantres! Le he buscado por todas partes. Ese oficial quiere saber quién hizo la llamada, quién descubrió el cadáver, qué pito toca usted en esto y varias cosas más. He contestado que lo mejor sería preguntárselo a usted.

—Exactamente —murmuró una voz seca a espaldas del abogado—. Necesitamos una explicación, Perry.

Mason se volvió para enfrentarse con la enigmática y profesional sonrisa del teniente Tragg.

—Qué, ¿otro cadáver? —preguntó el policía.

—Otro cadáver.

—Una costumbre suya, ¿eh?

—Y también suya.

—Es mi oficio —replicó Tragg—. Yo trabajo en contacto con los cadáveres.

—También yo —asintió Mason—. Y no fui yo quien descubrió éste, sino los periodistas.

—Pero usted se hallaba aquí.

—Sí, me hallaba aquí.

—¡Vaya oportunidad! —sonrió Tragg—. Bien, tal vez ahora nos dará los detalles, Mason.

—Creo que antes es mejor que eche un vistazo por aquí, teniente —objetó Mason—. Esos periodistas lo han revuelto todo.

Tragg frunció el ceño y contempló el cuerpo del suelo.

—Bien, mis muchachos están ocupándose ya del muerto. Hablaré unos instantes con usted. ¿A qué se debe la alambrada que divide esta casa?

—Fue idea del juez Goodwin —aclaró Mason—. Esta casa se vio complicada en un caso de divorcio. Y el juez Goodwin la dividió.

—El caso de Salomón, ¿eh? ¿Quién vive en este lado?

—Morley Eden, ese caballero que está junto a usted.

—¿Su cliente?

—Mi cliente.

—Encantado, señor Eden —gruñó el teniente—. ¿Por qué pensó que se cometería aquí un asesinato?

—No lo pensaba.

—Entonces, ¿por qué acudió al señor Mason?

—Para su información —intervino el abogado—, acabo de presentar una demanda por fraude contra Loring Carson, a favor de Morley Eden, mi representado. Por esto se hallaban aquí los periodistas.

—Entiendo. ¿Quién es Loring Carson?

—El hombre que construyó esta casa; el hombre que vendió los dos lotes del terreno; el acusado en el caso de divorcio y el cadáver que hay en el suelo.

—Bien, bien... —murmuró Tragg—, esto parece aclarar un poco la situación. ¿Quién habita el otro lado de la casa?

—Según el dictamen del juez Goodwin, la otra parte pertenece a Vivian Carson.

—¿La esposa del muerto?

—Ahora es viuda —le corrigió Mason.

—De acuerdo —asintió Tragg, con burlona humildad—. ¿Tienen alguna idea de dónde se halla ahora la señora Carson?

—Supongo que en su lado de casa.

—¿Cómo se llega hasta allí?

—Hay dos medios —explicó Mason—. Puede usted zambullirse desde el trampolín de la piscina del patio y nadar por debajo de la alambrada, o dar la vuelta en torno al poste de cemento al final del sendero, donde empieza la alambrada, y remontar por el otro lado del camino hasta la entrada lateral.

—O bien... —meditó Tragg—, arrastrarse uno por debajo de la alambrada.

—Tal vez —concedió Mason—, pero sería algo difícil para un hombre de tamaño normal. Esa alambrada es muy espesa y corre a ras del suelo.

—Una mujer delgada no creo que tuviera mucha dificultad en pasar por debajo, levantando un poco la alambrada... particularmente si lo hacía desnuda... o sea sin la ropa más esencial, ¿verdad, Mason?

—Sí, en bikini, por ejemplo —asintió el abogado—. Pero tenga presente que la idea es suya, Tragg. Yo no se la sugerí. Me limité a ponerle un bikini a su sospechosa.

—Oh, no es mi sospechosa, Mason, en absoluto —repuso el teniente—. Sólo estaba reflexionando sobre las posibilidades... las desnudas posibilidades.

Tragg, sin dejar de fruncir el ceño, quedó plantado un instante bajo el arco del salón, contemplando toda la escena.

Uno de los policías gritó:

—Venga aquí, teniente. Aquí hay un charco, como si alguien hubiera derramado agua, tal vez de un vaso.

Tragg empezó a bajar los peldaños, mas de pronto dio media vuelta.

—Opino que una mujer esbelta pudo pasar por debajo de la alambrada, Mason —murmuró—, una mujer con bikini, un bikini mojado. Muchas gracias por la sugerencia. Perry. La recordaré.

—No fue sugerencia mía sino idea suya, teniente.

—Exactamente —sonrió Tragg—. Idea mía y sugerencia suya.

Capítulo 7

Mason cogió a Morley Eden por el brazo y le acompañó hacia el vestíbulo.

—¿Cómo entró en esta casa Loring? —quiso saber Perry Mason.

—Ojalá lo supiera —replicó el joven—. La única explicación es que cuando Carson construyó esto, hizo unas llaves duplicadas a fin de poder entrar cuando quisiera.

—Es muy posible —concedió el abogado.

—Fue él quien edificó la casa y puso las puertas, pero había mucho trabajo dentro y, naturalmente, a los contratistas no les gusta que la gente entre y salga por las buenas.

—¿No le entregó Carson a usted todas las llaves cuando terminó la casa? —inquirió Mason.

—Creí que sí —replicó Eden con irritación—. Me dio dos series completas de llaves, pero debió haber tres series.

—¿No sabía que él pensaba hoy venir a esta casa?

—Claro que no.

—¿Dónde estaba usted?

—Esta mañana estuve en su oficina para firmar la demanda. Usted había salido. Leí la demanda y la firmé. La señorita Street actuó de notario público. Dijo que yo debía reunirme con usted aquí a la una en punto y que no debía dejar entrar a los periodistas hasta que usted llegase.

—¿Qué hizo luego?

—Regresé a mi despacho.

—¿Y qué ocurrió después?

—Me llamaron varios periodistas interesándose por la demanda presentada por usted. Los cité a todos para la una, añadiendo que usted estaría presente y haría una declaración, permitiéndoles

tomar fotos. También dije que hasta ese momento no tenía nada que decir.

—¿No tenía la menor idea de que el cadáver de Loring Carson estuviera en esta casa?

—En absoluto.

—¿Cuánto hacía que no le veía usted?

—Varios días.

—Carson estuvo en mi despacho —manifestó el abogado—. Intentó ganarse mis simpatías, mas tan pronto como intuí el objeto de su visita, comprendí que únicamente quería ganar tiempo e impedir que presentásemos la demanda por fraude. Me contó que se hallaba metido en un negocio delicado y que una demanda judicial en estos momentos iba a colocarle en una situación embarazosa.

—Sí —frunció el ceño Eden—, sé que tenía un negocio en curso y deseaba evitar toda publicidad hasta que el contrato estuviera firmado.

—¿Sabe de qué se trataba?

El joven sacudió negativamente la cabeza.

—Ese hombre era un informal —gruñó Mason—. Supongo que era su carácter. Como yo iba a demandarle judicialmente por fraude, no quise discutir nada con él. Y le aconsejé que contratase los servicios de un abogado. Contestó que no necesitaba ninguno, que él podía hablar conmigo a solas, y se burló de mí por atenerme tanto a la ley y a la ética profesional. Francamente, me molestaron sus palabras. Se mostró muy amigable y deseaba solucionar el asunto de manera personal, y yo tuve que adoptar una actitud de completa seriedad, haciéndole comprender que no podía discutir el asunto a menos que fuese en presencia de otro abogado.

—Sí, así era Carson —asintió el joven—. Presionaba a su interlocutor y seguía presionando. Cuando quería algo, parecía taladrar a sus contrarios.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —interrogó Mason—. ¿En coche?

—No lo sé. Cuando yo llegué, no había por aquí ningún auto estacionado, aparte de un par en el que habían llegado los periodistas. Y luego llegaron otros dos vehículos de la prensa.

—Una cosa es segura —estableció Mason—. No salió ya de la casa. O vino en taxi o alguien lo trajo. Si alguien le acompañó, ese

individuo se largó con el coche. ¿Vino usted directamente aquí al salir de su oficina?

—No —admitió Eden—. Me llamó una mujer y dijo que poseía ciertos informes respecto a un terreno que yo deseaba adquirir. Añadió que si yo me reunía con ella media hora más tarde, me enseñaría la manera de ahorrarme diez mil dólares en el trato, en cuyo caso tendría que cederle a ella mil dólares como prima.

—¿Qué hizo usted?

—Concerté una cita con ella.

—¿Quién era?

—No me dijo el nombre, asegurando que yo no la conocía en absoluto, pero que llevaría un vestido verde y un clavel encarnado en el corpiño.

—Un vestido verde... —musitó Mason—. El color que complicó las cosas entre Vivian Carson y Nadine Palmer. Las dos llevaban un vestido verde. Está bien, usted acudió a la cita. ¿Vio a la mujer?

—No. Aguardé media hora y ella no se presentó.

Perry Mason frunció el ceño.

—¿Y esto le retrasó?

—Efectivamente... aunque su secretaria me contó que usted tenía que ver a alguien antes de venir aquí y que, por tanto, no precisaba darme mucha prisa. Sin embargo, llegué a la una.

—¿Vio a la señora Carson cuando llegó?

—No.

—¿Se fijó en si su coche se hallaba estacionado en su lado de la casa cuando usted llegó?

—No.

—¿Pudo estar allí sin que usted se diera cuenta?

—Oh, seguro. Tenía otras cosas en que pensar. Y pudo estar en el garaje. Está en su lado de casa.

Mason le contempló pensativamente.

—Dejemos bien sentado el elemento tiempo, Eden —dijo luego—. ¿A qué hora llegó usted aquí?

—Diantre, no lo sé —se irritó luego el joven—. Un poco antes... tal vez un poco después de la una. No le servirá de nada contrainterrogarme.

—No le estoy contrainterrogando —rezongó Mason—. Estoy,

simplemente, tratando de establecer los hechos. También quiero saber cuándo salió usted de su oficina. La policía deseará averiguar todos sus pasos hasta el último segundo.

—Bien, no podré complacerles —masculló el joven—. No puedo dirigir mis negocios con un cronómetro. No sé a qué hora salí de allí.

—¿Estuvo solo?

—Sí, y salí hasta el solar de la esquina que estoy tratando de adquirir, aguardé a la mujer vestida de verde, al cabo de media hora decidí no esperar más y vine directamente hacia aquí.

—¿Vio el cuchillo clavado en el cuerpo de Carson?

—Sí.

—¿Lo había visto antes?

—Creo que sí.

—¿Dónde?

—Forma parte de un conjunto, es decir, un duplicado de la serie de cuchillos que me entregó Carson.

—¿Carson le dio unos cuchillos?

—Sí —asintió el joven—. Terminó la casa, le di un cheque como pago final y dijo que deseaba hacerme un regalo, pues había colocado una barra magnética para cuchillos en la cocina. Había dejado allí una docena de cuchillos, según creo, desde los más pequeños hasta los de partir pan y carne, junto con uno de cocina con mango de madera. Creo que al mismo tiempo compró otra serie para él. Pues bien, uno de esos cuchillos es muy parecido al que hay en el cadáver de Carson.

—Pero usted ignora si ese cuchillo procede de los que él le regaló a usted, ¿verdad?

—Claro que lo ignoro, Mason. ¿Adónde quiere ir a parar? He visto el cadáver de Carson tumbado en el suelo. Y creo que usted lo vio antes que yo. Procuré mantenerme apartado del mismo. Aunque me acerqué lo suficiente para cerciorarme de que se trataba de Carson. Luego, empezó a interrogarme un periodista. Claro que pienso que no tenían derecho a mezclarlo todo como hicieron.

—Tiene usted razón —convino Mason—, y no ha de enfadarse conmigo por querer ponerlo todo en claro. La Policía querrá enterarse de todos sus movimientos. Querrán saber el empleo de su

tiempo, al segundo. Le pedirán los nombres de los testigos que pueden corroborar sus palabras.

—Pues no podré darles ninguno. ¿Cuántas horas son... me refiero al período de tiempo que querrá abarcar la Policía?

—Depende de la hora en que el forense fije la muerte de Carson —repuso el abogado.

—Entonces, tendrán que aceptar mi palabra.

—No la aceptarán —replicó Mason.

El abogado se aproximó al arco que daba al saloncito, donde Tragg estaba en el suelo, a gatas, elevando y bajando la cabeza como para captar los reflejos de luz procedentes de los charquitos de agua.

—¿Desea algo más, teniente? —le preguntó Mason.

—Claro que deseo algo más —gruñó el teniente—. No sea tonto. Aún no he empezado con usted. Y no deje que se vaya Morley Eden. Aún no he empezado con él.

—¿Qué hace ahora? —se interesó el abogado.

—Por el momento trato de estudiar esos charcos del suelo. ¿Supone, por casualidad, que proceden de cubitos de hielo fundidos?

—¿Cómo si Carson hubiera tenido una bebida a mano cuando murió?

—Exacto —asintió Tragg.

—No lo sé, pero puedo hacerle una sugerencia.

—¿Cuál?

—Como dije anteriormente, resulta sumamente fácil pasar de un lado de la alambrada a otro utilizando la piscina. O sea que la alambrada corre por encima de la superficie del agua, pero no por debajo. Un nadador puede sumergirse y pasar al otro lado con suma facilidad.

—¿Cree que esos charquitos de agua proceden de la piscina?

—Existe una posibilidad —asintió Mason—. Creo que el agua de la piscina contiene cloro en mayor abundancia que la de beber. Si coge usted unos frasquitos y los llena con esa agua antes de que se evapore...

Tragg se volvió hacia uno de los detectives.

—Cuando Perry Mason se muestra colaborador es porque tiene

algo definitivo en su mente. Por mi parte, ya iba a sugerir que recogieran esa agua para efectuar un análisis químico, claro, pero Mason, anticipándose a mis palabras, ha sugerido lo mismo muy oportunamente.

El teniente se incorporó, se quitó el polvo de los pantalones y las palmas de las manos y continuó:

—Llame a la central por radio. Que traigan urgentemente varios frascos y unos cuentagotas esterilizados. Deseo recoger la mayor cantidad de agua posible, antes de que se evapore.

El guardia asintió, saludó y echó a correr hacia uno de los coches de la policía.

Tragg se volvió hacia Morley Eden.

—Bien —indagó—, ¿cómo entró aquí Carson? Usted no dejó la puerta abierta, ¿verdad?

El joven negó con la cabeza.

—Éste es otro de los asuntos que iba a comentar —dijo Mason.

—Adelante —le invitó Tragg—. No recuerdo quién dijo que había que temer a los griegos cuando empezaban a hacer regalos, mas, si mi memoria no me es infiel, ese individuo aceptó los regalos. Acepto todas las sugerencias verbales que haga usted, aunque no olvide que todas sus sugerencias sólo servirán para aumentar más mis sospechas.

—Es muy justo —concedió Mason—, de modo que trataremos de reunir todos los hechos para reajustarlos más adelante.

—Naturalmente, esto es lo más importante en un homicidio. Bien, ¿qué sugiere ahora?

—Supongo que descubriremos que Carson poseía una serie completa de llaves de esta casa —repuso Mason—. Él construyó la casa y se la entregó a Morley. Primero le vendió los lotes de terreno, después prosiguió con la edificación de la casa, de acuerdo con un pago a plazos.

—Ya —asintió Tragg pensativamente—. Ordinariamente no registramos un cadáver hasta que ha llegado un forense, pero en la actual situación el elemento tiempo es de la mayor importancia. Lo mejor será revisar sus bolsillos y tomar nota de cuanto contengan. Haré que vengan lo antes posible un fotógrafo de la policía y el forense.

El teniente se volvió hacia Morley.

—¿Podría traer una sábana, una funda o cualquier cosa que podamos extender en el suelo para colocar todo lo que saquemos de los bolsillos del muerto?

—Puedo traer una funda de almohada.

—Estupendo —aprobó el teniente.

Se apartó unos pasos del cadáver, contemplándolo con astutas pupilas.

—¿Le preocupa algo, teniente? —inquirió Mason.

—Me preocupan muchas cosas —observó Tragg—. Fíjese en la camisa de ese individuo, una camisa de precio. Puños franceses, gemelos con esmalte negro, aunque puede apreciarse que hay en ellos diamantitos enganchados. Pusieron una sustancia negra por encima para ennegrecerlos.

Morley apareció con una funda de almohada.

—¿Le sirve ésta, teniente? —preguntó.

—Está muy bien —asintió Tragg. Se arrodilló junto al cadáver y empezó a registrarle los bolsillos.

—Bien, bien —gruñó, abriendo un talonario de cheques de viaje —: cinco mil dólares en cheques de cien, a nombre de A. B. L. Seymour. Por lo visto, nuestro hombre usaba un nombre falso, tal vez para estafar al departamento de impuestos. Quizás encontremos un nido de amor con todas las complicaciones de una doble vida.

El teniente siguió extrayendo objetos de los bolsillos del difunto.

—Ah, en esta cartera hay quince billetes de mil dólares. Y hay otra cartera en el bolsillo de la cadera con billetes de cien. Ese tipo era lo que podría llamarse un banco humano. Ya, usted, Mason, está interesado por las llaves... Bien, aquí están.

Tragg tenía en la mano un llavero de piel.

—Señor Eden, traiga su llave de la entrada y comprobaremos si es similar a alguna de este llavero. Perdóneme, mas la sugerencia no es mía, sino de Perry Mason. Claro está, esto no importa demasiado... aunque puede tener una gran importancia. He descubierto que las sugerencias de Perry casi siempre son pertinentes, aunque tienden a confundir las pistas en lugar de aclararlas, al menos por el momento.

Morley Eden enseñó sus llaves.

—Veamos —refunfuñó Tragg—, ésta es una llave... ¿De dónde? ¿De la puerta principal? Exactamente.

—Parece faltar una llave de este llavero, pues hay un espacio vacío. ¿Sabe algo de esto?

Morley miró inquietamente a Mason.

—Ya —exclamó el teniente—. Miraditas de auxilio a su abogado, ¿eh? De modo que ese espacio vacío del llavero es significativo, ¿verdad? Tal vez será mejor que antes sepamos de qué se trata, si no tiene usted inconveniente..., ni lo tiene su abogado.

El joven volvió a mirar a Mason.

—En absoluto —dijo Mason—. Le pedí a Eden la llave del otro lado de la casa, que sacó apresuradamente del llavero, y me la entregó. Con ese tipo de llaveros es más fácil tirar de la palanquita y extraer los clips de llaves que quitar la llave del mismo clip.

—Ya —asintió Tragg reflexionando—. De modo que quitó la llave y se la dio a usted. ¿De qué puerta es esa llave?

—De la lateral, o sea la puerta del otro lado.

—¿Dónde vive la señora Carson?

—Sí.

—Tal vez tendrá usted la bondad de enseñarme esa llave, Perry, y así comprobaremos si Carson poseía llaves de ambos lados de la casa.

Mason entregó su llave.

—Gracias —agradeció Tragg con exagerada cortesía—. Perdone ahora que medite unos instantes, tal vez pensando en voz alta, pero me pregunto si no se habrá metido usted en su propia trampa. Cuando usted sugirió que Carson podía tener llaves de esta casa y, por tanto, entrar en ella a su placer, usted pasó por alto el hecho de que yo le había pedido sus llaves a Eden con el fin de efectuar una comprobación. Naturalmente, cuando él me enseñó sus llaves, vi al momento que faltaba una y entonces usted se apresuró a enseñar la que tenía, o sea la del otro lado de la casa. Bien, no importa. Supongo que por el momento el otro lado de la casa no está ocupado.

—La señora Carson vive allí.

Tragg, en tanto sus agudos ojillos comparaban las llaves encontradas en el cadáver de Loring Carson con las del llavero de

Morley Eden, preguntó:

—¿Y por qué deseaba Mason la llave del otro lado de esta casa?

—No lo sé —confesó Morley.

—Ya me lo imagino —convino el teniente—. Mason, en sus momentos más sutiles, casi nunca le confía a nadie lo que hay en su mente, ni siquiera a sus clientes. Indudablemente, pensó que podía proteger de esta manera sus intereses, aunque seguramente el señor Mason será lo bastante amable como para explicarlo.

—Deseaba echar un vistazo rápido al otro lado de esta casa, para averiguar si se ocultaba allí el criminal —repuso el abogado.

—Oh, muy valiente...

—No lo sé —replicó Mason con tono casual—, pero el asesinato se cometió con un cuchillo. Y cuando un criminal ha utilizado un cuchillo ha terminado con él. No es como una pistola que puede volver a dispararse varias veces.

—Sí, muy lógico —rezongó Tragg—. Y quizá pensó usted que el asesino era femenino. Es agradable ver cómo los civiles usurpan las funciones de la Policía, aunque a veces también resulta enojoso. Usted siempre suele contaminar las pruebas, Mason. Pienso, si usted no se opone a que yo piense alguna vez, que lo mejor será que usted y yo pasemos al otro lado de la casa, para saber qué quería usted inspeccionar.

—Encontrará allí ahora a la señora Carson —le notificó el abogado.

—Oh, ese empleo del adverbio de tiempo *ahora* indica que antes no estaba —destacó Tragg.

—Exacto, salió de compras.

—Bien, bien, cada vez da usted más información —sonrió el teniente—. Sí, iremos a charlar ahora con la señora Carson antes de que pueda reflexionar más tiempo sobre las instrucciones que indudablemente le dio usted, Perry.

Tragg se volvió hacia uno de sus hombres.

—Oye, quiero que recojan el agua del suelo, todas las gotas que sea posible. Cuando llegue el coche y os entregue los frascos y los cuentagotas, deseo que los utilicéis sabiamente. Primero, sacad el tapón de un frasco, luego recoged el agua con un cuentagotas y llenar aquél. Y así sucesivamente hasta haber recogido toda el agua.

Que nadie toque el extremo de los cuentagotas. Cuando llegue el forense, decidle que necesito saber el minuto exacto de la muerte. Quiero saber todo lo que él pueda decirme: La lividez *post mortem* y la temperatura del cuerpo. Qué alimentos ingirió por última vez, el contenido del estómago y los intestinos. En resumen, necesito saber la hora exacta de la muerte. Y ahora, si está usted listo, Perry, iremos a visitar a la señora Carson. Le permitiré efectuar las presentaciones y después le agradeceré que no se entrometa hasta que empiece a interrogarle respecto a sus propias actividades. ¿Por dónde pasamos?

—Saldremos de aquí, daremos la vuelta al sendero en torno al poste de cemento, y entraremos por la puerta lateral.

—¿No podríamos pasar por la piscina? —inquirió el teniente.

—No, pues es bastante profunda. Además, la alambrada divide el patio, cruza la superficie del agua, pasa por el enlosado del otro lado y descende por el terreno de la ladera durante unos veinte metros todavía.

—Ya, cuando esa mujer pone una alambrada, la pone a conciencia —comentó Tragg.

—Tengo razones para creer que el propósito de esa alambrada era encolerizar a Morley Eden —observó el abogado.

—Y por lo visto ha sido muy eficaz —añadió el teniente—. No me imagino a nadie pudiendo vivir en una casa dividida por una alambrada. Bien, Mason, nos estamos demorando, y tengo la idea de que el retraso nos perjudica en este caso. ¿Qué le dijo usted a la señora Carson?

—Que habían asesinado a su marido.

—¿De veras? —se burló el teniente—. ¡Qué lástima! Ya sabe, Mason, que a la Policía le gusta efectuar esa clase de anuncios, para observar las expresiones de sorpresa o dolor, para saber cómo una persona se toma la noticia. A veces se obtienen de este modo pistas muy valiosas.

—Lo siento —se excusó Mason—, pero pensé que ella debía saberlo.

—Y se dispuso a nombrar un comité de un solo individuo para comunicárselo, ¿eh?

—No. Pasé simplemente al otro lado de la casa sólo para ver si

el asesino estaba escondido allí, y entonces ella llegó y... bien, me cogió de sorpresa.

—De sorpresa, ¿eh? ¿Qué estaba usted haciendo?

—Daba un vistazo a mi alrededor. No, pensándolo bien, estaba telefoneando.

—¿Telefoneando? —repitió el teniente—. Vaya, esto es interesante. Veamos. Los periodistas estaban allí. Evidentemente se hallaban telefoneando la noticia, aunque en realidad habían sido convocados para darles cuenta de la acción legal interpuesta por fraude. Cuando vieron el cadáver debieron entusiasmarse. Supongo que hubo un breve período de inspección mientras los fotógrafos sacaban fotos, y luego los periodistas debieron correr a los teléfonos. De modo que usted necesitaba un aparato para sus fines y como todos estaban ocupados... Es posible que la señora Carson oyera parte de su conversación.

—Tendrá usted que preguntárselo a ella.

—Lo haré —anunció Tragg, brillándole los ojillos—. Por favor, recuérdemelo, ¿quiere? Si es preciso, déme un codazo para recordármelo. Y ahora vamos en busca de la señora Carson.

—¿Puedo preguntarle si alguna llave del llavero de Carson encaja con las cerraduras de la casa?

—No puedo contestarle hasta haberlas probado debidamente —replicó Tragg—, aunque varias de ellas son idénticas. Opino que el difunto tenía duplicados de todas las llaves de esta casa. Sin embargo, más tarde lo comprobaremos debidamente. Y ahora, si no le importa, me gustaría que me presentara a la señora Carson.

Tragg cogió a Perry Mason por el brazo y se dirigió con él hacia la salida de la casa.

—¿Daremos la vuelta al sendero?

—No hay otro camino —repuso Mason.

—Aparte de la piscina, claro.

—Entonces, será mejor que subamos a un coche —propuso el teniente—. Hay uno obstruyendo el sendero. ¿Es el suyo, Mason?

—Es el mío.

Tragg abrió la portezuela.

El grupo de periodistas se apretujaba a un lado, mantenido a raya por un guardia.

—Teniente —gritó uno—, ¿cuándo nos permitirá interrogarle?

—Dentro de poco —replicó el aludido—. Les ruego que tengan calma. Ustedes ya han fotografiado la escena del crimen y han telefoneado sus crónicas. Les daré noticias tan pronto como haya alguna... siempre que no se interfiera con la detención del asesino.

—¿Alguna sugerencia? —inquirió otro.

—No puedo contestar a ninguna pregunta por el momento.

—¿Adónde se lleva a Mason?

—Vamos, Mason —murmuró Tragg—, ponga en marcha el motor.

El abogado obedeció.

Tragg agitó una mano hacia los periodistas.

—Aguarden unos minutos —exclamó—. No queremos que nadie estropee las pruebas.

El coche dio la vuelta al poste de cemento y empezó a ascender por el otro lado del sendero.

—Ciertamente, esa alambrada es un estorbo, ¿eh? —comentó Tragg.

—Y grande.

—De no haber un sendero doble, uno hasta la puerta principal y otro hacia la lateral, la cosa aún hubiese sido más complicada.

—Ya lo es bastante.

—Sí, tiene razón. Bien, Mason, ¿utilizó usted la llave de la puerta lateral?

—Sí.

—¿Con permiso del propietario?

—Sí, pues Morley Eden es el propietario.

—Oh, esto está sujeto a opiniones. Creo que existe un mandamiento, ¿verdad?

—Un criterio interlocutorio no es una disposición final del asunto —discrepó el abogado—. Naturalmente, siempre queda aún el recurso de apelación. Prefiero sacar mis conclusiones legales de todos los hechos.

—Hummm... —gruñó Tragg—. Una respuesta típica de abogado. Mason estacionó el coche al lado de la casa.

—Pero ¿no hay un mandamiento de prohibición? —insistió el teniente.

—Lo violé —repuso Mason—, de esto no hay duda. Sin embargo, se trata de un asunto entre el juez Goodwin y yo.

—Entiendo —asintió el teniente—. Ahora empiezo a ver claro el caso. Si no le importa, Mason, probaré yo la llave de esa puerta con el fin de comprobar su historia. No dudo de su palabra en absoluto, pero es posible que deba declarar ante el tribunal más adelante y usted efectúa unos contrainterrogatorios terribles.

Tragg, sin dejar de hablar, probó la llave en la puerta, hizo correr el pestillo, abrió, y volvió a cerrar, tocando el timbre.

El sonido resonó por la casa.

Unos instantes después, Vivian Carson apareció en el umbral.

—Señora Carson —murmuró Mason—, le presento al teniente Tragg, de Homicidios. Le gustaría...

Tragg interpuso sus hombros entre el abogado y la joven.

—Me gustaría hacerle unas preguntas —dijo con su sonrisa más seductora—. Aunque tengo que advertirle que todo lo que usted diga puede ser invocado contra usted, por lo que no está obligada a contestar en ausencia de su abogado. Sin embargo, puedo asegurarle, señora Carson, que siento gran simpatía por usted y haré lo que sea para hacer este interrogatorio lo menos penoso posible. Y ahora dígame: ¿dónde estaba cuando se cometió el asesinato?

—No lo sé —contestó ella, mirándole directamente a los ojos—, porque no sé cuándo se cometió el crimen.

—Bien, buena respuesta —observó el teniente—. Casi estoy por pensar que se la sugirió el señor Mason —miró al abogado maliciosamente—. Bien, si no le importa, podemos pasar al saloncito... es decir, a la otra parte del salón, al que le pertenece a usted. A propósito, ¿cómo está dividida la casa?

—La alambrada pasa por el salón. Casi todo se halla en este lado, debido a la zona considerada comedor. Yo tengo —añadió la joven— el cuarto trastero, la cocina, las duchas, los vestuarios de la piscina y los cuartos del servicio. Yo duermo allí.

—¿Posee usted la cocina en el interior de su zona? —insistió el teniente.

—Sí.

—¿Podríamos echarle un vistazo?

La joven echó a andar, pero se detuvo súbitamente al ver que el

teniente examinaba las losetas enceradas del pasillo.

—Perdone —masculló Tragg—, pero aquí hay un punto que brilla menos que el resto del suelo. El reflejo de la luz no es tan intenso... ¿Se derramó algo aquí?

—Yo llegué cargada de comestibles —explicó ella—, el señor Mason me notificó la muerte de mi marido... y yo dejé caer las bolsas. Pesaban mucho y toda la fuerza me abandonó.

—¿Y qué sucedió?

—Que se vertió la leche y un poco de vinagre. Luego, lo limpié.

—Ya. ¿Dónde estaba el señor Mason?

—Telefoneando.

—¿A quién?

—A alguien... no sé.

—¿Oyó usted la conversación?

—En parte.

—¿Qué decía? Me interesa mucho averiguar por qué el señor Mason creyó necesario telefonear hasta el punto de violar el mandamiento de prohibición. Al fin y al cabo, un abogado es un servidor de la ley y debe acatar sus órdenes. ¿Qué dijo Mason?

—Evidentemente le daba instrucciones a alguien. Quería que siguieran a no sé quién.

—¿No oyó el nombre de la persona a seguir?

—Nadine Palmer.

Tragg garabateó apresuradamente el nombre en una libreta.

—Nadine Palmer... ¿La conoce usted?

—Nadine Palmer —asintió Vivian— es la mujer a la que siguió el detective de mi esposo, y a la que pillaron en una serie de indiscreciones.

—Ya —convino Tragg—, y Perry Mason telefoneó a alguien para que la siguiera.

—Exacto. Dijo que quería que la siguieran. Recuerdo claramente estas palabras.

—De acuerdo. ¿Mencionó el nombre de la persona con la que hablaba?

—Creo que no.

—Tal vez el nombre solamente... —sugirió Tragg—. ¡Paul!

—¡Sí, precisamente! —exclamó Vivian—. Ahora me acuerdo, le

llamó Paul. En el momento en que yo entraba en casa.

—¿Qué más ocurrió?

—Creo que el señor Mason intuyó mi presencia, giró la cabeza, y yo le hablé sarcásticamente, diciéndole que podía considerarse en su casa y obrase a su antojo... o algo así.

—Y supongo que este sarcasmo no hizo la menor mella en la dura piel del señor Mason. Pero ¿qué hizo respecto al teléfono?

—Lo colgó y me notificó la muerte de mi esposo, de forma repentina.

—¿Y usted dejó caer las bolsas de víveres?

—Exacto.

—¿Las recogió usted misma?

—Sí.

—¿Dónde las dejó?

—En la cocina.

—Bien, si no le importa, daré un vistazo por allí —murmuró Tragg—. Y a propósito, ¿dónde adquirió los comestibles?

—En el supermercado.

—¿Casi en lo alto de la colina?

—No, aquél es pequeño. He dicho el supermercado.

—Oh, sí, ¿dónde está?

—Hacía Hollywood.

—¿Tiene el ticket?

—Oh, sí.

—Estupendo —asintió Tragg—. Esos tickets suelen estar numerados, por lo que podremos saber a qué hora estuvo allí comprobando los números de la caja registradora. Y ahora, por favor, si me indica la cocina...

Vivian Carson le precedió. Perry Mason siguió a la pareja.

Los ojos de Tragg se fijaron en los comestibles amontonados junto al fregadero.

—Cuatro bolsas de víveres —comentó—. Cuatro bolsas grandes.

—Sí.

—Veamos —continuó el teniente—, como Mason estaba en la casa cuando usted llegó y como usted dejó caer dos bolsas de comestibles, debió tratarse de las dos primeras bolsas. Luego, salió usted en busca de las otras dos y...

—El señor Mason fue a buscarlas.

—Oh, debí pensar en la cortesía del señor Mason —sonrió el teniente—. ¿Y usted dónde estaba mientras él iba a buscar las otras dos bolsas? ¿Tal vez en el salón, o abrió una puerta para poder observar lo que sucedía en el otro lado de la casa?

—No, me dejé caer sobre una silla. Y allí estuve hasta que volvió el señor Mason.

Los ojos del teniente se fijaron en la barra magnética de los cuchillos.

—Una situación muy interesante —musitó—. Una barra con toda clase de cuchillos enganchados magnéticamente. Y como el crimen se cometió con un cuchillo... Perdóneme usted, señora Carson, pero deseo realizar una inspección.

Tragg se acercó a la barra.

—Todos están aquí —dijo ella.

—Ya lo veo —asintió el teniente—. Al menos, todos parecen estar aquí. Con los espacios bien separados, con regularidad... Eh, ¿qué es esto?

Tragg alargó una mano y cogió de la barra un cuchillo de carnicero con el mango de madera.

—Un cuchillo.

—Claro... —Tragg lo examinó pensativamente—. Sí, es un cuchillo, pero no parece haber sido utilizado. Tiene el precio a lápiz en la hoja: tres dólares y veinte centavos.

—Acabo de trasladarme a esta casa, teniente —respondió la joven—. Todavía no he tenido tiempo de aprovisionarme convenientemente y...

—¿Desde cuándo está usted viviendo aquí?

—Desde el domingo. Me trasladé el domingo. Pusimos la alambrada el sábado por la tarde y vine aquí el domingo por la mañana.

—Y en todo ese tiempo no ha tenido una oportunidad para mirar los cuchillos —comentó Tragg—. A propósito, señora Carson, cuando salió de compras, ¿no adquirió por casualidad un cuchillo para reemplazar al que habían hundido en la espalda de su esposo?

Vivian iba a contestar, pero calló de repente.

—Yo... yo...

Mason intervino suavemente.

—Ya sabe que no está obligada a contestar a las preguntas del teniente, señora Carson.

Tragg se volvió y contempló al abogado con evidente disgusto.

—Y usted no tiene por qué estar aquí, Perry. Ya ha efectuado las presentaciones. No tiene que molestarse más. La señora Carson y yo charlamos mucho mejor a solas.

—Creo que ésta es la casa de la señora Carson —arguyó el abogado—, y es ella quien ha de decidir qué personas han de quedarse y cuáles no.

—Hace un instante no hablaba usted así —le recordó Tragg—. Dijo usted que esta casa era de Morley Eden y, si no recuerdo mal, hay un mandamiento de prohibición; por tanto, como oficial de la ley, yo podría echarle de aquí a la fuerza. Usted no querrá resistirse a la orden de un funcionario legal, Mason. Además, ya sabe que podría llevarme a la señora Carson a la central para interrogarla.

Mason calló.

—Bien, no complique el asunto —prosiguió el teniente—. Sea buen chico y lárguese. Puede llevarse el coche, regresar a la parte de la casa que pertenece a Morley Eden y aguardarme allí. Adelante, abogado.

Mason se inclinó profundamente.

—Debido al mandamiento de prohibición y a que la señora Carson no tiene necesidad de efectuar ahora ninguna declaración, me marcho muy contento.

—Y aguarde en casa de Morley Eden hasta que yo llegue —le advirtió Tragg.

—Aguardaré con mayor placer todavía —respondió Perry Mason, sin dejar de mirar fijamente a Vivian Carson y frunciendo levemente el ceño como deseando advertirla.

Capítulo 8

Veinte minutos más tarde Tragg volvió a casa de Morley Eden. Halló a Mason y al joven en el salón.

—¿Qué tal la entrevista con la señora Carson? —quiso saber alegremente el abogado.

—No muy satisfactoria gracias a usted —replicó el teniente—. Sin embargo, esa dama me dijo varias cosas. Me dio más informes de lo que pensaba.

—Ya —asintió Mason—. Bien, ¿le gustaría ahora que yo le diese algunos más?

—Creo que no. Le temo a usted cuando empieza a colaborar... pero adelante.

—Quisiera llamar su atención —comenzó Mason—, sobre el hecho de que las mangas de la camisa de Carson están mojadas hasta los codos, pero las mangas de la chaqueta están secas, salvo por la parte interior donde seguramente el agua de las mangas de la camisa ha humedecido el forro de la chaqueta.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé —replicó Mason— porque me lo contó un periodista.

—Bien, ya ha llamado mi atención hacia esta pista —murmuró el teniente—. ¿Qué significa?

—En esta casa hay una piscina y aquí tenemos un cadáver cuyas mangas de la camisa están mojadas hasta el codo. Creo que ambas cosas se emparejan.

—De acuerdo, echaré una ojeada.

Tragg se dirigió hacia la piscina y se volvió, al darse cuenta de que Morley y Mason le seguían.

—No necesito su ayuda, abogado —gruñó.

—Mi cliente —respondió firmemente Mason— me necesitará

para estar informado de lo que usted halle.

—Bueno, los deseos de su cliente no pueden controlarme en este asunto.

—Está bien —asintió Mason—, se lo diré de otro modo: ¿posee un mandamiento de registro, teniente?

—No lo necesito. En esta casa se ha cometido un crimen y yo puedo buscar pruebas.

—Exacto —convino el abogado— y tiene usted derecho a mantener alejados de usted a todos aquellos sospechosos de obstaculizar su registro o borrar las pistas, pero cuando usted abandona las cercanías del lugar del crimen y empieza a rondar por la casa sin una orden de registro, el representante legal del dueño de la casa tiene derecho a...

—De acuerdo, está bien —concedió el teniente con irritación—, no deseo discutir con usted. Vengan, pero no se entrometan ustedes en nada, ni traten de eliminar alguna prueba.

Tragg se dirigió a la piscina y observó atentamente la alambrada que estaba tendida tensamente sobre la superficie del agua y a través del resto del patio.

—Buen trabajo —aprobó—. Casi una obra de ingeniería.

Mason asintió.

—Hay que sumergirse bajo la alambrada —continuó Tragg—. Esos alambres están demasiado tensos y juntos para que una persona pase a su través. Bien, miremos por aquí.

Tragg se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa, se dejó caer a gatas y empezó a recorrer el borde de la piscina, con la mano derecha dentro del agua, explorando todas las losetas del interior, con lo que el brazo se le hundió hasta el codo.

—¿Qué puede haber aquí, Mason? —preguntó.

—No lo sé. Pero me pareció muy significativo que el muerto se hubiese mojado los brazos.

—Claro que lo es —asintió el teniente, siguiendo hurgando dentro de la piscina.

Vivian Carson, en el umbral de su parte de patio, inquirió:

—¿Puedo saber qué buscan?

—Pruebas —repuso el teniente escuetamente.

Tragg terminó el circuito de la piscina por el lado perteneciente

a Morley Eden.

—Bien, aquí no hay nada —manifestó—. Probaremos en el otro lado... aunque no sé cómo pasaremos, Mason.

—¿Le molestaría colocar una silla en su parte de alambrada, señora Carson? —pidió el abogado—. Yo colocaré otra en este lado... Sí, junto al borde de la piscina. Gracias. De este modo, podremos realizar la inspección sin tener que dar la vuelta por el sendero.

Eden apareció un instante después con una silla que colocó junto a la alambrada. La esposa del difunto efectuó otro tanto.

Trepando a una silla, pasando sobre la tensa alambrada y saltando a la otra silla, Tragg traspuso la frontera y terminó su inspección de la piscina.

—Aquí no hay nada —anunció, pensativamente.

Mason indicó los peldaños de cemento que ascendían desde la parte menos honda de la piscina.

—¿Los ha examinado, teniente? —sugirió.

—Sí.

—¿Y en la parte posterior? A mí me parece que el primer peldaño no está derecho contra la pared de la piscina.

—¿Y qué?

—Según una construcción regular de la piscina —continuó el abogado—, pienso que...

—De acuerdo —le atajó Tragg con impaciencia.

El teniente volvió a agacharse y murmuró:

—Probablemente me habré desgastado las rodilleras del pantalón cuando termine. Yo... ¡Tiene razón, Mason! Hay una grieta entre el peldaño superior y la pared de la piscina. Puedo meter los dedos dentro. Pero esto no significa nada.

—¿No? —indagó Mason.

—Eh, un momento... —exclamó Tragg—. Aquí hay un aro.

—¿Qué clase de aro?

—Un aro de metal y una cuerda. Voy a tirar de ella, Mason, y...

Tragg se apoyó en el reborde de la piscina con la mano izquierda y tiró de la cuerdecita con la derecha.

—Esto se mueve —anunció—. Hay un cable... ¡Vaya, vaya!

A unos dos metros dentro de la piscina se elevó una loseta,

girando sobre unos goznes, dejando al descubierto un hueco cuadrado.

Tragg soltó la cuerda y se incorporó.

—De acuerdo —gruñó— una caja fuerte. Veamos qué hay dentro.

—Usted no se mueva —le ordenó el abogado a Morley Eden, trepando sobre la silla y saltando después por la alambrada.

Corrió junto a Tragg. Los dos examinaron el hueco de unos cuarenta centímetros cuadrados y medio metro de profundidad.

—Ahí no hay nada —observó Tragg.

Vivian, de pie detrás de ambos, también contempló el interior del vacío hueco.

—¿Qué significa esto? —quiso saber.

Tragg levantó la mirada.

—Díganoslo usted, señora Carson.

—Esto es una novedad para mí —repuso ella.

Tragg enarcó pensativamente las cejas.

—Carson construyó la casa, ¿verdad, Mason?

—Eso tengo entendido.

—¿Y la piscina?

—Toda la casa, con el patio y la piscina.

—Exacto —asintió Vivian—. Claro, ahí ocultaba su dinero.

—¿Qué dinero? —preguntó Tragg.

—Lo enredó todo para que nadie pudiera saber cuáles eran sus ingresos —explicó ella casi jadeando—. El juez Goodwin adivinó que mi marido había escondido su dinero y deseaba obligarle a descubrirlo. Le interrogó prolijamente respecto a si tenía ahorros, cajas de seguridad y demás... Y esto es lo que hizo cuando construyó la casa: puso aquí un escondite, que llenó con dinero, bonos y obligaciones.

Tragg la contempló pensativamente.

—Usted está sacando un montón de conclusiones, de un agujero vacío.

—Está bien —replicó ella con impaciencia—. ¿Cuáles son sus propias conclusiones, teniente?

—Yo reúno pruebas —sonrió el aludido—. Y llego a las conclusiones cuando he revisado toda la evidencia. Si saltase a

conclusiones prematuras y luego reuniese las pruebas que las apoyasen, no llegaríamos a ninguna parte.

—Creo que la señora Carson —intervino Mason—, se interfiere claramente en este asunto, teniente.

—Opino lo mismo —asintió Tragg—, pero siempre sospecho de las personas que sacan precipitadas conclusiones, aunque sean lógicas. Es la primera vez que usted ve este hueco, ¿verdad, señora Carson?

—Sí.

—¿La primera vez que ve esa losa suelta?

—Repito que sí. No sabía nada de todo esto. ¿Cómo funciona? ¿Desde algún lugar de la piscina?

—En efecto.

Tragg volvió a inspeccionar el peldaño.

—Mason, creo que eso es todo —anunció—. Hemos solucionado el misterio de las mangas mojadas. Si Carson ocultaba su dinero para engañar a su esposa y defraudar seguramente al departamento de impuestos, éste podía ser el escondrijo. Detrás del peldaño hay un aro con un cable. Al tirar del mismo se mueve una palanca y un muelle levanta la loseta... Lo cual, naturalmente, proporciona un buen motivo para el asesinato.

—No lo entiendo —murmuró Vivian.

—Es muy sencillo —condescendió el teniente—. Loring Carson pudo tener aquí una gran cantidad de dinero... mucho más del que encontramos en su cadáver. Aquellas mangas de camisa mojadas indican que pudo abrir apresuradamente este escondite, sacando su fortuna. Alguien que anhelaba el dinero lo acuchilló y se llevó la mayor parte del botín. Así de sencillo.

—¿Quién salta ahora a conclusiones, Tragg? —sonrió Mason.

—Yo —admitió Tragg—. Lo he hecho para observar las reacciones de la señora Carson.

—Pues bien —exclamó la joven airadamente—, estúdielas. Trato de ser justa y no soy hipócrita. No finjo una pena que no siento. Loring Carson era un granuja, pero era también un ser humano y estuvimos casados, lo cual significa que estuvimos gozando de gran intimidad. Lamento su muerte, pero si en la misma se mezclan los derechos de propiedad, quiero verme protegida. En realidad, todo lo

que estaba escondido ahí, me pertenece.

—¿Por qué? —indagó Tragg, contemplando a la joven pensativamente.

—Porque el juez Goodwin deseaba concederme esta propiedad. Estaba seguro de que Loring había escondido una parte sustancial de la propiedad mancomunada. El señor Mason se lo explicará. No es ningún secreto. El juez lo declaró en el tribunal.

—De este modo —la interrumpió el teniente—, de haber descubierto usted este escondrijo, ¿se habría apoderado de su contenido?

—Un momento —intervino Masón—, ésta no es una pregunta justa, teniente. Si ella ignoraba la existencia del escondite...

—Es mi pregunta —le atajó Tragg—, y es justa. Es una pregunta policíaca. Le pregunto, señora Carson, si de haber conocido la existencia del escondite, usted se habría apoderado de su contenido.

La joven miró fijamente al policía.

—No pienso mentir ni soy una hipócrita. Me habría quedado con el contenido.

—Al menos es usted sincera —reconoció el teniente—. En esas circunstancias, señora Carson, tendrá usted que acompañarme para contestar otras preguntas, y también seré franco con usted. Pediré una orden de registro y examinaré esta casa ladrillo a ladrillo. Y encontraremos lo que había dentro de este escondite.

—¿Debo considerarme arrestada?

—Oh, no —recusó Tragg—. Debe considerarse como una joven ansiosa de colaborar con la Policía en todos los aspectos, muy contenta de acompañarme a la Central para contestar a mis preguntas y alejar de usted toda sospecha. Señor Mason, voy a rogarle que su cliente haga lo mismo. Que venga con nosotros. Y a usted, abogado, le ruego que abandone al momento esta casa. No quiero a nadie aquí. Sellaré las puertas y luego lo registraremos todo.

—¡Adelante! —gritó Mason con irritación—. Muy típico de la psicología policíaca. Cerrar la puerta del establo cuando ya han robado el caballo.

—Pero... —objetó el teniente.

—Loring Carson no salió de aquí —le atajó el abogado—. Llegó

en coche. Probablemente con el suyo. La persona que le acompañó, se largó en dicho vehículo, dejándole aquí. Esto significa, de acuerdo con todas las probabilidades humanas, que Carson estaba muerto cuando la otra persona se marchó y que...

—Lo sé, lo sé —concedió Tragg—. Usted es uno de esos ciudadanos modelos que quieren enseñar su oficio a la Policía. Para su información, Mason, poco después de mi llegada y tan pronto como identificamos el cadáver, radiamos un boletín con la descripción del coche. Lo encontraremos, no tema. Tenemos su descripción, su marca y la matrícula. Y para que lo sepa también, estamos vigilando los aeropuertos y las carreteras. La persona que conduzca el coche de Loring Carson quedará detenida, será interrogada y, probablemente, se convertirá en el sospechoso número uno de este caso.

Tragg calló un momento para respirar.

—Mientras tanto, abogado —prosiguió—, aprecio mucho sus sugerencias, pero opino que la Policía podrá investigar este caso sin su ayuda. En vista de este descubrimiento, que cambia completamente el aspecto del caso, voy ahora a acompañarle a la puerta. Se largará usted y se mantendrá alejado de esta casa. La señora Carson y el señor Eden vendrán conmigo a la Central, en mi propio coche. Usted se largará en el suyo, claro. Sé que a usted le gusta apresurar la acción de sus casos, abogado, y por esto no quiero hacerle perder más tiempo. En marcha, pues... ya que no quiero que nadie más toque esta loseta de la piscina. Necesito que los expertos en huellas dactilares se ocupen de ella... de modo, que les ordeno a todos que no se acerquen más a ella. Y en marcha, repito. Al salir daré varias órdenes a mis muchachos.

Capítulo 9

Mason insertó la llave en la cerradura de la puerta del corredor señalada con las palabras: «PERRY MASON. PARTICULAR», entró en el despacho y se encontró ante los asombrados ojos de Della Street.

—Ha debido encontrarse con un buen jaleo, jefe —comentó la secretaria.

—En efecto —admitió Mason—. ¿Sabes lo ocurrido?

—Que Loring Carson fue asesinado y apenas nada más.

—Pues bien —dijo Mason—, yo sé que las mangas de su camisa estaban mojadas. Que estaban secas las mangas de su chaqueta, indicando que había metido los brazos en el agua hasta los codos, tras haberse quitado la chaqueta, y que luego se la había vuelto a poner.

—¿Algo más?

—El teniente Tragg, siguiendo esta pista, halló un escondite dentro de la piscina de la casa. Era una loseta que giraba sobre sí al tirar de un cable. Y existen muchos indicios de que el hueco se utilizaba para ocultar dinero, pero nadie puede probarlo. Bien, Della, necesito aclarar el elemento tiempo. Creo que nuestro cliente, Morley Eden, se muestra un poco vago al respecto. Y me gustaría fijar el momento del crimen lo más aproximadamente posible, y comprobar otros extremos del caso. Ante todo: ¿a qué hora estuvo aquí Loring Carson?

—Lo veré en mi agenda con toda precisión.

La joven fue hacia su mesa y cogió la agenda.

—Estuvo aquí un poco después de las nueve y treinta y cinco. A esa hora hice una señal. Y se marchó poco antes de las nueve cuarenta y cinco.

—Paul Drake estaba en el corredor y pudo verle bien —asintió el

abogado—. A propósito, ¿qué hay de Paul? ¿No ha presentado todavía ningún informe sobre lo que le encargué por teléfono?

—Llamó para comunicar que estaba ocupándose del caso. Fue él quien me dijo que habían matado a Loring Carson.

—Vea si puede localizar a Paul —ordenó Mason—. Mientras tanto, veamos: yo acabé de dictar la demanda por fraude a las nueve en punto, ¿verdad?

—Un poco antes. Usted dejó la demanda junto a la máquina de escribir y sé que la mecanógrafa empezó a escribirla antes de las ocho y media. Estaba lista antes de marcharse usted... o sea, a las diez menos cinco... ¿Se cortó el pelo, eh, jefe?

—Sí, me lo corté —sonrió Mason—, me afeité, me hicieron un masaje, manicura en las manos y me echaron brillantina en el pelo. Usted dijo que debía ofrecerles mi mejor aspecto a los chicos de la prensa y creí que era una buena idea.

—¿No lo hizo en beneficio de Nadine Palmer?

—Nadine Palmer —repuso Mason— tiene ciertas ideas... Della, supongamos que usted se echase a nadar sin otra cosa que su ropa interior. ¿Qué sucedería?

—¿Yo?

—Usted.

—Mi ropa interior es moderna —contestó la secretaria— y bastante abreviada. Son prendas de nylon que no pueden disimularse cuando se mojan. Creo que esta pregunta es científica e impersonal.

—Es científica, impersonal e intrigante —asintió Mason, frunciendo el ceño.

—¿Está Paul? —inquirió de pronto Della por el receptor telefónico—. El señor Mason está en su despacho y le gustaría verle, si Paul puede venir un minuto.

Una pausa.

—Sí, gracias.

Della Street dejó el aparato y explicó:

—Paul viene ahora mismo.

Mason sacó un cigarrillo del bolsillo.

—¿Qué es esto? —preguntó Della.

—Esto era un cigarrillo mojado. Bien, Della, supongamos que

una joven nadase llevando un slip y unos sostenes, y luego se quitase esas prendas pero no quisiera dejarlas donde alguien pudiese encontrarlas. Naturalmente, las guardaría en su bolso, ¿verdad?

—A menos que decidiese dejárselas puestas para que se le secaran encima.

—Me inclino a pensar que Nadine Palmer estrujó sus prendas interiores y se las metió en el bolso —reflexionó Mason.

—¿Por qué tenía que nadar desnuda? —inquirió Della Street.

—Esto es algo que me intriga profundamente.

Perry Mason calló cuando sonó en la puerta el tabaleo característico de Paul Drake.

Abrió Della.

—¿Hay algo referente a Nadine Palmer? —preguntó el abogado cuando el detective tomó asiento.

—Nada.

—Parece haber muy pocas cosas sobre Nadine Palmer —murmuró Della.

—¿Cómo? —inquirió Drake.

—Se trata de una teoría más —intervino Mason—. ¿Qué descubriste respecto al taxi, Paul?

—Sí, lo localicé. La joven se hizo conducir al aeropuerto. Pero nadie sabe qué hizo allí. Pudo tomar un avión o cambiar simplemente de taxi y volver a la ciudad.

Mason asintió pensativamente.

—Si cogió un avión, no fue con su verdadero nombre —prosiguió el detective—. Hemos llamado a todas las compañías aéreas y no existe ninguna reserva a nombre de Nadine Palmer. En estos momentos, la Policía está buscando a esa joven.

—¿De veras?

—Sí. Han investigado y le han prohibido a la portera de la casa de apartamentos que deje entrar a nadie allí hasta que ellos consigan una orden de registro. Han sellado la puerta.

—Vaya, esto es algo —exclamó Mason—. ¿Por qué lo han hecho?

—No lo sé, pero tienen una pista. Lo que no saben, o no creo que sepan, es dónde ella cogió el taxi, de modo que nosotros les

adelantamos en algo.

Mason estrechó los ojos meditativamente.

—Yo le dije algo —murmuró— que desencadenó una serie de reacciones. Pero ignoro qué fue.

—¿Qué era eso de que hay muy pocas cosas sobre Nadine Palmer? —se acordó el detective.

—Una teoría montada sobre un cigarrillo mojado —repuso Mason—. Aquí está el cigarrillo, Paul.

—¿Cómo opinas que se mojó? ¿Arrojándolo a una piscina?

—No —objetó Mason—. Creo que Nadine se desnudó y se zambulló sólo con su ropa interior. Luego se quitó esas prendas, las escurrió y las metió en su bolso; volvió a vestirse y se marchó a casa. Y de pronto, una campanilla resonó en su cerebro. Recuerdo que le estaba hablando de Loring Carson y que... ¡Eh, un momento! Le pregunté...

Perry Mason se volvió hacia su secretaria muy excitado.

—Della, coja el teléfono. Reserve pasaje para el primer avión para Las Vegas. Cuando llegue al aeropuerto la llamaré para saber cuál es la reserva. Iré en taxi, a fin de no tener problemas de aparcamiento. Cuando llame, usted ya habrá hecho la reserva con toda seguridad.

Perry Mason se puso en pie.

—Paul, sigue con el caso. Averigua cuanto puedas sobre Nadine Palmer. Consulta los archivos y entérate de si la Policía ha conseguido ya el mandamiento de registro.

Activamente, se volvió hacia la joven.

—Della, la Policía está interrogando a Morley Eden en la Central, lo mismo que a Vivian Carson. No creo que los retengan mucho tiempo. Tan pronto como los suelten, probablemente Eden llamará aquí. Recíbele. Y dígle que estoy muy preocupado por el elemento tiempo de este caso. Interróguale respecto al mismo. ¿Adónde fue? ¿Qué hizo...? Tome notas taquigráficas, pero sin que él se dé cuenta. No quiero que piense que le estamos friendo ya en el asador. La Policía le habrá interrogado a conciencia y todos sus recuerdos estarán frescos en su memoria.

El abogado se dirigió a la puerta.

—Bueno, adiós.

—Yo puedo llevarte al aeropuerto —se ofreció Paul Drake.

—Cogeré un taxi —replicó Mason—. Tú sigue con tu trabajo.

Mason abrió la puerta, salió al corredor y casi corrió hacia el ascensor.

Capítulo 10

El botones de Las Vegas contempló los tres billetes de dólar que Perry Mason le había puesto en mano.

—Genevieve... sí, claro, Genevieve es una de nuestras chicas.

—¿Puedes indicármela?

—Venga por aquí.

El muchacho condujo al abogado por delante de un mostrador hasta una inmensa sala de juego donde las ruletas, las ruedas de la fortuna y los dados formaban una baraúnda casi infernal. Varias jóvenes ataviadas con pantalones muy ceñidos estaban sentadas detrás de las mesas de veintiuno. En el otro extremo de la sala había una serie de tragaperras, que chirriaban continuamente, chirrido que ocasionalmente interrumpía una voz hablando por un altavoz y anunciando:

—¡Pleno en la máquina veintiuno! ¡La máquina catorce ha conseguido premio doble...!

—Allí está —señaló el botones.

—¿Cuál es?

—La bonita.

—A mí todas me lo parecen —sonrió Mason.

—Genevieve es la más bonita de todas —le devolvió el botones la sonrisa—. Además, aquí les pagan para que lo sean.

—Bien, gracias.

Mason cruzó por entre la multitud de jugadores y mirones hasta el lugar indicado.

La joven, de espaldas a él, lucía un vestido reluciente que le ceñía el cuerpo como la piel a la cebolla. Se volvió hacia Mason y lo estudió con sus grandes y negros ojos, con un leve rastro de descaro.

—Hola, —saludó Mason.

—Hola.

—Busco a Genevieve.

—Ya la ha encontrado.

—Me llamo Mason.

—No me diga que también se llama Perry.

—Me llamo Perry.

—Me pareció haber visto alguna foto suya. Bien, ¿qué diablos le trae a Las Vegas?

—Quiero divertirme.

—Pues se halla usted en el centro geométrico del sitio más divertido del mundo. De todos modos, no se confunda conmigo. Yo no estoy en venta.

—Ni en alquiler —repuso Mason casualmente.

—Podríamos considerar un arrendamiento a largo plazo —sonrió ella, sin intentar ocultar su interés.

—Quiero charlar. ¿Puede hablar mientras trabaja o no se lo permiten?

—Éste es mi oficio. Puedo conducirlo a una mesa de juego y...

—Mi atención está concentrada en otras cosas —confesó el abogado—. ¿Podemos tomar una copa?

—No es muy alentador, salvo como preliminar, pero en las actuales circunstancias creo que sí.

—¿En un reservado? —preguntó Mason.

—En un reservado. Pero recuerde que estoy de servicio y en circulación. Mi deber es llevar los clientes a las mesas de juego, tratar de que todo el mundo se sienta feliz y de vez en cuando coger un puñado de fichas y demostrarles a los jugadores lo fácil que es ganar.

—¿Es fácil ganar? —se interesó Mason.

—Si uno sabe hacerlo, sí.

—¿Cuesta mucho aprender?

—Venga, se lo enseñaré.

Cogió al abogado por el brazo y lo condujo a la mesa de ruleta.

—Déle al croupier veinte dólares para fichas.

Mason entregó los veinte dólares y recibió un montón de fichas.

—Bien —dijo ella—. Yo apostaré con su dinero. Y usted recogerá

las ganancias.

La joven estudió la rueda un momento y colocó unas fichas en el número siete.

La rueda se detuvo en el nueve.

—Así de fácil, ¿eh? —se burló Mason.

—Hum... Estoy presintiendo... Pondré un par de fichas en el veintisiete y otras en el doble cero. Luego, cinco en el rojo y tres en el tercer doce.

—De este modo —observó Mason—, veinte dólares vuelan muy pronto.

—Después —susurró ella— tendré libertad para entrar con usted en un reservado. Así pensarán que estoy cultivando un cliente.

La bolita dejó de saltar.

—Mire.

Mason vio cómo el croupier empujaba unas fichas hacia él.

—Ahora —rió Genevieve— ya tiene más que cuando empezó.

Mason le entregó la mitad de las ganancias.

—¿Puede aceptar algún dinero?

La joven sólo aceptó unas fichas, efectuó varias apuestas en la mesa y se inclinó hacia el abogado de modo que éste notó el roce de su cuerpo contra su hombro. Los labios de la muchacha estaban casi pegados a su oído.

—No puedo cambiar fichas —murmuró—, pero sí podré aceptar dinero cuando usted haya cambiado.

—Todo esto es nuevo para mí, Genevieve.

—Cuando uno gana —aconsejó la muchacha— hay que forzar la suerte. Cuando uno pierde, hay que retirarse.

—¿Es ésta la única receta del éxito?

—Casi. Lo malo es que los jugadores no obran así. Cuando un jugador pierde intenta forzar la suerte y cuando gana decide mostrarse conservador. Usted ahora está de buenas... siga adelante.

Mason contempló cómo la joven repartía varias fichas por la mesa.

El croupier le entregó a Mason un montón de fichas.

Siguiendo los consejos de Genevieve, el abogado repartió varios montoncitos de fichas por la mesa, y volvió a ganar.

La gente que estaba ociosa no tardó en reunirse en torno a la

ruleta para asistir a la fenomenal suerte de la pareja. No tardó en haber una doble fila de mirones. El juego adquirió tanto vigor que el croupier tardaba ya bastante en hacer correr la ruleta, recoger las fichas y pagar a los ganadores.

Mason ganaba casi cada tres vueltas de ruleta, pero luego estuvo cinco jugadas sin obtener nada.

Bruscamente, el abogado se metió las fichas restantes en un bolsillo de la chaqueta.

—Vamos —le dijo a Genevieve—. Quiero descansar. Necesito un trago. Estoy sediento.

—Puede beber aquí mismo —replicó ella en voz alta para que lo oyese el croupier.

—Deseo sentarme y beber tranquilamente. ¿Podré pagar la bebida con estas fichas?

—Seguro —afirmó ella—, o puede cambiarlas en la ventanilla de caja y luego comprar otro puñado.

Mason siguió a Genevieve hasta la ventanilla, entregó las fichas, que el cajero contó cuidadosamente, y recibió quinientos ochenta dólares.

El abogado cogió a la muchacha por el brazo y le metió subrepticamente un billete de cien dólares en la mano.

—¿Es aceptable esto? —preguntó en voz baja.

—Completamente —sonrió ella sin mirar el billete.

Fueron hacia el mostrador, lo rodearon y llegaron a un rincón donde había varias mesitas separadas entre sí por vallas de madera. Tomaron asiento y Genevieve miró al abogado, sonriendo y enseñando sus blancos dientes.

—Usted es un buen jugador —comentó la chica.

—Ahora sí. Usted me ha iniciado. ¿Siempre es tan fácil?

—Sí, cuando se está de buenas.

—¿Y qué ocurre cuando uno está de malas?

—Cuando uno está de malas —replicó ella—, se vuelve loco. Uno se enfurruña y piensa que la mesa le debe dinero. Después, el jugador me mira y piensa que yo soy un gafe. En tales ocasiones, llamo a una compañera, la cual se sienta al lado del jugador. Éste se fija en ella y se olvida de mí. Tras lo cual yo me alejo y el jugador se queda con otra muchacha en las manos.

—¿Y es ella la que se lleva la propina?

—No sea tonto —rió Genevieve—. Los que pierden no dan propinas, pero cuando un tipo gana se muestra muy espléndido. Caramba, incluso he visto en Méjico darles propinas a los croupiers.

—¿Puede controlar el croupier lo que sucede en la mesa? —quiso saber Mason.

—Naturalmente.

Un camarero se acercó a la mesita. Mason levantó las cejas inquisitivamente.

—Whisky con soda, Bert —pidió Genevieve.

—Gin con tónica, por favor —dijo Mason.

Genevieve se tiró de la falda, bajó la mirada y de pronto levantó los ojos con expresión de sorpresa.

—¡Me ha dado usted cien dólares! —exclamó.

—Sí.

—Oh... ¡Bendita sea su alma! Muchas gracias.

—En realidad... deseo algo —sonrió el abogado.

—Todos los hombres quieren algo —murmuró ella—. Supongo que podré darle lo que quiere. Algo... accesible.

Se acercó seductoramente al abogado. Luego se echó a reír y añadió:

—Oh, olvídelo. Desciendo otra vez a la tierra. ¿Qué desea el famoso Perry Mason?

—Saber si conoce usted a Nadine Palmer.

—Palmer... Nadine Palmer... —la joven frunció el ceño pensativamente, en un esfuerzo por recordar.

De pronto movió lentamente la cabeza.

—Este nombre no significa nada para mí —murmuró—. Tal vez la reconociese si la viera. Conozco a muchas personas que sólo son rostros sin nombre. ¿Vive aquí?

—En Los Ángeles.

Genevieve volvió a mover negativamente la cabeza.

—¿Conoce a Loring Carson? —insistió el abogado.

Los ojos de la muchacha se fijaron en los de Mason, y dejó entrever nuevamente sus blancos dientes.

—Conozco a Loring Carson.

—¿Le ha visto últimamente?

Genevieve frunció el ceño.

—Depende de lo que entienda por últimamente. Le vi... Estuvo aquí la semana pasada. Creo que hace una semana que no le he echado la vista encima.

—Ha muerto —anunció fríamente Mason.

—Sí, ya... ¿Cómo? ¿Qué ha muerto?

—Ha muerto. Lo asesinaron hoy, a última hora de la mañana o a primeras de la tarde.

—¿Loring Carson... ha muerto?

—Exacto. Asesinado.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé.

Genevieve abatió la mirada. Durante diez segundos su rostro perdió toda expresión; luego suspiró, levantó la vista y volvió a mirar fijamente a Mason.

—De acuerdo, ha muerto. Ha desaparecido.

—¿Era amigo suyo? —indagó Mason.

—Era... un buen chico, digámoslo así.

—¿Sabía que su matrimonio iba a la deriva?

—Virtualmente, todos los matrimonios, antes o después, van a la deriva. Al menos, todos los que yo conozco.

—¿Jugaba mucho? —continuó interrogando Perry Mason.

—No puedo discutir las costumbres de nuestros clientes, pero sí, jugaba fuerte.

—¿Ganaba?

—Era buen jugador.

—¿Lo cual significa...?

—Que hacía lo que le aconsejaba. No es ningún secreto. Forzaba la suerte cuando estaba de buenas y se marchaba cuando la fortuna le volvía la espalda. Hágalo también usted y ganará, al menos en Las Vegas. Pero nadie lo hace.

—¿Por qué?

—Lo ignoro.

—¿Carson era diferente?

—Carson era un buen jugador y cuando estaba de malas... hacía lo que usted está haciendo.

—¿Qué?

—Sacarme de la circulación e invitarme a una copa.

—¿Lo permite la dirección?

—Señor Mason, voy a serle sincera. Usted es un hombre mayor y yo soy una mujer hecha y derecha. Usted es un adulto y yo también. La dirección gana poco con la bebida. Y la casa trata de dar comida, pasatiempos y alojamiento lo más barato posible.

—Entiendo.

—Por otra parte, el Estado de Nevada obtiene fabulosas ganancias del juego. Todo este lujo lo pagan los jugadores que no ganan, los que pierden.

—¿Hay jugadores que ganan?

—Sí.

—¿Insistentemente?

—Insistentemente.

—De modo que usted quiere decir que cuando un jugador es activo y respalda las mesas, la dirección no se opone a que usted pierda cierto tiempo con él.

—En esas circunstancias —le rectificó ella—, la dirección lo alienta. Usted, señor Mason, es un hombre demasiado inteligente para no ganar. Usted y yo volveremos a la mesa. Si no está de buenas, nos separaremos. Si lo está, me quedará con usted. Pero algo me dice que estará de malas. Creo que usted ya ha tenido su momento de coqueteo con Dama Fortuna.

—¿Y opina que ahora Dama Fortuna me echará encima una ducha de agua fría?

—Dama Fortuna es mujer —replicó ella—. Dama Fortuna es intensamente femenina. Usted le dio a Dama Fortuna la ocasión de sonreírle y ella le sonrió y algo más. Saltó a su regazo. Usted indicó que jugaba con muy poco interés y que pensaba en mí. Que estaba más concentrado en mí que en ella. Pues bien, ahora tiene un mano a mano conmigo. Cuando usted vuelva a la mesa, creo que Dama Fortuna se mostrará con usted tan fría como el hielo.

—¿Y si ocurre esto...?

—Si esto ocurre, yo le dejaré solo y me esfumaré. Usted hallará otra chica, puesto que juega bastante fuerte como para interesar a mis compañeras. De lo contrario, si da usted señales de abandonar la partida por estar de malas, probablemente dará usted vueltas por

aquí en solitario, sin que nadie se fije en usted.

—Interesante, ¿eh?

—Negocio —objetó la joven—. Y ahora, ¿qué desea?

—Quiero saber si Nadine Palmer está en contacto con usted —explicó Mason—. Nadine es una joven muy razonable, muy dueña de sí. Tengo motivos para creer que esta tarde cogió en Los Ángeles un avión y vino hacia aquí. Creo que la busca a usted. Si se pone en contacto con usted, me gustaría saber qué quiere.

El camarero sirvió las bebidas. Mason y Genevieve chocaron los vasos.

—Chin chin —murmuró Mason alegremente.

—Chin chin —contestó ella.

Ambos bebieron.

—Oiga, Perry —dijo luego la muchacha—, seré franca con usted. La muerte de Loring ha sido un verdadero escopetazo para mí.

—¿Le era muy simpático?

Ella vaciló y al final miró directamente al abogado.

—Sí.

—¿Íntimamente?

—Sí.

—Permítame una pregunta: ¿iba usted a convertirse en la segunda señora Carson?

—No.

—¿Puedo saber por qué?

—Yo tengo mi trabajo y él tenía el suyo. Yo soy una excelente compañera de juego. Pero seguramente sería una pésima esposa. Él era un tipo encantador y sabía tratar bien a las muchachas. Muchos hombres son así. Esencialmente, son como viajeros de comercio. Les gusta vender y conseguir muchos pedidos, pero cuando adquieren la mercancía, cuando la tienen constantemente en casa, cuando viaja con ellos, ya no tienen incentivo para vender. Y cuando ven que no pueden desprenderse de la mercancía se aburren. Y una vez aburridos, ya no son plenamente responsables. Y un hombre irresponsable es una pérdida para sí mismo y para el mundo.

—Usted no tiene una idea muy elevada del matrimonio —observó Mason.

—Está muy bien para ciertas personas.

—Carson no pertenecía al tipo de casado, ¿eh?

—Carson seguramente no hubiese sido feliz con ninguna mujer hasta... después de los cincuenta años, y entonces ya habría sido tarde.

—¿Para el matrimonio?

—Para mí. Se habría casado con alguna mujer, de veintinueve o treinta años, que le habría convencido de que sólo tenía veinticinco.

—¿Y entonces...?

—Loring hubiera querido sentar la cabeza. Habría pensado que acababa de acertar un pleno. Y la mujer habría visto cómo él se iba envejeciendo y acabando.

—¿Qué más?

Genevieve se encogió de hombros y apuró su bebida.

—Volvamos al juego —propuso el abogado, inclinando su vaso—. Y si Nadine Palmer se pone en contacto con usted me lo hará saber, ¿verdad?

—¿Por cuánto?

—Por doscientos dólares.

—Lo pensaré. Depende de lo que ella desee. ¿Se trata de algo que puede reportarme dinero?

—No lo sé.

—No quiero engañarle, señor Mason. No me gustan los engaños ni las mentiras. He visto muchas cosas aquí en Las Vegas y he conocido a muchas compañeras de trabajo, pero también he ganado algo. Y una de las cosas que he ganado es aprender a ser libre, y ese derecho a ser libre me da derecho a ser franca. Gracias a Dios, ya no he de mentir ni engañar, y no pienso volver a hacerlo.

—¿Acostumbraba a mentir? —preguntó Mason.

—Toda chica que intente ser respetable y no lo sea, ha de engañar y aparentar lo que no es.

—Usted no era lo que aparentaba, ¿eh?

Ambos se echaron a reír.

—Perry Mason —exclamó ella—, usted quiere cierta información a cambio de doscientos dólares. Y yo le digo que no quiero mentir. Bien, volvamos a la mesa. Veremos si está o no de buenas.

Genevieve abrió la marcha hacia la ruleta.

—Pida cien dólares en fichas —dijo luego.

Mason entregó cien dólares.

El abogado comenzó a apostar en diversos números. Esta vez sin la ayuda de Genevieve, que se limitó a observar.

Una y otra vez rodó la bolita sin que Mason ganara nada. Sólo logró una pequeña cantidad al rojo y al segundo doce, pero los números le esquivaban y su montón de fichas empezó a bajar.

Genevieve le miró y sonrió.

Una joven que llevaba un vestido sumamente ajustado al cuerpo, alargó bruscamente un brazo desnudo sobre la mesa y se inclinó para recoger una apuesta colocada sobre un número del extremo más alejado. Se tambaleó ligeramente y su suave cuerpo pareció rozar la solapa del abogado.

—Oh, le pido perdón —murmuró, levantando la vista y sonriendo.

—De nada.

—Tonta de mí —continuó la joven—, tuve la corazonada de ese número... Bien, al fin y al cabo no ha salido.

—La próxima vez tendrá más suerte —deseó Mason.

Sus ojos se encontraron.

—Siempre hay una próxima vez —repuso ella—. Siempre hay alguna novedad, siempre hay un mañana, un presente, una noche... ésta —terminó con suavidad.

Colocó otra apuesta en el mismo rincón de la mesa y tuvo que apoyarse con más fuerza en Mason. Esta vez cogió el brazo del abogado.

—Deséeme suerte —le pidió.

—Tal vez usted me la dé a mí —replicó él.

—De acuerdo, vamos a darnos suerte mutuamente.

La apuesta de la joven salió premiada.

—¡Oh, bravo, bravo! —palmoteo muy excitada, apretando el brazo del abogado—. ¡Bravo, bravo, lo he logrado!

La sonrisa de Mason era enigmática.

El abogado efectuó otras tres apuestas, evaporando el resto de sus fichas.

—Oh, no irá usted a abandonar —murmuró la joven con

incredulidad.

—Me tomaré un descanso —repuso el abogado—. Iré a respirar un poco. Volveré.

—Sí, por favor —suplicó la joven. Luego, a guisa de explicación como deseando disculparse por haberle cogido del brazo, agregó—: Estando usted aquí he tenido suerte. De modo... que usted me trae suerte.

Le miró pensativamente mientras el abogado se apartaba de la mesa.

Genevieve no estaba a la vista.

El abogado regresó al bar, pidió otra ginebra con tónica y se sentó a beber y contemplar el bullicio.

Quince minutos más tarde divisó a Nadine Palmer cruzando por entre el gentío.

Mason dejó el vaso y la siguió hasta una mesa.

Nadine llevaba un bolso lleno de fichas. Evidentemente, había bebido.

Se acercó a una mesa de ruleta y empezó a apostar. Su suerte era fenomenal. Al cabo de unos minutos había una gran cantidad de mirones, tratando de imitar sus apuestas.

Mason sintió que unos ojos le estaban mirando y al levantar la vista halló que Genevieve le miraba por entre los espectadores.

El abogado miró primero a Nadine y luego a Genevieve. El semblante de ésta no acusaba ninguna expresión.

Mason continuó entre la gente observando a Nadine hasta que ésta tuvo delante un montón tan enorme de fichas que formaba una barricada.

De pronto, Mason se inclinó y colocó un solo dólar en el número once.

—Cambie las fichas y váyase —susurró al oído de Nadine.

La joven dio media vuelta y soltó una exclamación de sorpresa.

—Cambie y lárguese —repitió el abogado.

El abogado efectuó otras dos apuestas y se apartó de la mesa.

—Ya me ha oído —le dijo a Nadine.

Cinco minutos después, la joven acompañada de dos botones que llevaban las fichas, se dirigió a la ventanilla de caja.

La gente la observaba con curiosidad mientras le cambiaban

fichas por valor de más de diez mil dólares.

Perry Mason la cogió por el brazo al abandonar la ventanilla.

—¿Qué hace usted aquí? —inquirió ella.

—¿Y usted qué hace? —replicó el abogado.

—Juego.

—Jugaba —razonó Perry Mason—. Ahora se marcha.

—¿Cómo? Vengo aquí a menudo. Puedo perfectamente gobernar mi propia vida, señor Mason, sin necesidad de seguir sus consejos.

—El consejo que voy a darle es puramente gratuito —repuso el abogado sin inmutarse—. No le hablo como abogado sino como amigo.

—Al parecer, se ha convertido en amigo íntimo en muy poco tiempo.

—Deseo formularle varias preguntas —manifestó Mason—. ¿Quiere un trago?

—No, ya he bebido bastante. Me marchó a mi habitación. ¿Viene?

—¿No habrá inconveniente?

—¿Qué quiere que haga, que contrate a una dama de compañía? —se burló ella.

—No, sólo he preguntado si era conveniente.

La joven salió por una puerta lateral y cruzó por delante de varios pabellones, con el abogado al lado.

Insertó una llave en una cerradura, dejó que Mason empujase el batiente y entraron. Era una habitación suntuosa, con cama, televisión, varios mullidos sillones, una alfombra de pared a pared y un ambiente de plácido lujo.

Cuando Mason cerró la puerta, Nadine se sentó, cruzó las piernas, mostrando una generosa porción de medias de nylon, y contempló apreciativamente a Perry Mason.

—Será mejor que esto sea bueno —murmuró.

—Lo es —asintió el abogado.

—Para que lo sepa —continuó Nadine—, estaba completamente de buenas, cuando usted me obligó a dejar el juego.

—¿Cuánto ha ganado?

—Mucho.

—Unos diez o doce mil dólares...

—Era la segunda vez que cambiaba —explicó ella.

—¿Y la primera?

—Más.

—¿A qué hora llegó?

—Tomé un taxi hasta el aeropuerto y cogí el primer avión.

—No compró el pasaje a su nombre.

—¿Es algún crimen?

—Podría tomarse en consideración en relación con un crimen —puntualizó el abogado—, a menos, claro, que tuviese buenas razones.

—Tenía una buena razón.

Mason la estudió unos instantes.

—Tengo la impresión de que usted trata de ganar tiempo.

—Y yo tengo la impresión —replicó Nadine—, de que usted ha venido a la pesca de información.

—No lo niego. Necesito información. ¿Por qué no compró el pasaje a su nombre?

—Porque estoy harta de ser la presa de todos los lobos del mundo —contestó ella con ojos llameantes—. Gracias a Loring Carson, mi nombre se ha convertido en una marca de fábrica. Soy un poco la señorita Buscona.

—¡Tonterías! —proclamó Mason—. Algunas personas se enteraron de lo ocurrido por la prensa, sonrieron un poco, doblaron la hoja y se olvidaron del caso... al menos en lo que respecta a usted. Admito que la situación no es la misma en lo que concierne a Vivian Carson. Loring Carson le echó mucho cieno encima y naturalmente ha salido muy perjudicada.

—Bien, guarde un poco de simpatía para mí, abogado —repuso Nadine—. Todos los caballeros a los que he conocido desde esa publicidad han intentado seducirme.

—¿Y antes, no? —preguntó suavemente Mason.

—Oiga, tengo una racha estupenda —exclamó la joven—. Y usted me ha ordenado, o casi, abandonar el juego. Pues bien, recite un monólogo y volveré a la mesa. Y si no habla de prisa, me marcharé sin escucharle.

Se puso en pie, se alisó la falda y fue hacia la puerta.

—¿Sabía usted —empezó Mason— que Loring Carson había sido

asesinado cuando dejó Los Ángeles?

La muchacha se detuvo en seco y dio media vuelta, con labios temblorosos.

—¡Asesinado! —gritó.

—Eso he dicho.

—¡Dios mío! —musitó ella.

Volvió al sillón y se dejó caer como si le fallasen las piernas. Sus ojos, muy grandes y oscuros, escrutaron el rostro del abogado.

—¿Cuándo? —preguntó.

—No saben aún la hora exacta. Probablemente, a última hora de esta mañana o a primeras de la tarde.

—¿Dónde?

—En la casa que construyó para Morley Eden.

—¿Quién... quién lo hizo?

—Lo ignoramos —replicó Mason—. Encontraron el cadáver junto a la alambrada que divide la casa de Eden. En la parte correspondiente a éste.

—¿Cómo lo mataron?

—Fue apuñalado con una cuchilla de carnicero que alguien pudo coger de la cocina de Vivian Carson. Lo más interesante es que todas las pruebas indican que Carson había retirado poco antes una gran suma de un escondite situado en la piscina, y que la persona que lo mató se llevó dicha suma.

La joven seguía sentada, inmóvil, temblándole sólo los labios, tratando al parecer de despejar su ofuscado cerebro.

—No tengo mucho tiempo para hablar con usted, Nadine, porque la Policía está haciendo todo lo posible para localizarla a usted.

—¿La Policía? ¿Qué quieren de mí?

—Hay algunos indicios —explicó el abogado— que ponen en evidencia que la persona que cometió el crimen cogió el cuchillo en un lado de la casa, pasó después al otro a través de la alambrada... para lo cual tuvo que nadar zambulléndose en la piscina.

La joven no comentó esa declaración.

—Recuerde que cuando estuve en su apartamento, la encontré a usted con el cabello mojado. Y llevaba usted un salto de cama. Dijo que estaba tomando una ducha. ¿No era una hora bastante

intempestiva para tomar una ducha?

—Para mí no. ¿Hacia qué lado apunta usted?

—También le pedí un cigarrillo —continuó Mason—, y usted me dijo que mirase en su bolso. Bien, miré y hallé un paquete de cigarrillos. Saqué uno y estaba mojado. No logré encenderlo.

Nadine Palmer pareció abismada por estas palabras.

—Usted —prosiguió— salió del dormitorio, arrastrando el salto de cama, sin importarle un ardite mostrar sus indudables encantos por el afán de coger el bolso. Bien, lo cogió, dio media vuelta, fingió sacar el paquete de cigarrillos de su interior y me lo dio.

Mason sonrió y volvió a adoptar una actitud grave.

—Aquellos cigarrillos estaban totalmente secos. Usted los llevaba en la mano cuando salió del dormitorio.

—¿Y eso qué significa, señor Sherlock Holmes?

—Significa —replicó Mason— que usted necesitaba pasar de un lado de casa al otro; que se desnudó y se zambulló, llevando sólo el slip y los sostenes, que después regresó nadando, que escurrió sus prendas interiores, que las metió en el bolso, que se puso el vestido, que se marchó a casa y que se estaba cambiando cuando yo llamé.

—O sea que yo maté a Loring Carson.

—O sea —objetó Mason—, que la Policía considerará que todo esto es altamente sospechoso. Bien, cuando usted iba en mi coche, yo dije algo referente a la amiguita de Loring Carson, Genevieve Hyde, que trabaja aquí en Las Vegas. Tan pronto como usted oyó su nombre, quiso abandonar mi coche y subir a un taxi.

El abogado miró fijamente a la muchacha, que continuaba inmóvil.

—Entonces pensé que ello se debía a que yo había sacado un conejo del sombrero; que usted no conocía el nombre de la amiga de Carson y que tan pronto como lo supo decidió verla.

Perry Mason hizo una pausa.

—Pero ahora tengo otra idea.

—¿Cuál?

—Tengo la sensación —prosiguió el abogado— de que usted pudo obtener de repente un buen puñado de dólares; que deseaba justificar que estuvieran en su posesión y que cuando yo mencioné Las Vegas tuvo usted una gran idea. Decidió venir aquí, ir de una

mesa a otra apostando, y más tarde, de este modo, podría alegar que había tenido mucha suerte.

—¿De veras? —se burló Nadine—. Pues efectivamente he tenido mucha suerte. Usted mismo lo vio. Y vio las fichas que cambié.

—Exactamente —asintió el abogado—. El hecho de venir aquí con el objeto de disimular su reciente adquisición de mucho dinero no significa que no haya podido ganar.

Nadine le miró calculadoramente unos instantes.

—¿Y bien? —la apremió Mason.

—Es usted el que está mojado, señor Perry Mason —repuso al fin la muchacha—. Yo nada sé de un paquete de cigarrillos mojados. Vengo muy a menudo a Las Vegas para jugar. Me gusta el juego. A veces gano bastante. Usualmente, me gusta venir acompañada de un amigo, aunque reconozco que cuando usted nombró Las Vegas sonó una campanilla en mi cerebro y de repente tuve la impresión de que me aguardaba una buena racha. Comprendí que si venía aquí, conseguiría un fortunón.

Perry Mason la escuchaba sonriendo.

—Cuando tengo estos presentimientos me gusta jugar. A veces se debe a algo dicho por alguien lo que me da un presentimiento respecto al caballo de una carrera; entonces, me apresuro a apostar por el caballo en cuestión. Me gusta jugar de acuerdo con mis presentimientos.

—¿Y esto fue un presentimiento?

—Fue un presentimiento.

—Una reacción un poco rápida —comentó Mason.

—Todas mis reacciones lo son —replicó Nadine—. ¿Y dónde tenía escondido Loring Carson tanto dinero en la residencia de Morley Eden?

—Era un escondrijo muy ingenioso —explicó el abogado—. Evidentemente lo planeó al construir la casa.

Acto seguido, el abogado pasó a contar todo lo referente al escondite de la piscina.

—Cuando me marché de allí —añadió—, la Policía proyectaba sacar las huellas dactilares de aquella loseta en busca de posibles sospechosos.

A su pesar, la expresión de la joven se alteró visiblemente.

—¡Huellas dactilares!

—Huellas dactilares —repitió plácidamente Mason.

—No es... no es posible dejar huellas dactilares en una superficie tan lisa como aquélla, ¿verdad?

—Al contrario —objetó el abogado—, el forro del escondite es un material ideal para las huellas.

—Señor Mason... —vaciló la joven—, deseo comunicarle algo.

—Un momento —la detuvo él—. He venido en busca de información. Soy abogado pero usted no es mi cliente. Yo ya tengo uno. De modo que lo que usted me diga, no podré considerarlo como confidencial.

—¿Tendrá que contárselo a la Policía?

—Sí.

—Entonces no le diré nada.

—De acuerdo —asintió el abogado—. Pero recuerde una cosa: sí... tenga en cuenta que he dicho «sí», si en la evidencia reunida por la Policía hay algo que pueda incriminarla a usted, no tiene por qué declarar nada. Si estuvo usted allí, cogió el dinero o parte de él, lo mejor que puede hacer es contratar los servicios de un abogado.

La joven no contestó al momento.

—¿Bien...?

—Estuve allí.

—¿En la piscina?

—No. No estuve en la casa. Fui con el coche hasta un lugar situado más arriba de la casa. Allí hay muchos solares en venta. Ya había ido antes y me había dado cuenta de que desde aquel lugar era posible ver la casa, el patio y la piscina.

—¿Por qué fue a dicho punto? No, no conteste a menos que desee que lo sepa la Policía.

—La Policía lo sabe... o lo sabrá.

—¿Por qué?

—Me sorprendió allí un vigilante de la demarcación.

—¿Le contó que pensaba usted adquirir un terreno?

—No pude. Me sorprendió atisbando con los prismáticos. Sabía que Norbert Jennings pensaba ir allí, muy encolerizado, buscando a Loring Carson. No sé cómo, pero sabía que Loring Carson estaría en la casa. Y como la heroína que es la causa de una pelea, yo deseaba

asistir al combate. En cambio, vi...

Bruscamente, calló.

—¿Qué vio? —la urgió Mason.

—Vi... vi...

La joven dejó de hablar al sonar el timbre de la puerta.

—Será la masajista —dijo ella con indiferencia—. Pedí que la enviaran...

Cruzó la estancia y abrió la puerta.

—Entre. Tendrá que aguardar unos minutos mientras yo...

Se interrumpió y jadeó al ver al teniente Tragg con expresión sonriente.

—No importa, gracias —murmuró Tragg—. Entraré y si me lo permite, me presentaré. Soy el teniente Tragg del Departamento de Homicidios de Los Ángeles, y el caballero que me acompaña es el sargento Camp, Elias Camp, de la Policía de Las Vegas.

Los dos policías penetraron en el pabellón.

Tragg sonrió al ver a Mason.

—Realmente, Perry, es usted bastante tenaz.

—¿Me siguió hasta aquí? —inquirió el abogado.

—Oh, hice algo mejor. Sabíamos que usted deseaba localizar a Nadine Palmer y que un detective la seguía, de modo que me limité a llamar a varias compañías aéreas, preguntando si Perry Mason había reservado un pasaje durante la tarde y hacia qué destino.

El teniente dio media vuelta.

—Evidentemente, la señora Palmer no utilizó su propio nombre porque no pudimos saber dónde había cogido el avión. Pero sí averiguamos que usted había venido hacia aquí, Perry, y usted es un tipo famoso. Dejó un rastro claramente visible. Y tuvimos muy poca dificultad en localizarle. Hubiéramos llegado antes pero tuve que cumplir ciertas formalidades estatales.

El teniente Tragg, haciendo una pausa, se volvió definitivamente hacia Nadine.

—Señora Palmer, ¿ha jugado usted desde su llegada?

—Sí. ¿Es algún delito?

—En absoluto. Y creo que ha sido usted muy afortunada.

—En efecto, lo cual tampoco es ilegal.

—Al contrario, es estupendo —asintió Tragg—. El Departamento

de Impuestos estará muy interesado. Siempre agrada una sorpresa. ¿Dónde dejó usted sus ganancias, señora Palmer?

—Están... están aquí.

—Excelente —aprobó el teniente—. Bien, este papel que le entrego es una orden de registro autorizándonos a examinar su equipaje.

—¡No! —chilló ella—. ¡No pueden hacerlo!

—Oh, sí podemos —sonrió Tragg—, y vamos a examinarlo. Primero el bolso. Está sobre la cama como si usted hubiera metido apresuradamente algo dentro. Veamos qué contiene, si no le importa.

Tragg abrió el bolso.

—Vaya, vaya, vaya... —rezongó.

—¡Es el dinero que he ganado! —gritó Nadine—. ¡Lo he ganado en la mesa de ruleta!

Tragg la miró largamente con sonrisa cordial, aunque con las pupilas tan duras como diamantes.

—La felicito —murmuró.

—Supongo que ya no me necesitan —intervino el abogado—. Recuerde lo que le dije, señora Palmer, y...

—No, no se marche —le cerró el paso el teniente Tragg—. Quiero que se quede por dos motivos. Primero, deseo que oiga la declaración de la señora Palmer, puesto que usted será un testigo desinteresado ya que tiene otro cliente en el caso; segundo, quiero registrarle antes de que se vaya.

—¿Registrarme? —preguntó Mason sumamente extrañado.

—Exactamente —asintió Tragg—. Tal vez vino usted a presentar una reclamación en nombre de su cliente y recibió algún dinero a modo de fianza. Estoy seguro de que no encontraré nada sobre su persona, Mason, pero es una formalidad sobre la que ha insistido la Policía de Las Vegas.

—¿Tiene una orden para registrarme? —inquirió Perry Mason.

—Podemos llevarle a la comisaría —intervino el policía local—, encerrarle por conducta desordenada, por ocupar un pabellón con propósitos inmorales, por resistirse a un oficial de la ley, y por otros cargos. Una vez allí le registraremos de arriba abajo. A su elección. Y ahora separe los brazos de los costados.

Sonriendo, Mason separó los brazos del cuerpo.

—Adelante, caballeros de la ley —les invitó.

—No oculta nada —refunfuñó Tragg—. Nada en absoluto. Le conozco mucho. De ocultar algo habría objetado una y mil veces.

El oficial de Las Vegas le palpó rápidamente, registrándole también los bolsillos.

—Creo que todo está dentro del bolso —gruñó al fin.

—Y hay bastante —agregó Tragg—. Varios miles de dólares. ¿Todo eso lo ha ganado en el juego, señora Palmer?

—No me gusta su actitud —replicó la joven—. No me gusta el modo cómo ha entrado usted en este pabellón, y no he de contestar a sus malditas preguntas. Usted trata de intimidarme y yo insisto en tener a mi lado un abogado elegido por mí.

—¿Es el señor Mason el abogado al que se refiere?

—No —negó ella—. El señor Mason representa a otro cliente del caso. Yo quiero un abogado que me represente a mí, a mí sola.

Tragg fue a abrir la puerta y saludó a Mason, sonriéndole.

—Abogado, ha llegado el momento de su mutis —dijo—. Le han registrado, posee usted un certificado de salud y no es el abogado de esa joven. Nosotros la llevaremos a la comisaría para interrogarla y no deseamos entretenerle a usted más.

El teniente volvió a inclinarse antes de continuar:

—Tengo entendido que también usted obtuvo algunas ganancias a la ruleta, Mason. Si no le importa aceptar el consejo de un veterano, le sugiero que se mantenga apartado de las mesas por el resto de la noche. Aquí hay una excelente sala de fiestas. Y naturalmente, no le importará que la policía de Las Vegas le tenga bajo vigilancia. Queremos saber a dónde va, qué hace y con quién habla. No tendría que decirle esto, pero sé que usted descubrirá a varios caballeros en torno a la entrada del casino, con órdenes de no perderle de vista. En estos casos, si existe una mutua comprensión todo es más sencillo.

Tragg saludó burlonamente, manteniendo la puerta abierta.

Mason se volvió hacia Nadine.

—Creo que ha adoptado usted una decisión prudente. Busque un abogado.

—¿La está aconsejando? —inquirió Tragg.

—Como amigo, no como abogado.

—El señor Mason, como usted ya ha dicho —gruñó el teniente— representa a otros clientes del caso. Y todo lo que hace, es para proteger los intereses de dichos clientes. Naturalmente, si consigue que usted sea inculpada por la Policía, esto irá en favor de los clientes de Perry Mason. Se lo comunico para que no tome en consideración ninguna de sus palabras. No me gustaría que colaborase con nosotros albergando prejuicios, y no creo que el señor Mason desee aconsejarla como abogado, en cuyo caso faltaría a la ética legal.

Abrió más la puerta.

—Y ahora, Perry, buenas noches y deseo que disfrute con el espectáculo de la pista.

—Gracias —replicó Mason—. Así lo haré, teniente, y por mi parte le deseo que su visita a este pabellón resulte fructífera.

Capítulo 11

Sonaba el teléfono cuando Perry Mason abrió la puerta de su pabellón. El abogado cerró la puerta con el pie, corrió al aparato y lo descolgó al tercer timbrazo.

—Hola —dijo.

—Conferencia desde Los Ángeles para el señor Perry Mason —anunció una telefonista.

—Al habla Perry Mason.

—Un momento.

Casi al instante, el abogado escuchó la voz de Paul Drake por el receptor.

—Hola, Perry.

—Hola, Paul. ¿Cómo me localizaste?

—Trabajo detectivesco y deducción —repuso Drake—. Sabía que ibas a Las Vegas, que Genevieve Hyde trabaja en el local donde paras, y estuve seguro de que te encontraría allí.

—Pues aquí estoy —asintió Mason—. El teniente Tragg también está aquí.

—¿Cómo llegó?

—Aparentemente me siguió. Cuando salí para Las Vegas, Tragg telefoneó a la Policía local para que me siguieran el rastro tan pronto yo llegase. Luego, cogió un avión y se reunió con nosotros.

—¿Ha conseguido algo?

—Buena pregunta —repuso Mason—. Nadine Palmer ha ganado mucho. Tragg le presentó una orden de registro y ha recuperado un montón de billetes.

—Bien, aquí también han encontrado unos cuantos —informó Drake—. Creo que tus clientes se hallan en un mal paso.

—¿Mis clientes? —se asombró Mason.

—Exacto.

—Creo que has pluralizado, Paul —observó, el abogado—. También pluralizó el teniente. En realidad, sólo tengo un cliente en este caso: Morley Eden.

—Tienes dos, según creo —objetó el detective—. Juntos.

—¿Juntos? ¿Quiénes?

—Morley Eden y Vivian Carson.

—Esto es absurdo —exclamó Mason—. Santo cielo, Paul, ellos no...

La voz del abogado se desvaneció, al tiempo que una idea germinaba en su cerebro.

—Exactamente —asintió Drake.

—Adelante —pidió Mason—, dame todos los datos. ¿Qué han averiguado?

—Han encontrado el automóvil de Loring Carson.

—¿Dónde?

—En el garaje de Vivian Carson.

—¿Delante de la casa de Morley Eden? O...

—No. En el garaje del apartamento de Vivian.

—Bien, adelante con los hechos, Paul —repitió Mason.

—Todo lo que sé es que una vez Carson y su esposa se separaron, ella se marchó a una casa de apartamentos, donde cada uno cuenta con garaje privado, un garaje subterráneo para dos coches, que entra en el contrato del apartamento. La señora Carson estuvo en dicho apartamento hasta el sábado, cuando contrató al inspector y a los obreros para que colocasen la alambrada en la casa de Morley Eden. Luego se mudó allá.

—Sigue —ordenó Mason.

—Naturalmente, la joven se trasladó apresuradamente. Se llevó todo lo que pudo en su coche y no rompió el contrato del apartamento. En realidad, es un arrendamiento.

—¿Dónde hallaron el auto?

—En el garaje del apartamento.

—¿Por qué lo buscaron allí?

—No lo sé.

—¿Pudo dejarlo allí el propio Loring Carson?

—No, y aquí entras tú en escena, Perry. Los dos lo dejaron allí.

—¿Loring y Vivian?

—No. Vivian y Morley.

—¿Estás seguro?

—Yo no, la Policía sí. Tienen un testigo que ha identificado positivamente a Morley Eden.

—¿Sólo un testigo?

—¿Cuántos quieres en esta clase de cosas?

—Es un error —aseguró el abogado—. Vivian pudo estar mezclada en el asunto y haber escondido el coche, pero Morley no estaba con ella. Esto es cierto. Los testigos se equivocan muy a menudo.

—Lo sé —asintió Drake—, pero has de tener presentes algunas cosas. Vivian Carson se vio acusada en el divorcio, de haber efectuado varios viajes de fin de semana. Según los vecinos, la joven es una mujer marcada.

—¿Qué importa esto? —inquirió el abogado.

—Ya sabes que a las mujeres les gusta espiarse mutuamente —continuó el detective—. Se trata de un espionaje impulsado por la curiosidad, la envidia y...

—Olvídate de la filosofía —le atajó Masón—, aunque seas tú quien paga la llamada.

—Oh, no temas, la pondré en la nota de gastos —replicó vivamente Drake—. Además, me encanta filosofar.

—A mí no. Las cosas se mueven muy de prisa. ¿Qué ocurrió?

—Esta vecina oyó cómo levantaban la puerta del garaje de Vivian. Corrió a la ventana y distinguió a Vivian, acompañada de un tipo al que identifica como Morley Eden. La joven metió el coche en el garaje, Morley la ayudó solícitamente. Luego, él bajó la puerta del garaje, ella la cerró y ambos se alejaron de allí rápidamente. El auto que encerraron en el garaje era el coche de Loring Carson.

—Muy bien —gruñó Mason—. Esto le proporciona a la Policía una buena oportunidad para acusar a Eden y a la Carson, y ahora también tienen un buen caso contra Nadine Palmer. Veremos cuántos asesinos logra descubrir el teniente Tragg para un solo caso.

—Procura que no seas tú uno —le advirtió Drake jocosamente—. ¿Cuándo volverás, Perry?

—Mañana por la mañana. Supongo que dejarán en libertad a

Nadine cuando la hayan frito a preguntas.

—Sí, habiendo hallado el auto de Loring Carson no podrán retenerla —asintió el detective—. La soltarán inmediatamente. No querrán que la prensa publique que les sobran los sospechosos.

—No está mal la idea —sonrió Mason—. Particularmente, teniendo en cuenta que yo no represento a Nadine Palmer, ni le debo nada. Gracias por la sugerencia.

—¿Qué sugerencia?

—La tuya —replicó misteriosamente Mason—. Llama a los servicios de información. Diles que tienes una nueva historia, que la Policía de Las Vegas acaba de detener a Nadine Palmer para interrogarla en relación con el asesinato de Loring Carson. Que lo comprueben en Las Vegas. No des tu nombre. Diles que es sólo un soplo. Pronuncia solamente el nombre de Nadine Palmer y cuelga.

—De acuerdo —asintió Drake—. ¿Algo más, Perry?

—Basta por ahora.

Mason colgó el receptor, exploró su mentón con los dedos, cogió de nuevo el teléfono y preguntó por el conserje.

—Aquí Perry Mason del dos cero siete. Necesito varios utensilios, maquinilla eléctrica, cepillo de dientes, peine y cepillo, y...

Calló bruscamente al reparar en una cartera marrón que se hallaba en el extremo más alejado de la habitación.

—Sí, señor Mason —asintió el conserje—. ¿Alguna cosa más?

—Le llamaré dentro de un momento —repuso el abogado—, y mientras tanto pida esos objetos.

—Tal vez no halle la marca de maquinilla de su preferencia. Si acaso...

—No importa —le interrumpió Mason—. Traiga la que tenga a mano o una maquinilla con cuchillas y brocha y crema. Volveré a llamarle.

—Me ocuparé de ello.

Mason colgó y fue hacia la cartera, inspeccionándola.

Era de piel, de color marrón oscuro, y estaba abierta, mostrando unas letras doradas: «P. Mason».

El abogado la cogió y miró en su interior.

Estaba llena de documentos debidamente doblados.

Sacó algunos. Uno era un bono por el valor de cinco mil dólares, librado por una compañía de acciones, pagadero a A. B. L. Seymour.

El abogado examinó rápidamente el contenido de la cartera, sin coger los papeles uno a uno sino asegurándose sólo de que estaba llena de valores negociables, todos pagaderos a A. B. L. Seymour, aparentemente todos endosados con la firma de A. B. L. Seymour.

Mason cerró la cartera, volvió al teléfono y repitió la llamada al conserje.

—¿Qué me dice de equipaje? —preguntó—. ¿Podría conseguir algo a esta hora de la noche?

—Oh, sí. Tenemos tienda aquí en el edificio. Está abierta hasta muy tarde.

—Estupendo —ponderó Mason—. Quiero una maleta y una cartera. Con las letras *P. Mason* en color dorado. También necesito los artículos de tocador, lo antes posible. ¿Puede proporcionármelo todo pronto?

—Inmediatamente. ¿Desea el señor que pongamos todo el nombre *Perry Mason*?

—No, sólo *P. Mason*. Y no repare en gastos. Le daré una propina de treinta dólares.

—Gracias, señor Mason, haré milagros.

El abogado soltó el teléfono, lo levantó y pidió una conferencia con el apartamento privado de Della Street.

—¿Estaba en la cama, Della? —preguntó cuando se estableció la comunicación.

—No, estaba leyendo. ¿Qué tal marcha el asunto por ahí?

—No muy bien. Creo que estoy en peligro.

—¿Cómo? —exclamó ella sobresaltada.

—No sé... pero alguien ha plantado unas pruebas contra mí.

—¿Qué pruebas?

—Prefiero no hablar por teléfono.

—¿Quién las ha plantado?

—Seguramente el asesino. Y como no puede tratarse de Morley Eden ni de Vivian Carson, debe ser otra persona.

—Evidentemente.

—Podría ser Nadine Palmer, por ejemplo, en cuyo caso ha demostrado ser muy lista y peligrosa. De no ser ella, no sé quién

puede ser, a menos que se trate de Genevieve Hyde, a pesar de que esa muchacha me parece muy seria y formal.

—Precisamente, las muchachas serias y formales son las más peligrosas —comentó Della.

—Lo sé —replicó Mason—. Es una actriz. Se gana la vida fingiendo. Imbuje a los caballeros la idea del juego, les hace creer que ganar es fácil y cuando la cosa sale mal les anima hasta que el caballito blanco se cansa. Por entonces, ya ha logrado retirarse a un rincón para que el jugador no le guarde rencor.

—¡Vaya trabajo! —exclamó Della despreciativamente.

—Oh, tiene ayudas —explicó Mason—. Una ayuda femenina, de otras compañeras con las que se compenetra muy bien. Lo llevan todo coordinado como un partido de fútbol tratando de adentrarse por las filas enemigas.

—¿Y alguien le ha puesto a usted una bomba? —inquirió Della.

—Alguien me ha puesto una bomba.

—Tal vez deba ir ahí y echar una ojeada —apuntó la secretaria—. ¿Me necesita?

—Es posible —confesó Mason—, pero no queda tiempo. Si puedo deshacerme del material que me han plantado, regresaré rápidamente a Los Ángeles. Mi pabellón es el dos cero siete. Si mañana no ha tenido noticias mías, empiece a buscarme.

—De acuerdo —se conformó ella—, pero me gustaría estar con usted para ayudarle. Una mujer siempre puede destruir lo maquinado por otra mujer. Un hombre se halla tan indefenso como la clásica mosca atrapada en la tela de araña.

—Della, es usted una poetisa —sonrió Mason.

—Nada de eso. Trato de asustarle. Podría llegar ahí a medianoche o de madrugada.

—La situación llegará a su final mucho antes —la cortó el abogado—. A esa hora probablemente estaré de regreso... o en la cárcel.

—Tenga cuidado, jefe.

—Lo tendré —prometió él—. Buenas noches, Della.

El abogado permaneció en el pabellón, paseándose con impaciencia y consultando el reloj una docena de veces cada diez minutos.

Al fin sonó el teléfono. Mason lo cogió apresuradamente.

—Hola.

—¿Señor Mason?

—Sí.

—Le habla el conserje. Ya lo tengo todo.

—Formidable —agradeció el abogado.

Unos instantes después llegó el conserje con una maleta, de la que extrajo una cartera y un neceser de nylon.

—Me he servido de mi propio criterio, señor Mason...

—Está muy bien —le atajó Mason—. ¿Cuánto le debo?

—Ciento un dólares con treinta y cinco centavos. Si es de su agrado...

—Es de mi agrado —repuso Mason, entregándole ciento cincuenta dólares—, y le agradezco mucho sus servicios.

—Muchas gracias —respondió el conserje—. Si la maleta no le gusta...

—Me gusta mucho —le aseguró Mason—. Es lo que necesitaba. Y también le agradezco que se haya preocupado de las letras doradas.

—Iban ya a cerrar la tienda —explicó el conserje—. Tienen abierto hasta las diez. Ahora es cuando venden curiosidades, y el departamento de objetos de piel también está abierto. Muchísimas gracias, señor Mason. Si puedo servirle en algo más...

—No, por ahora —respondió Mason.

El abogado abrió la cartera que había hallado en la habitación, trasladó los valores a la nueva cartera, metió la cartera antigua en la nueva maleta, la cerró, se metió la llave en el bolsillo y se marchó al casino, sabiendo que un policía de paisano le seguía a corta distancia.

Al cabo de unos instantes, junto a la mesa de ruleta, la joven que le había cogido el brazo al apostar, se le acercó con ojos resplandecientes.

—Quiero darle las gracias.

—¿Por qué? —se asombró Mason.

—Por la suerte. ¡Usted me ha traído suerte! Estaba perdiendo hasta que usted llegó y... bueno, ya sabe que perdí el equilibrio, que me apoyé en usted y que...

—Me acuerdo perfectamente —sonrió Mason.

—Pues aquel contacto me ha traído suerte.

—Tal vez podría darle un poco más.

—Ya tengo bastante por hoy.

—¿Una copa?

—No estaría mal.

—¿Viene aquí a menudo? —interrogó el abogado, conduciéndola al bar.

—Casi siempre estoy aquí —fue la respuesta—. No sé estar lejos del juego. ¿Qué tal le fue a usted?

—Bastante bien —dijo Mason—. Nada espectacular.

—Pues es usted capaz de dar suerte por inducción.

—Ha sido un placer —aseguró el abogado.

—Creo que... —rió ella— le rocé con cierta intimidad.

El camarero estaba junto a la mesa.

—Whisky con soda, Bob —pidió la joven.

—Gin con tónica para mí —añadió Mason.

Cuando el camarero se marchó, Mason se volvió hacia ella.

—Me llamo Mason.

—Encantada, señor Mason. Yo me llamo Paulita Marchwell.

—¿Vive aquí?

—En Las Vegas.

—Y las mesas de juego ejercen sobre usted una fascinación fatal, ¿verdad?

—Me gusta el juego. Me gusta este sitio, este ambiente, la gente, la acción... todo. Creo que llevo el juego en la sangre Bueno, hablemos ahora de usted. No vive aquí, ¿verdad? Se ve en usted al hombre de negocios. Aunque es un poco diferente de ellos. Parece muy inteligente... siempre esta alerta... ¿Es acaso médico? No, claro... ¡Cielos, su nombre es Perry!

Mason asintió.

—¡Perry Mason, el célebre abogado! —exclamó Paulita—. Dios mío, debí intuirlo. Usted crea la impresión de ser un torreón de fuerza. Sé que eso suena muy retórico, señor Mason, pero... Bien, le haré una confesión. Me había fijado en usted al principio de la noche. ¿No estaba con una chica?

—Sí, una chica que trabaja aquí, una tal señorita Hyde.

—Oh, Genevieve... Yo...

Paulita calló y se echó a reír.

—¿A qué viene esa carcajada? —se sorprendió el abogado.

—La conozco bien.

—¿Amigas?

—No precisamente. Conocidas. Bueno, podemos considerarnos amigas en cierto sentido. Nosotras... nos portamos bien.

El camarero sirvió las bebidas.

—A su salud —brindó Mason.

Chocaron los vasos. Los ojos de la muchacha, enormes bajo su pelo peinado hacia delante, le contemplaron sin el menor embarazo.

—¿Hace mucho que vive aquí? —preguntó Mason.

—Vine aquí a curarme —contestó Paulita nerviosamente.

—¿A curarse?

—Sí. La cura de seis semanas, con residencia fija, y de este modo puedes deshacerte de un lazo matrimonial inconveniente, quedando libre para cometer nuevas locuras.

—Comprendo.

—Sin embargo, en mi caso, me gustó tanto esto, que me quedé. Cuando se conoce el lugar y la gente, señor Mason, esto es fascinante, altamente fascinante.

—De modo que usted es la señora Marchwell —observó Perry Mason.

—Para usted, Paulita —respondió la muchacha, mirandole con pupilas encandiladas—. ¿A qué ha venido, señor Mason? ¿Por negocios?

—En cierto modo.

—¿Algo relacionado con Genevieve?

—Es difícil saber quién está relacionado en ello.

—Genevieve es toda una chica.

—Eso parece.

—Aunque de vez en cuando se vuelve mochales.

—¿Por algún hombre?

Paulita asintió.

Mason aguardó la continuación.

—Conoció a un gran contratista de obras de Los Ángeles y ella se volvió loca por él... Luego... en fin, ese individuo se fijó en mí y

Genevieve se enfureció.

—Un tal Carson, ¿verdad? —preguntó Mason enarcando las cejas.

La joven calló bruscamente y cambió de expresión. Su semblante adoptó una inmovilidad de póquer.

—¡Bien...! —la urgió Mason.

—¿Cómo lo sabía?

—En cierto sentido, el asunto se refiere a Carson.

—¿En qué sentido?

—Ha muerto.

—¡Muerto! —exclamó la joven.

—Asesinado —asintió el abogado.

—¡Dios mío! —gimió Paulita—. Usted... ¿Cuándo ocurrió?

—Esta mañana o al mediodía.

Durante varios segundos ella guardó silencio, y al final emitió un profundo suspiro.

—Son cosas que pasan —murmuró—. Pobre Loring. Era buen chico... cuando se le comprendía.

Volvió a reinar el silencio.

—¿Lo sabe Genevieve? —preguntó Paulita de pronto.

Mason asintió.

—Genevieve estaba verdaderamente chalada por él —explicó Paulita—. Ella... Vaya, por esto regresó tan temprano de Los Ángeles.

—¿De Los Ángeles? —repitió Mason.

Ella asintió.

—¿Genevieve estuvo hoy en Los Ángeles? —quiso precisar el abogado.

—Seguro. Cogió ayer el avión y se quedó allí toda la noche. Creí que también pensaba quedarse hoy, pero ha vuelto a las cuatro de la tarde.

Mason estrechó los ojos.

—Oh, parece usted muy profesional, señor Mason —se quejó Paulita—. Está enojado porque Genevieve no le dijo que había estado en Los Ángeles, ¿verdad? Debo advertirle que Genevieve es muy reservada. Cuando la conozca mejor sabrá que no miente jamás, pero ciertamente puede hacer que otra persona llegue a

falsas conclusiones con sus silencios.

—¿Está segura de que estuvo en Los Ángeles? —preguntó Mason.

—Claro que estoy segura. Regresó en el avión que llega poco después de las cuatro, a las cuatro y diecisiete o diecinueve. La vi bajar del autobús del aeropuerto.

—Lamento interrumpirles, Perry —resonó el vozarrón del teniente Tragg—, pero se ha presentado otro asunto. Usted ya conoce al sargento Camp. Y esta señorita es...

Tragg se volvió inquisitivo hacia la joven.

—La señorita Marchwell. ¿Desea algo, teniente? —inquirió Mason.

—Lo siento, sí, siento mucho molestarles, y opino que se trata de un error, Perry, pero el sargento Camp ha recibido un informe confidencial... una de esas llamadas anónimas que constituyen la pesadilla de todos los detectives. Sin embargo, esta vez se trata de algo que no podemos pasar por alto. Fue una llamada telefónica que... Bien, pensamos que lo mejor era investigar.

El teniente sonrió malévolamente y añadió:

—No quiero molestarle. Mason, y ciertamente odio interrumpir una charla íntima, pero quizá se digne contestar a una pregunta.

—Sepamos cuál —pidió Mason.

—Me gustaría saber si sus clientes, Vivian Carson o Morley Eden le pagaron a usted con valores negociables, bonos o acciones.

—No.

—Dejemos de andarnos por las ramas —intervino el sargento—. ¿Le entregaron sus clientes, o uno de ellos valores negociables a nombre de Seymour?

—No.

—¿Le pidieron sus clientes, o uno de ellos, que hiciese usted algo para convertir unos valores negociables en dinero?

—No.

—¿O guarda usted esos valores para sus clientes, o para uno de ellos, o le dieron instrucciones relacionadas con dichos valores, que entregaron a usted directa o indirectamente?

—No.

Tragg miró a Camp.

—Perry Mason no miente.

—Sin embargo, tendré que registrar su pabellón —insistió el sargento.

El teniente Tragg estrechó los ojos.

—Perry Mason es de confianza —murmuró—. O le hará correr en círculo interminablemente, o le hará creer que blanco es negro en un contrainterrogatorio... pero lo que declara es siempre la verdad.

—Tengo que comprobar la confidencia —se obstinó el sargento.

—¿Cómo se propone hacerlo? —quiso saber Mason.

—¿Le molestaría acompañarnos a su pabellón un momento?

—En estos momentos estoy ocupado.

—De acuerdo —intervino Tragg—. Nos sentaremos a una mesa y cuando haya terminado, iremos a su habitación. Claro que si nos presta la llave...

—¿Tienen una orden de registro? —preguntó Mason.

—No la necesitamos —repuso Camp—, aunque podemos conseguir una. Éste es un hotel público y la dirección siempre está deseosa de cooperar.

—Mi equipaje no es cosa pública —se opuso Mason—, pero también deseo cooperar. Sin embargo, no quiero dejar...

—No, no —se apresuró a decir Paulita—. Vaya con estos caballeros, señor Mason. No quiero interponerme en sus asuntos —le sonrió al sargento Camp—. Sé que la Policía de Las Vegas querrá cooperar conmigo en todas formas, y yo deseo cooperar con ella.

Se puso en pie y alargó la mano hacia el abogado.

—Encantada de haberle conocido, señor Mason. Tal vez nos veremos en otras circunstancias en que usted... disponga de más tiempo.

Le dedicó una mirada significativa, dio media vuelta y se alejó graciosamente.

Mason rechazó su vaso sin terminar.

—Bien, caballeros, tienen ustedes un modo perfecto de estropear las veladas.

—Puede volver a reanudar la conversación cuando nos vayamos —manifestó el teniente.

—Vámonos —apremió el sargento.

Mason siguió a los dos policías hasta su pabellón.

—Vino usted aquí muy de prisa, ¿verdad, señor Mason? —interrogó Tragg.

—Casi siempre actúo con premura.

—¿Trajo equipaje?

—Todas mis cosas están en este pabellón.

—Bien, bien, sólo le detendremos un momento, Perry —le advirtió Tragg—. Nos han informado anónimamente de que posee usted una cartera llena de valores negociables a nombre de Seymour, pero propiedad de Loring Carson y que la cartera ostenta las palabras *P. Mason*. Usted la trajo aquí desde Los Ángeles.

Mason no respondió.

El sargento Camp vio la cartera.

—Aquí está —gritó.

El teniente enarcó las cejas, mirando a Perry Mason primero y luego al sargento.

—Ábrala —ordenó. El sargento Camp obedeció.

—¡Y dice usted que es de confianza! —murmuró.

—Maldición —gimió el teniente—, es la primera vez que le atrapo en una mentira.

—¿Una mentira? —intervino Mason—. Usted no me preguntó si yo poseía una cartera llena de valores. Me preguntó si Vivian Carson o Morley Eden, o ambos, me habían entregado unos valores. Todas sus preguntas se refirieron a si yo había recibido de ellos dichos valores, no si los tenía.

—Está bien, está bien —gruñó Tragg—. Tal vez mis preguntas no fuesen muy acertadas. Bien, ¿dónde obtuvo esos valores?

—No puedo decírselo.

—¿Cómo?

—Sencillamente, no puedo decírselo.

—¡Basta de bobadas! —exclamó Camp—. Usted haga lo que guste, Tragg, pero yo no creería a ese tipo ni bajo juramento. Nos llevaremos esta cartera.

—¡Haga inventario de su contenido! —le aconsejó Perry Mason.

—¡Bobadas! —repitió Camp—. Lo haremos en la comisaría. Vamos, Tragg.

Los dos policías salieron del pabellón, llevándose consigo la

cartera.

Mason descolgó el teléfono.

—¿Cuándo sale el primer avión para Los Ángeles? —preguntó.

Capítulo 12

Perry Mason se sentó delante de Morley Eden en la estancia de visitas de la cárcel.

—Si he de ser su abogado, Morley —empezó—, ha de contarme todo lo ocurrido.

Morley Eden le miró con ojos angustiados.

—No puedo, Mason.

—Tonterías. Al abogado hay que contárselo todo.

Eden sacudió la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado... En primer lugar, si conociese usted los verdaderos hechos del caso no los creería, y en segundo lugar usted no nos representaría.

—¿Le mató usted?

—No.

—¿Sabe quién lo mató?

—No.

—¿Pero quiere que les represente a usted y a Vivian Carson?

—Sí. Nos van a acusar ante el Gran Jurado. Nos acusarán de asesinato en primer grado y este caso cobrará una enorme publicidad, Mason. Forjarán el caso sobre evidencia circunstancial... y no sé si usted logrará destruirla.

—Razón de más —arguyó el abogado— para que usted me diga lo que ocurrió. Yo tengo que saber en dónde navego. La mejor defensa contra la evidencia circunstancial, cuando un acusado es inocente, es la verdad.

—Le aseguro que la verdad no le ayudará —insistió Morley—. Si la supiese, el caso no tendría solución. Mientras ellos se apoyen en la evidencia circunstancial, usted sólo tiene que refutarla. Claro que

ignoro lo que ellos saben. Pueden saber muy poco... o mucho. Y si lo saben todo estamos perdidos. Jamás lograremos salir de este enredo. Su única esperanza, nuestra única esperanza, es que no lo sepan todo. Estamos atrapados por las circunstancias y yo ni siquiera puedo discutirla.

—¿Por qué quiere que represente a Vivian Carson? —quiso saber el abogado.

—Porque van a acusarnos juntos.

—Esto no importa —rechazó Mason—. Si usted no mató a Carson, tal vez lo mató Vivian, y yo no quiero tener las manos atadas en la defensa por...

—No, no, no, Vivian no le mató. Lo sé. ¡Lo juro!

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ella estaba... Porque lo sé.

Mason contempló al joven con ojos pensativos.

—Oiga, Morley, ¿existe la menor posibilidad de que usted crea estar enamorado de Vivian Carson?

Morley Eden resistió la mirada.

—Sé que estoy enamorado de ella, Mason. Nunca hubiese pensado que llegase a ocurrir. Es una de las tormentas emocionales más devastadoras que jamás haya vivido... Ni siquiera puedo decirle lo que ella significa para mí... ni cómo sucedió. Me flechó. Desde el primer momento.

Morley Eden calló unos instantes, mirando al vacío.

—Tendrá que tener esto en cuenta —añadió—. Al fin y al cabo, ella y Loring estaban casados. Hubo un divorcio, pero sólo se trató de un criterio del juez. Luego, habría venido el período de seis meses para la disolución final del matrimonio. La acusación usará mi amor por ella como motivo del asesinato de su marido.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó el abogado.

—¿El qué?

—Que se enamorase usted de ella.

—Casi en el primer instante en que la vi.

—Según recuerdo —reflexionó Mason—, fue cuando ella llevaba aquel bikini tan abreviado.

—Exactamente —contestó el muchacho—. Vi en ella... algo esencialmente femenino, una gracia, una hermosura... Una visión

de amor.

—Usted estaba solo —meditó Mason—. Usted es viudo y ha vivido solo largo tiempo. Llegó a su casa y halló una frontera divisoria. Abrió la puerta, entró en la casa tratando de averiguar lo ocurrido y encontró a esa joven, a esa visión de amor, como usted la llama. Poco después volvió a verla en la piscina, tomando un baño de sol en bikini.

—En efecto.

—Evidentemente, ella lo tenía todo planeado: el ambiente, el descubrimiento, el bikini... seguramente incluso la luz. Sabía cuando llegaría usted. Y quería que...

—De acuerdo, supongámoslo —le interrumpió Morley—. Usted ya sabe lo que ella quería entonces. Que yo presentase una demanda contra su marido. Deseaba descubrir el escondrijo que estaba segura él había preparado para defraudarla en el caso de divorcio. Me lo contó todo. Intentaba que yo la conquistase y llevarme ante el tribunal acusado de violar el mandamiento de prohibición... en caso de que no presentase la demanda contra Loring Carson.

—Siga —murmuró Mason—. Cuénteme cómo se desarrolló la tormenta emocional.

—A la mañana siguiente se mostró amable conmigo. Me dio café a través de la alambrada y...

—Y así empezó la... amistad.

—Sí, así empezó.

—¿Qué más?

—Vino usted y ella dio comienzo al desfile de ropas interiores, Mason, lo cual me sedujo enormemente. Me refiero a su inteligencia, a su ingenio, al modo como luchaba con todas las cartas en contra. Yo me quedé en la casa y cuando concluyó la exhibición... ella descorrió las cortinas, y yo estaba en el salón, la miré y de repente me eché a reír... ella se río, nos sentamos... y charlamos largo rato.

—¿Mucho tiempo?

—Hasta la madrugada, si he de decir la verdad.

—¿Sabía usted ya que estaba enamorado de ella?

—Sí.

—¿Se lo confesó?

—Mason, esto no tiene nada que ver con el caso; pero en realidad, yo...

—¿Se lo dijo o no? —insistió el abogado.

—No —confesó Morley después de vacilar—, pero comprendió que estaba muy interesado por ella, y yo me di cuenta de que algo había despertado en mi interior, algo que creía dormido para siempre. Ella era la víctima de un matrimonio infernal. Se había unido a un granuja, un canalla, un...

—Ese hombre ha muerto —le atajó Mason levantando una mano en advertencia—. Y le acusarán a usted de haberle asesinado. No piense de este modo.

—No me importa —exclamó Morley—. Era un gusano. Un piojo. Estaba casado con Vivian y la abandonaba, buscando a otras mujeres, y en lugar de ser sincero y contarle la verdad, que deseaba recobrar la libertad y estaba dispuesto a concedérsela, repartiendo debidamente los bienes comunes y haciendo lo más decente en tales circunstancias, empezó a intentar estafarla ignominiosamente. Contrató los servicios de un detective y... Bien, aquello pudo ser un error inocente, aunque me siento inclinado a creer que él lo fraguó todo para poder destruir su reputación. Luego, empezó a esconder su capital, a fin de que nadie supiera cuáles eran sus ingresos...

—Está bien, está bien —concedió Mason—. Comprendo que usted ha estudiado toda la situación con los ojos de Vivian.

—Sí —asintió el joven—, porque sus ojos abarcan toda la perspectiva.

—Cuando la acusación se entere de todo esto —reflexionó Mason—, tendrá un poderoso motivo para el crimen. Bien, ahora quiero saber lo ocurrido. Quiero saber si puede usted subir al estrado de los testigos y...

—Por favor, Mason, créame —rogó Morley—. Intenté algo y no sirvió de nada. Pensé que podía engañar a la Policía. Y creo que fue la peor decisión de toda mi vida. Ahora ambos nos hallamos en una situación apuradísima y seremos crucificados. Naturalmente, todo se basa en la evidencia circunstancial y siempre he creído que un buen abogado puede destruirla.

—Depende de las pruebas —opinó Mason.

—Siempre existe una oportunidad cuando un caso se basa en la evidencia circunstancial, mas tan pronto como yo suba al estrado de los testigos para declarar, nos crucificarán a los dos, repito. Usted no tendrá ocasión de salvarnos. Ningún abogado lo lograría.

—Lo intentaré, Morley —dijo Mason con gravedad—. Continuaré con el caso hasta que descubra cuál es la prueba que tienen contra usted. Si cuando el fiscal termine su exposición de los hechos decido que suba usted al estrado, usted tendrá que contarme su historia y declarará ante el tribunal.

—¿Queda aún mucho tiempo?

—Podré pedir un breve aplazamiento desde el momento en que el fiscal concluya con su caso, hasta el instante en que yo comience el contrainterrogatorio —explicó Mason—. Acepto su caso en el bien entendido de que, si en aquel momento, creo que el caso contra ustedes es demasiado poderoso para destruirlo sin su testimonio, usted me contará exactamente lo sucedido.

—De acuerdo —asintió Morley—, queda pactado.

Alargó la mano hacia el abogado.

—Pero tenga presente —añadió—, que usted, ante todo, tiene que descubrir los puntos débiles de la acusación y no confiar demasiado en lo que Vivian o yo podamos contarle.

Mason estrechó la mano tendida.

—Es su funeral —dijo—, y lo digo en sentido literal.

Capítulo 13

El juez Ned C. Fisk, caballero de aspecto benévolo, con una mente tan aguda como una navaja de afeitar, miró a Morrison Ormsby, uno de los más competentes ayudantes del fiscal del distrito de Nueva York.

—El pueblo tiene la palabra —dijo el juez.

Ormsby, que estaba estudiando una serie de notas cabalísticas colocadas delante del nombre de cada uno de los miembros del jurado, repuso sin levantar la mirada:

—El pueblo está conforme.

El juez miró a Perry Mason.

—El abogado defensor tiene la palabra.

—Los acusados se hallan plenamente satisfechos con este jurado, señoría —respondió Mason gravemente, poniéndose en pie.

Ormsby, cogido por sorpresa, levantó la vista con incredulidad. La defensa, en un caso importante de asesinato, no ejercía su prerrogativa de rechazar a los jurados.

—Que juren los jurados —ordenó el juez Fisk.

Tras el juramento, el juez continuó:

—Los restantes miembros no elegidos, pueden despejar la sala.

Hizo una pausa, mientras los nombrados abandonaban el tribunal, y prosiguió:

—Se advierte a las personas que componen el jurado que se les prohíbe expresar su opinión respecto a los méritos de este debate hasta que se les someta finalmente. No deberán discutir las pruebas del caso ni se les permite que escuchen discusiones al respecto. Bien, ahora este tribunal tomará quince minutos de descanso antes de empezar a escuchar las pruebas. El tribunal volverá a reunirse exactamente a las diez.

El juez abandonó el estrado.

Mason se volvió hacia Paul Drake y Della Street, sentados a su lado.

—Ésta es la pesadilla de todo abogado —susurró—. He de escuchar el relato de las pruebas sin tener la menor idea de lo que la acusación oculta bajo la manga.

—¿No puedes obligar a hablar a los acusados? —inquirió Drake, mirando a Vivian Carson y Morley Eden, que estaban sentados entre dos guardias.

—Ni una sola palabra.

—Bien, la acusación goza de una buena posición —reconoció Drake—. Lo mantiene todo bajo secreto, y Ormsby es tan astuto como una serpiente.

—Lo sé —asintió Mason—, pero él prefiere no estar demasiado seguro de las cosas. Y yo utilizaré todos los trucos de la ley, pero le obligaré a demostrar la culpabilidad de los acusados hasta mucho más allá de toda duda razonable.

—Bien hecho, jefe —aprobó Della Street.

—Se trata de un caso —prosiguió el abogado— que se apoya solamente en la evidencia circunstancial. Y en este Estado existe la regla de que si las circunstancias pueden explicarse por cualquier hipótesis razonable, aparte de la culpa, los jurados están obligados, por su juramento, a aceptar dicha hipótesis y absolver a los acusados.

»Naturalmente, ésta es otra forma de establecer la regla legal de que un acusado no puede ser condenado a menos que la evidencia demuestre su culpabilidad más allá de toda duda razonable. Si en la mente de los jurados existe dicha duda razonable, tienen que resolverse en favor de los acusados y absolverlos.

»Sin embargo, esta regla tiene una aplicación peculiar respecto a la evidencia circunstancial y yo me propongo aprovecharla.

—El periodista que nos dijo que usted se apoyaría en los tecnicismos legales —murmuró Della— se refería a esto, ¿verdad?

—Ignoraba a qué se refería —replicó Mason—. Sólo deseaba obtener alguna copia de los papeles de la defensa porque yo me negué a darle la menor pista al respecto.

—Bien, éste es el espíritu de la ley —manifestó el detective—.

Un acusado no ha de demostrar que no es culpable, pero la acusación sí ha de demostrar su culpa hasta más allá de toda duda razonable. Un acusado puede estar tranquilamente sentado y confiar en la presunción de su inocencia.

El juez Fisk volvió al estrado. Los jurados ocuparon sus asientos. La prensa, tras haber recorrido la casa dividida por la alambrada y haber interrogado a los dos acusados, antes supuestamente enemigos mortales y ahora sentados juntos para responder de un horroroso crimen, había convertido al caso en uno de los más importantes del año.

Por entonces, era de todos conocido que Mason iba, utilizando una frase conocida, «a ciegas», que sus clientes no hacían declaraciones a nadie, ni siquiera a la prensa, y que no deseaban hacerlas.

Algunos periodistas habían dado a entender que esto era simplemente una estrategia por parte de Mason, y que los acusados se limitaban a seguir sus instrucciones.

Otros no obstante, estaban convencidos de que Mason estaba completamente a oscuras respecto a la actuación de los acusados en el caso... situación que involucraba el sexo, el misterio y el drama en un caso de asesinato, lo cual había dado como resultado una sala completamente atestada de gente, con un corredor exterior donde había una larga cola, cuyos componentes esperaban poder entrar en la sala aquella tarde.

—¿Desea la acusación hacer una declaración de apertura? —inquirió el juez Fisk.

Ormsby asintió y se puso en pie.

—Con el permiso de la sala y de las damas y caballeros del jurado, ésta será una de las declaraciones de apertura más breves que haya hecho en mi vida.

El fiscal tosió.

—El difunto, Loring Carson, y la acusada Vivian Carson, eran marido y mujer. Pero no se llevaban bien. Vivian Carson pidió el divorcio.

Ormsby se aproximó lentamente al jurado.

—Mientras tanto, Morley Eden, el otro acusado, contrató a Loring Carson para que le construyera la casa, que se erigió sobre un terreno compuesto por dos lotes que el acusado Eden le compró asimismo al propio Loring Carson.

»No entraré en el detalle de las dificultades legales, pero resultó que de los dos lotes de terreno en que estaba edificada la casa, el difunto Loring Carson poseía uno como propiedad privada, y la acusada poseía el otro, también como propiedad privada. Cuando se adjudicó el título, Vivian Carson hizo colocar una alambrada que dividía la propiedad en dos partes. El acusado, Morley Eden, que poseía a su vez una escritura de venta firmada por Loring Carson, era propietario de la otra parte de la casa.

»Los dos acusados estaban enfurecidos contra Loring Carson. Vivian Carson porque pensaba que su marido estaba escondiendo dinero a fin de defraudarla en el acto de divorcio. Como demostrará la acusación, esto resultó cierto.

»Morley Eden había adquirido el terreno al difunto, Loring Carson, y le había pagado por la construcción de la casa en dichos terrenos. Luego averiguó que Carson le había mentido respecto al título de propiedad, resultando de ello que la casa estaba parcialmente edificada en una propiedad que no le pertenecía.

»Vamos a demostrar que Loring Carson había escondido parte de su dinero en un lugar muy difícil de encontrar, en un escondrijo secreto disimulado en la piscina de la casa que había edificado para Morley Eden.

Ormsby hizo una pausa y miró fijamente a los miembros del jurado.

—Por una ironía del destino, resultó que uno de los lotes, el concedido a Vivian Carson como su propiedad privada, contenía el escondite del dinero.

»Loring Carson fue a la casa y abrió el escondite secreto el 15 de mayo del presente año. Evidentemente intentaba dejar el dinero donde estaba, sabedor de que nadie podía sospechar que tal escondrijo se hallaba directamente bajo los ojos de su esposa.

»Sin embargo, su confianza le perdió. Los acusados descubrieron su secreto y mataron a Loring Carson, bien a sangre fría, bien en altercado subsiguiente al hallazgo de tal lugar.

»La acusada, Vivian Carson, aguardó hasta que su marido abrió el escondrijo y luego, completamente desnuda, surgió de la piscina por la parte correspondiente a Morley Eden, donde éste la aguardaba. La joven nadó bajo la alambrada y retiró cierta cantidad de dinero y valores negociables por más de ciento cincuenta mil dólares, del interior del escondite. El mismo día del crimen, dichos valores fueron entregados a Perry Mason.

»Loring Carson descubrió lo ocurrido y fue muerto por los dos acusados.

»El tribunal les dirá que, una vez establecido que un acusado, cualquier acusado, ha matado a otro ser humano, la carga de las pruebas pasa a dicho acusado para demostrar todas las circunstancias recurrentes a modo de extenuación o justificación.

»Es cierto que esperamos demostrar nuestro caso, en parte sobre evidencia circunstancial. Sin embargo, la evidencia circunstancial es buena evidencia. Demostraremos más allá de toda duda, sólo por la evidencia circunstancial, que los acusados, actuando conjuntamente, mataron a Loring Carson e intentaron disimular su crimen.

»El pueblo de este Estado sólo pide justicia.

»Gracias.

Ormsby volvió a su asiento y se sentó con el aspecto del hombre que cumple con un deber desagradable, si bien intenta llevarlo a cabo de manera competente.

Mason no quiso hablar.

Luego, Ormsby, actuando con calma, con terrible eficiencia, con los modales profesionales de un cirujano efectuando una delicada intervención, inició la procesión de los testigos.

Primero convocó a un forense que declaró que, en su opinión, Loring Carson había muerto de tres a cinco horas antes de efectuar él su examen del cadáver. Situó la hora de la muerte entre las diez y media y las doce y media de la mañana del día 15 de mayo.

La muerte, en su opinión, fue casi instantánea, producida por la herida causada por un cuchillo con una hoja de veinticinco centímetros. La hoja había penetrado en el músculo cardíaco, aunque la hemorragia externa apenas tuvo importancia, pues la sangre se derramó internamente.

Según el forense, el difunto no había sido movido desde el momento en que fue apuñalado hasta que falleció, aparte de caer al suelo.

Ormsby introdujo luego copias certificadas del dictamen del juez que repartió la propiedad, concediendo un lote de terreno a Vivian Carson, y el otro a su marido. Presentó asimismo una copia certificada del mandamiento de prohibición, impidiendo que Loring Carson, sus representantes y agentes penetrasen en la parte de propiedad correspondiente a su esposa.

Luego, Ormsby llamó al inspector que declaró brevemente que había sido contratado por Vivian Carson, la cual le pidió que lo tuviese todo dispuesto para el sábado por la mañana; después, habían buscado un cerrajero que abrió las puertas y fabricó las llaves de aquel lado de casa; que la joven había ordenado que trazara una línea que corría cinco centímetros dentro de su propiedad; que los obreros estaban preparados y que tan pronto como el inspector hubo trazado dicha línea, los obreros iniciaron la colocación de la alambrada.

El testigo declaró que estuvo en la casa hasta que alambrada estuvo colocada, comprobando dicha colocación, que después pasó al otro lado de la casa y trazó otra línea dentro de cinco centímetros de la propiedad, de modo que la alambrada corriese a una distancia uniforme de los cinco centímetros en el interior de la propiedad por ambos lados.

—¿Le hizo la acusada Vivian Carson —quiso saber el fiscal— alguna declaración entonces respecto a por qué deseaba que la alambrada corriese a cinco centímetros de su propiedad?

—Sí.

—¿Qué dijo?

El testigo aseguró:

—Dijo que si Morley Eden ponía un solo dedo en alambrada, ello constituiría una violación de la orden prohibición, por lo cual intentaba citarle con la acusación de desprecio al tribunal.

—¿Efectuó alguna declaración indicando lo que sentía por el difunto, su antiguo marido?

—Aseguró que odiaba la tierra que él pisaba.

—¿Dijo algo más?

—Sí, que el difunto era un canalla de la peor especie y que su mayor satisfacción sería hundirle un cuchillo en las costillas.

Ormsby miró significativamente al jurado.

—¿Le molestaría al testigo repetir estas últimas palabras de su declaración? —preguntó—. ¿Qué fue lo que dijo la acusada?

—Que nada le causaría mayor placer que hundir un cuchillo en las costillas de su marido.

—Contrainterrogatorio —concedió el fiscal.

Mason le sonrió al testigo.

—¿Tiene usted alguna experiencia sobre el divorcio? —preguntó.

—Personalmente, no.

—¿Entre sus amistades?

—Sí.

—¿Conoce a alguna mujer que se haya divorciado de su marido?

—Sí.

—¿Ha hablado con alguna, una vez concedido el divorcio, cuando todavía estaba enojada con su esposo?

—Sí.

—Bien —Mason sonrió afablemente—, ¿cuántas de dichas mujeres le han declarado que estaban dispuestas a hundir un cuchillo en las costillas del marido, que era un canalla de la peor especie, o que les gustaría arrancarles los ojos, u otras expresiones similares?

—¡Un momento, un momento! —el fiscal se puso en pie—. ¡Me opongo a la pregunta por incompetente, infundada e inmaterial y no constituir un contrainterrogatorio apropiado! Este testigo no es un experto en divorcios ni yo lo he presentado como tal.

—Yo opino en cambio —replicó Mason—, con el permiso de la sala, que sí es un contrainterrogatorio apropiado. Claro que si el señor fiscal teme que el testigo responda a la pregunta, la retiraré en su honor.

—La última observación está fuera de lugar —sentenció el juez.

—No me asusta que el testigo conteste a la pregunta —exclamó el fiscal—. Trato simplemente de que las declaraciones sean legales.

—Bien —murmuró el juez Fisk—, creo que mantendré la objeción. Dudo que se trate de un contrainterrogatorio apropiado.

¿Alguna otra pregunta?

Mason, siempre sonriendo amablemente al testigo, continuó:

—Cuando la acusada, Vivian Carson, declaró que su mayor satisfacción sería hundir un cuchillo en las costillas de su marido, ¿difería el tono de su voz del usado para pronunciar comentarios semejantes en boca de las mujeres divorciadas que usted conoce, comentarios tales como «de buena gana le arrancaría los ojos a ese granuja», o algo por el estilo?

—¡Un momento! —saltó en pie el fiscal—. Me opongo por no ser un contrainterrogatorio apropiado y por la misma razón que a la pregunta anterior, que el tribunal ya ha sentenciado. Declaro que el abogado defensor es culpable de orientar al testigo y de conducta despreciativa al intentar insistir en este tema declarado improcedente.

El juez Fisk meditó un instante y después sacudió la cabeza.

—No creo que se trate de la misma pregunta de antes —comentó—. La pregunta actual se refiere al tono de voz. No mantengo la objeción. El testigo puede contestar.

—Vivian Carson —sonrió el testigo— empleó el mismo tono de voz que otras mujeres, en su caso. No recuerdo que ninguna haya exclamado especialmente que desease hundir un cuchillo en las costillas del antiguo marido, pero sí me acuerdo de una que dijo que nada le daría más placer que arrojar a su marido por un precipicio... bien, a su ex marido.

—¿Y esto fue dicho en el mismo tono? —insistió Mason.

—En el mismo tono de voz.

—De todas sus amistades —prosiguió Mason—, ¿cuántas de esas mujeres cuyos comentarios usted ha oído después del divorcio, han expresado el deseo de arrojar al marido por un precipicio, arrancarle los ojos, o palabras similares, y han llevado a cabo la amenaza?

—¡Me opongo! ¡Improcedente, irrelevante, inmaterial! —tronó el fiscal.

—Admitida la protesta —dijo el juez—. He permitido la pregunta relativa al tono de voz, pero nada más.

Mason se volvió hacia el jurado con una amplia sonrisa altamente reveladora.

—Nada más.

Algunos miembros del jurado devolvieron la sonrisa del defensor.

Ormsby, enfurecido, pero fríamente competente, exclamó:

—¡Qué se presente el teniente Tragg al estrado!

El teniente Tragg, muy experto en declarar de modo que el jurado quedara impresionado, subió al estrado, prestó juramento y declaró que había estado en la escena del crimen, presentó las fotografías del cadáver y describió la casa.

—¿Observó cierta humedad cerca del cuerpo? —le interrogó el fiscal.

—Sí, señor. Había dos charquitos de agua.

—¿De qué tamaño?

—Como la palma de mi mano.

—¿Dónde estaban?

—Sobre el suelo enladrillado.

—¿A qué distancia del cadáver?

—Uno a quince centímetros aproximadamente de la parte más próxima del cuerpo, y el otro a unos treinta.

—¿Hizo usted algo para determinar cuál era el origen del agua?

—Sí. Recogimos cuidadosamente el agua con cuentagotas y en el análisis se vio que era agua procedente de la piscina. Dicha piscina contiene cierta cantidad de cloro, y aquel día había funcionado.

—¿Qué demostró el análisis respecto al agua de los dos charcos?

—Que poseía el mismo grado de cloración que el agua de la piscina.

—¿Tomó fotografías de la posición de la alambrada que atravesaba la piscina?

—En efecto.

—Exhíbalas, por favor, así como las que usted tomó, o tomaron bajo sus órdenes, del cadáver, la casa y sus alrededores. Me gustaría identificar fotográficamente el lugar de autos con el fin de orientar a los jurados.

Tragg exhibió una serie de fotos y durante media hora fueron presentadas una a una, identificadas por Tragg respecto al momento en que fueron tomadas, la posición de la cámara, la angularidad y la orientación, tras lo cual fueron todas aceptadas como pruebas.

—¿Quién estaba presente cuando usted llegó a la escena del crimen? —prosiguió el fiscal.

—Morley Eden, uno de los acusados, y el señor Perry Mason, que actuaba como su abogado; después, Vivian Carson, la otra acusada. Naturalmente, había varios periodistas y el personal del departamento de Policía, y mucho después, llegó el forense.

—¿Estaba allí el señor Perry Mason?

—Sí.

—¿Conversó con él respecto al crimen?

—Sí.

—¿Le hizo alguna sugerencia el señor Mason?

—Sí.

—¿Cuál?

—Sugirió que prestara particular atención a las condiciones de las ropas del muerto.

—¿A qué parte de esas ropas?

—A las mangas de la camisa.

—¿De qué se trataba?

—La camisa —declaró Tragg—, tenía unos puños franceses. Y los gemelos de dichos puños eran de diamantes cubiertos de esmalte negro para disimularlos. Parte del esmalte del gemelo derecho, no obstante, había saltado y los diamantes brillaban debajo.

—¿Eran unos diamantes grandes o pequeños?

—Regulares, de mucho precio. Los gemelos tenían montura de platino.

—¿Y la camisa?

—Tenía las mangas mojadas hasta la altura del codo.

—El cadáver llevaba chaqueta, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Y las mangas de dicha chaqueta?

—No estaban mojadas, salvo por dentro, donde el forro había estado en contacto con las mangas mojadas de la camisa. Sin embargo, por la parte exterior, dichas mangas no estaban mojadas ni humedecidas.

—¿Habló de esto con el señor Mason?

—Sí.

—¿Qué dijo él?

—Sugirió que inspeccionase la piscina.

—¿Lo hizo usted?

—Sí.

—¿Qué encontró?

—Nada.

—¿Algo más?

—Entonces, Mason sugirió que no había inspeccionado toda la piscina.

—¿Le dio la impresión, por lo dicho por el señor Mason que éste estaba familiarizado con el escondrijo que usted luego descubrió, y que deseaba dirigir hacia el mismo su atención?

—¡Un momento! —exclamó Mason—. Esta pregunta es argumentativa, exigiendo una conclusión del testigo. Además, es incompetente, irrelevante e inmaterial.

—Admitida la protesta —dictó el juez—. Seguramente, señor fiscal, usted no necesita dirigir la atención del testigo hacia conclusiones. Que diga lo que hizo y lo que encontró.

—Sí, señoría —se inclinó Ormsby, mirando a los jurados para observar el efecto causado por sus palabras. Luego se volvió hacia el testigo—. Lo diré de otro modo —parecía fastidiado por la barrera de legalidades que se oponía a obtener del testigo una declaración real—. ¿Completó la inspección de la piscina?

—Sí.

—¿Halló algo?

—Nada.

—Después, efectuó otro reconocimiento.

—Sí, señor.

—¿Por sugerencia de quién?

—Del señor Perry Mason.

—Al decir el señor Perry Mason, se refiere al abogado que representa en este juicio a los acusados, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué dijo el señor Mason?

Ormsby se acercó al testigo, aguardando la respuesta y subrayando su pregunta con su acción, así como la anhelada respuesta del teniente.

—El señor Mason sugirió —declaró el testigo— que

inspeccionase detrás de los peldaños de la piscina.

—Detrás de los peldaños de la piscina —repitió el fiscal.

—Sí.

—¿Lo hizo usted?

—Lo hice.

—¿Y qué encontró?

—Tan pronto como miré allí, o mejor, tan pronto como palpé con la mano, hallé una anilla de metal.

—¿Qué hizo entonces?

—Inserté el índice en la anilla y tiré gentilmente.

—¿Qué ocurrió?

—Un muelle levantó una parte de loseta de unos treinta centímetros cuadrados, dejando al descubierto un escondrijo que medía unos veinticinco centímetros cuadrados, y medio metro de profundidad, forrado de acero y conteniendo un muelle automático, de forma que al apretar la losa hacia abajo, quedaba cerrada automáticamente.

—¿Estaba la loseta asida por alguna bisagra?

—Sí.

—¿Qué halló usted en el escondrijo?

—Nada.

—¿Nada?

—Exacto: Absolutamente nada.

—¿Demostró el señor Perry Mason sorpresa cuando descubrió usted la anilla en el sitio que con tanta insistencia había indicado...? Bien, retiro la pregunta. Pido perdón al tribunal y al defensor. Comprendo que la pregunta no es apropiada. Sin embargo, teniendo, deseo asegurarme de haber comprendido correctamente su declaración. ¿Halló usted la anilla en el lugar señalado por el señor Mason?

—Indicó que buscara allí.

—Después de haber usted explorado la piscina sin hallar nada.

—Exactamente.

Ormsby se acercó a la mesa de la defensa, se inclinó ligeramente hacia delante y sonrió.

—Solamente pretendo ahorrarle trabajo, defensor —murmuró.

—De acuerdo, adelante —gruñó Mason.

—Bien —el fiscal se volvió hacia el testigo—, ¿era impulsada la loseta por un muelle?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—Era un muelle enrollado, como vimos más adelante, insertado en torno a una varilla de acero que servía de eje, en torno al cual giraba la bisagra. Esto no queda muy claro, pero lo importante es que la loseta tenía una bisagra. A través de ésta pasaba una varilla de acero, proporcionando la palanca necesaria para levantar la bisagra. El muelle estaba retorcido en torno a los extremos de dicha varilla, con la tensión suficiente para soltar la loseta.

—Supongo que dicha loseta tenía el mismo aspecto y dimensiones que las restantes.

—Era idéntica a las demás, salvo por el hecho de que había taladrado un agujero para insertar un fragmento de metal que reforzaba el escondrijo. Luego la varilla que actuaba como eje fue insertada en el cemento, de modo que el conjunto constituyese un gozne rudimentario.

—¿De modo que el muelle se soltaba cuando tiraban del cable?

—Sí.

—¿Cómo se cerraba dicha loseta a la que usted se refiere?

—Sólo mediante la presión física, dominando al muelle.

—De modo que era virtualmente imposible distinguir a dicha loseta de las demás, una vez cerrada.

—Era un trabajo muy hábil —reconoció el teniente—. Incluso sabiendo que la loseta estaba trucada era imposible distinguirla de las otras. El gozne era tan perfecto y el mecanismo del muelle tan bien disimulado que era absolutamente imposible ver que la loseta no estaba firmemente asentada en el cemento.

—¿Y el escondrijo era impermeable?

—Totalmente.

—¿Cómo se lograba la impermeabilidad?

—Mediante un fragmento de espuma cubierta con cinta que rodeaba el lado inferior de la tapa de la loseta.

—De modo que la persona que presionase sobre la losa para cerrar el escondrijo tenía que colocar las yemas de los dedos en dicha cinta.

—Sí.

—Una cinta de papel encerado, claro.

—Claro.

—Y una vez levantada, la losa tenía que ser presionada hacia abajo para cerrar el escondrijo.

—Sí, señor.

—¿Encontró usted alguna huella dactilar en dicha cinta, o en el interior del escondite? Teniente, le pregunto respecto al interior, no el exterior, del escondite.

—Sí.

—¿Descubrió huellas dactilares latentes que pudieran identificarse?

—Sí.

—Fotografió dichas huellas, ¿verdad?

—Sí.

—Luego, tomó usted las huellas dactilares de varias personas que usted pensó podían tener acceso a dicho escondite a la casa donde el mismo se hallaba localizado, ¿cierto?

—Sí.

—Y, mediante la debida comparación, ¿pudo determinar a quién o a quiénes pertenecían dichas huellas?

—Sí.

—¿De quiénes eran dichas huellas?

Tragg dio media vuelta en el sillón a fin de mirar directamente al jurado.

—Dos de las personas que habían dejado sus huellas en la tapa de la loseta eran los acusados Vivian Carson y Morley Eden.

—¿Quiere decir que allí encontraron las huellas dactilares de ambos acusados?

—Exactamente.

—¿Tiene las fotos de esas huellas latentes, y de las huellas personales de los acusados?

—Sí.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Quiere presentarlas, por favor?

Tragg exhibió las fotografías, que fueron aceptadas como

pruebas. Una serie de ampliaciones que se colocaron en unos caballetes, mientras Tragg indicaba los puntos de semejanza.

Ormsby devolvió las fotos al testigo.

—Usted ha declarado que la otra acusada, Vivian Carson, estaba presente en el lugar del crimen.

—Sí. En su lado de casa.

—¿La visitó?

—Sí.

—¿La interrogó?

—Sí.

—¿Le preguntó usted dónde había estado y qué había hecho?

—Sí. Respondió que había ido de compras y acababa de regresar.

—Dejemos aclarada la situación —dijo Ormsby mirando al jurado para asegurarse de que seguían atentamente el testimonio—. La alambrada dividía la casa, separando una parte del salón y llegando hasta la piscina del patio. ¿Dónde quedaban los dormitorios, en la parte correspondiente a Vivian Carson o a Morley Eden?

—Los dormitorios estaban en la parte correspondiente a Eden.

—¿Y la cocina?

—En la parte de Vivian Carson.

—Y según usted, fue a interrogar a Vivian Carson a su parte de casa.

—Exacto.

—¿Dónde la interrogó?

—Primero en la cocina y después en el patio.

—Y estando en la cocina, ¿tuvo ocasión de observar una barra magnética con cuchillos pegados a la misma?

—Sí.

—¿Está el arma del crimen en poder suyo?

—Sí.

—Preséntela, por favor.

Tragg exhibió el cuchillo con mango de madera y Ormsby pidió que fuese aceptado como prueba.

—No hay objeción —proclamó Mason.

—Dirigiendo su atención a la hora en que estuvo usted en

aquella cocina, ¿habló con la señora Carson del arma del crimen?

—Sí. Le pregunté si faltaba algún cuchillo de la barra magnética que estaba a la derecha de la cocina.

—Y ella respondió...

—Que no faltaba nada.

—¿Qué más?

—Dirigí su atención hacia el cuchillo con mango de madera y le pregunté si había estado constantemente allí, a lo que contestó afirmativamente. Entonces cogí el cuchillo y descubrí que no había sido utilizado nunca, pues todavía tenía a lápiz el precio en la hoja.

—¿Llamó su atención sobre este hecho?

—Sí.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Dijo que nunca lo había usado, pues llevaba muy poco tiempo en la casa.

—¿Ha traído usted ese otro cuchillo?

—Sí.

—Preséntelo, por favor.

Tragg exhibió un segundo cuchillo que también fue aceptado como prueba.

—Teniente, deseo llamar su atención sobre esas marcas trazadas con tiza negra en la hoja de este cuchillo. ¿Son las mismas marcas que mostraba la hoja cuando usted lo cogió?

—Sí.

—¿Intentó localizar el auto que pertenecía a Loring Carson en la época de su muerte?

—Sí. Obtuvimos la descripción gracias al departamento de automóviles, y radiamos el correspondiente llamamiento.

—¿Lo encontraron?

—Sí, varios días después de descubrir el cadáver.

—¿Dónde lo encontraron, teniente?

—En un garaje cerrado, alquilado por la acusada, Vivian Carson, en los Apartamentos Larchmore de esta ciudad.

—¿Explicaron los acusados, o alguno de ambos, por qué estaba el coche en aquel garaje?

—No dieron ninguna explicación. Se negaron a discutir el asunto.

—Exijo que la última observación del testigo no figure en acta —gritó Mason—. Los acusados no tienen que dar ninguna explicación a la Policía, según la ley.

—Moción denegada —sentenció el juez Fisk—. El testigo ha declarado sobre una negativa que es la equivalencia de una declaración de los acusados.

—¿Hubo alguna conversación entre usted y Vivian Carson respecto a que Loring Carson ocultase dinero de sus ingresos cuando se sentenció sobre el caso de divorcio? —preguntó el fiscal.

—Sí. Declaró varias veces que su ex marido poseía dinero escondido, en gran cantidad, que ella no había podido encontrar, y que el juez Goodwin, que había sentenciado el divorcio, tampoco había encontrado. Añadió que dicho juez había afirmado firmemente que estaba convencido de que Loring Carson tenía dinero o valores ocultos.

—¿A qué hora tuvo lugar dicha conversación, teniente?

—Hacia... Oh, a las doce, y continuó, con varios intervalos, hasta las tres menos cuarto.

—¿Encontraron dinero en el cadáver?

—Sí, grandes sumas en billetes, bueno, grandes a los ojos de un pobre policía...

Risas en la sala.

—...y también hallamos una gran cantidad en cheques de viaje a nombre de A. B. L. Seymour.

—¿Tiene encima esos cheques?

—Sí.

—Preséntelos, por favor.

El teniente exhibió el talonario, que quedó aceptado como prueba, así como los billetes hallados en el cadáver.

—Bien, utilizando este nombre de A. B. L. Seymour en el talonario de cheques de viaje como pista, o como punto de partida, ¿localizaron a ese A. B. L. Seymour?

—Sí.

—¿Qué encontraron?

—Que no existe nadie con el nombre de A. B. L. Seymour, que era sólo un nombre falso que utilizaba Loring Carson con el propósito de ocultar sus ingresos; que había adquirido grandes

cantidades de cheques de viaje; que había comprado valores negociables a nombre de A. B. L. Seymour; y que poseía una cuenta corriente en Las Vegas a nombre de A. B. L. Seymour; que el saldo de dicha cuenta superaba los cien mil dólares.

—¿Comprobó la firma de A. B. L. Seymour para asegurarse de que procedía de la escritura del difunto?

—Sí.

—¿Encontraron valores a nombre de A. B. L. Seymour?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Las Vegas.

—¿En qué lugar?

—En la habitación de un pabellón alquilado por el señor Perry Mason.

—¿De veras? —exclamó el fiscal dramáticamente—. Por el señor Perry Mason, ¿eh?

—Sí.

—¿Estaban dichos valores en su poder?

—Sí, señor, en una cartera.

—¿Una cartera que él llevaba desde Los Ángeles?

—Era una cartera que le pertenecía. Estaba en su habitación de Las Vegas. Supongo que la había llevado consigo.

—No haga suposiciones —advirtió el juez—, y límitese a los hechos.

—No intento objetar —murmuró Mason—. Pero habiendo hecho una suposición contestando a una pregunta orientadora, quisiera, no obstante, que toda la respuesta fuese borrada del acta.

El juez Fisk miró escrutadoramente a Perry Mason y sonrió.

—Muy bien —decidió—, pero como no hay objeción, la respuesta figurará en acta.

—¿Dijo algo el señor Mason respecto a cómo había entrado en posesión de los valores? —continuó Ormsby el interrogatorio.

—No.

—¿Se llevó usted la cartera con los valores?

—Sí.

—¿Había alguna señal identificadora en la cartera?

—Sí contenía el nombre de Perry Mason en letras doradas...

Bueno, el nombre estampado era «P punto Mason»

—¿Tiene usted la cartera de valores?

—Lo entregué todo a usted. Creo que usted lo posee todo, aunque en la cartera hay mis señales de identificación.

El fiscal presentó la cartera y los valores, identificándose todo y siendo aceptado como evidencia.

—Creo —resumió—, que esto termina con mi examen directo del testigo, por el momento; aunque como este caso será visto por períodos, si el tribunal permite esta expresión, seguramente volveré a convocar a este testigo.

—No hay objeción —concedió Mason.

—¿Desea usted reservarse el contrainterrogatorio de este testigo hasta el final de su declaración? —indagó el juez.

—Me gustaría formularle ahora unas preguntas y seguramente volveré a contrainterrogarle más adelante.

—Muy bien, actúe, por favor.

—Usted ha dado a entender —Mason se adelantó al sillón de los testigos—, que los valores y la cartera que hallaron en mi poder fueron aceptados por mí de manos de mis clientes en Los Ángeles y llevados a Las Vegas, Nevada.

—No sabía que lo hubiese indicado —sonrió Tragg—. Aunque es lo que pienso.

La ligera vacilación del teniente y su sonrisa reforzaron su opinión.

—¿Poseía usted alguna prueba de que yo hubiera recibido dichos valores en Los Ángeles y los hubiera llevado a Las Vegas?

—No encontré ninguna evidencia *directa* —repuso el teniente Tragg, y añadió gratuitamente—: Esas cosas no suelen realizarse delante de la policía, señor Mason.

La sala se conmovió en una sola carcajada.

—Tengo que pedirle al testigo —intervino prestamente el juez—, que se abstenga de formular comentarios y se limite a contestar las preguntas. Al fin y al cabo, teniente usted es oficial de policía, ha estado en muchas ocasiones en el estrado de los testigos, está familiarizado con los procedimientos en un tribunal, y sabe de sobra el efecto que ha causado. Piense que esta vista será más conveniente si se atiene a los reglamentos.

—Lo siento, señoría —se disculpó Tragg.

—Adelante.

—Bien —continuó Mason—, cuando usted empezó a palpar en torno al reborde de la piscina buscando algo que confirmase las mangas mojadas del difunto, ¿se mojó las mangas de su camisa?

—No, señor —replicó Tragg—, probablemente porque no tenía prisa.

—¿Qué hizo, pues?

—Me arremangué.

—¿Las dos mangas?

—Sí... No, señor Mason. Lo siento. Sólo la manga derecha hasta el codo.

—¿No se arremangó la manga izquierda?

—No.

—¿Y no se la mojó?

—No. Sólo utilicé la mano derecha en mi exploración.

—Gracias —dijo Mason—. Nada más por el momento.

—Que se presente Oliver Iván —pidió Ormsby.

Iván era un individuo de media edad, corpulento y estólido que no mostraba ninguna emoción.

—¿Cuál es su ocupación? —empezó el fiscal su interrogatorio.

—Tengo una ferretería.

—¿Dónde?

—Cerca del cine de la calle Dupont.

—¿Estaba usted en ella el quince de marzo de este año?

—Sí.

—¿Ha visto anteriormente a los acusados?

—Sí.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—El quince de marzo.

—¿A qué hora?

—Entre las doce y las doce y media.

—¿Habló con ellos?

—Sí.

—¿Cerró algún trato con ellos?

—Sí.

—¿Respecto a qué?

—Deseaban comprar un cuchillo.

—¿Iban juntos?

—Sí.

—¿Les vendió el cuchillo?

—Sí.

—¿Reconocería el cuchillo si lo viese?

—Sí.

—Le enseño a usted la prueba G del Pueblo y le pregunto si ha visto ya ese cuchillo.

—Es idéntico al que les vendí. Tiene en la hoja el precio puesto por mí. Las letras EAK representan el costo, y el precio de venta se halla grabado en la hoja.

—¿Oyó usted alguna conversación entre los acusados respecto al tipo de cuchillo que necesitaban?

—Sí. Hablaban en tono bajo, pero logré oírles perfectamente. Deseaban un «cuchillo idéntico».

—¿Idéntico a qué?

—No lo sé. Sólo oí «un cuchillo idéntico».

—¿Observó algo especial en su comportamiento?

—La joven señora Carson temblaba tanto que apenas podía sujetar el cuchillo. El joven también parecía excitado aunque trataba de tranquilizar a la mujer.

—¿Observó algunas muestras de afecto, algún indicio de que sintieran algo el uno por el otro?

—El hombre le rodeaba con el brazo, acariciándole el hombro y aconsejándole que se calmase.

—A dicho usted «el hombre». ¿A quién se refiere?

—Siempre al acusado Morley Eden.

—¿No hay duda de que se trata del mismo cuchillo que usted les vendió?

—Ninguna.

—Contrainterrogatorio —anunció el fiscal.

Los modales de Mason eran corteses, casi casuales.

—¿Posee usted una ferretería de importancia? —preguntó.

—Regular.

—Respecto a ese cuchillo... ¿Recuerda dónde lo adquirió?

—Con una partida de cuchillos el día 4 de febrero, a la

Compañía de Cubiertos de Calidad.

—¿Adquirió una partida? —preguntó Mason, fingiendo sorpresa.

—Sí.

—¿Y solamente marcó el precio de coste y de venta en un cuchillo?

—No he dicho eso —replicó airadamente Iván—. Sólo dije que había puesto el precio de coste y el de venta en este cuchillo.

—¿Marcó los demás?

—Los marqué todos.

—¿Y los puso a la venta?

—Sí.

—Entonces —reflexionó Mason—, este cuchillo pudo ser adquirido por cualquier cliente a partir del día 4 de febrero hasta el 15 de marzo.

—Recuerdo haberles vendido a los acusados este cuchillo.

—Usted recuerda haberles vendido *un* cuchillo —rectificó Mason—. Pero este cuchillo, éste precisamente, con la marca de coste y de venta en la hoja, pudo venderlo cualquier día a partir del 4 de febrero y antes del 16 de marzo, o sea incluyendo la mañana del 15 de dicho mes.

—Sí, es posible.

—Pudo comprarlo otra persona.

—Cierto.

—Entonces, y toda vez que se halla usted bajo juramento, Loring Carson, el difunto, pudo comprarle a usted este cuchillo y colocarlo en la cocina de la casa que estaba equipando por cuenta de Morley Eden.

El testigo cambió de postura incómodamente.

—Recuerdo la conversación. Recuerdo la venta a los acusados.

—Recuerda haberles vendido *un* cuchillo —insistió Mason amablemente—. Usted ha identificado este cuchillo como perteneciente a una partida de cuchillos recibidos de un fabricante. No puede en conciencia ni objetivamente decir otra cosa, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Usted recuerda haber vendido un cuchillo —continuó el abogado—, y ahora le pregunto si puede declarar bajo juramento

que este cuchillo, y sólo éste, no fue vendido a Loring Carson antes del 15 de marzo de este año, y después del 4 de febrero, momento en que recibió usted la partida.

—No, no puedo —murmuró el testigo.

—Nada más —concluyó Mason cordialmente—, y muchas gracias por su sinceridad. No hay más preguntas.

—Yo sí haré otra en redirecto —se puso Ormsby en pie—. Usted vendió a los dos acusados un cuchillo el 15 de marzo de este año que es absolutamente idéntico al cuchillo que ahora le enseño y que ostenta las mismas cifras en la hoja. ¿Es así o no?

—¡Protesto! —exclamó Mason—, porque el fiscal trata de contrainterrogar a su propio testigo. Esta pregunta además, es orientadora y sugerente.

—Es orientadora —replicó el juez.

—Sólo trata de resumir el testimonio —se defendió el fiscal.

—Sugiero que si el señor fiscal desea resumir la declaración de este testigo aguarde a resumir el caso ante el jurado —dictaminó el juez, sonriendo—. Por favor, formule su pregunta en otros términos, señor fiscal.

—Oh, no hay más preguntas —murmuró irritado Ormsby—. Esto es todo.

—Esto es todo —repitió el juez—. Puede usted abandonar el estrado, testigo.

—Llamaré ahora a Lorraine Henley —dijo el fiscal.

La mujer que avanzó hacia el estrado contaba unos cuarenta años, un rostro anguloso y unos labios decididos.

Cuando hubo prestado juramento, el fiscal empezó:

—¿Dónde vive usted?

—En los Apartamentos Larchmore.

—¿Cuánto hace que vive allí?

—Más de un año.

—¿Conoce a la acusada Vivian Carson?

—Sí.

—¿Vivía cerca de usted?

—En el apartamento 4 B de los Apartamentos Larchmore. Directamente enfrente de la zona de aparcamiento donde yo habito.

—¿Puede explicar a qué se refiere al decir aparcamiento de

coches?

—Sí. Los aparcamientos están dispuestos en forma de L, en una ligera pendiente. Los apartamentos tienen entrada lateral sobre dos calles. Hay un callejón a cada lado del edificio, y esta zona asfaltada como aparcamiento de coches es accesible desde ambos callejones. Es una zona más baja que las calles adonde da la fachada del edificio.

La testigo hizo una pausa, sonrió y prosiguió:

—Creo que he de aclarar esto. La esquina de ambas calles es la parte más elevada del terreno. La calle principal tiene un ras regular, pero la lateral decae bruscamente. Sin embargo, todos los apartamentos tienen garajes subterráneos, con excepción de los cuatro de la esquina, los cuales poseen garajes separados.

—¿Había un garaje debajo del apartamento alquilado por la acusada?

—Un garaje doble.

—¿Vio usted a la acusada Vivian Carson el día quince de marzo?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Hacia las once y cuarto o las once y media de la mañana.

—¿Qué hacía?

—Abría la puerta de su garaje... de uno de sus garajes.

—¿Qué más sucedió?

—Vi cómo un hombre conducía un auto hasta el interior del garaje.

—¿Se fijó en el hombre?

—Atentamente.

—¿Volvió a verle?

—Sí.

—¿Le ve ahora?

—Sí. Es Morley Eden, uno de los acusados en este caso. El mismo que está sentado a aquella mesa.

—¿El que se halla sentado al lado de Vivian Carson?

—Sí.

—¿Qué vio respecto al coche?

—Bueno, el hombre condujo el auto al garaje después de que Vivian abriera la puerta. Luego salió, ella cerró la puerta y los dos

se alejaron de allí andando apresuradamente.

—¿No entraron en el apartamento de la señora Carson?

—No, o al menos no les vi entrar. Hay una entrada posterior en el edificio, pero lo cierto es que anduvieron por el callejón y desaparecieron de mi vista.

—Contrainterrogatorio —anunció Ormsby.

La voz de Mason se elevó en un tono cortés.

—¿Qué hacía usted cuando los acusados encerraron el auto?

—Vigilarles.

Rumores en la sala.

—¿Y antes qué hacía?

—Estaba sentada junto a la ventana.

—¿Espionando acaso el apartamento alquilado por Vivian Carson?

—Pues lo veía, en efecto.

—¿Estaba usted allí sentada, vigilando?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Bastante. No sé exactamente cuánto.

—¿Toda la mañana?

—Buena parte de la mañana.

—¿Había vigilado también el apartamento la noche antes?

—Digamos que me gusta vigilar las cosas.

—¿Por qué?

—Porque me picaba la curiosidad por saber qué pasaba. Supongo que un ser humano tiene derecho a sentir curiosidad. Vivian Carson había dejado el apartamento dos días antes, llevándose varias maletas, y no había vuelto. Me pregunté dónde habría ido y qué estaría haciendo.

—De modo que usted vigilaba el apartamento para averiguar algo.

—Sí.

—¿Puede decir cuál era la marca del coche que esas personas encerraron en el garaje? —inquirió Mason—. La marca y el modelo.

—No. Era un coche verde. Nada más.

—¿No conoce las diferencias entre las distintas marcas de coches?

—No.

—¿Conduce un coche?

—No.

—¿Posee uno?

—No.

—¿Ha poseído alguno?

—No. Hago mis compras en autobús.

Risas en la sala.

—¿No anotó por casualidad la matrícula de aquel coche?

—No.

—¿No se fijó en si se trataba de una matrícula de otro Estado?

—No miraba precisamente el coche, sino al hombre y la mujer.

—Entonces, ¿usted se había autonombrado vigilante de las idas y venidas de Vivian Carson?

—Yo soy una mujer decente. Aquél es un barrio decente y me gusta que lo siga siendo. Ciertamente, había leído bastantes cosas de la acusada en la prensa para mantener mis ojos bien abiertos.

—¿Sabía si lo que había leído en la prensa era verdadero o falso?

—No lo sabía. Pero había leído mucho sobre ella en los diarios. Usted quiere saber por qué la vigilaba y ya se lo he dicho.

—Gracias —terminó Mason—. Creo que esto sitúa muy bien su posición, señora Henley... ¿O es señorita Henley?

—¡Señorita Henley! —proclamó la mujer—. Cuando he declarado mis referencias personales he dicho claramente «señorita».

Mason sonrió cortésmente, aunque con una sonrisa muy significativa y miró al jurado.

—Muchas gracias, señorita Henley —dijo—. No hay más preguntas.

—Nada más —estableció el juez—. Llame a su nuevo testigo, señor fiscal.

Con el ademán del hombre que anuncia una sorpresa dramática destinada a tener amplias repercusiones, Ormsby exclamó:

—Señoría, deseo llamar a Nadine Palmer.

Nadine Palmer avanzó por el pasillo central y prestó juramento.

Lucía un modelo castaño, sombrero del mismo tono, y un bolso de piel. Sus esbeltas piernas, bellamente atezadas bajo las medias de

nylon, se veían acentuadas por unos zapatos de precio elevado, color marrón.

Sus alertas pupilas estaban al acecho cuando ocupó el sillón de los testigos, y paseó rápidamente su mirada de Ormsby a Mason, y otra vez a Ormsby, luego al jurado y finalmente se concentró en el fiscal.

—Se llama usted Nadine Palmer y reside en el 1721 de la Crockley Avenue.

—Exacto.

—¿Conoce a los acusados?

—Personalmente, no.

—¿Conoció en vida a Loring Carson?

—Le había visto. No recuerdo haber hablado con él, y al decir que no le conozco personalmente, no me refiero a no conocerle ni de vista. He asistido a varias reuniones donde él estaba presente, y sé quién es.

—Concentrando su atención en el quince de marzo de este año, le pregunto dónde estuvo la noche de aquel día.

—Fui a un lugar llamado Punto Mirador.

—¿Puede indicar dónde está situado ese Punto Mirador, en relación con la casa construida por Loring Carson, propiedad de Morley Eden?

—A un cuarto de kilómetro, tal vez menos, de la casa. El mirador se halla de forma que es posible divisar la parte trasera de la casa: el patio, la piscina y el resto de la propiedad posterior.

—¿Está mucho más elevado que la casa en cuestión?

—Sí. No conozco la altura exacta, pero desde allí es posible ver la casa. Y particularmente la techumbre.

—¿Es posible divisar el camino que conduce al edificio?

—No. Sólo se ve el patio, la piscina y las ventanas de aquel lado. La misma casa oculta la carretera y es imposible ver el sendero que conduce a la casa porque sube gradualmente y la casa impide su visión.

—Entiendo —sonrió el fiscal—. Aquí tenemos un plano que muestra Punto Mirador, y ahora le pregunto si puede orientarse con ese plano y señalar al jurado dónde estuvo usted el quince de marzo de este año.

Al cabo de un momento, la testigo puso el índice en el plano.

—Estuve aquí.

—¿A qué hora?

—Hacia... bueno, serían las diez y cuarto aproximadamente.

—¿Aguardó usted allí?

—Sí.

—¿Tenía algo que la ayudara a ver hasta cierta distancia?

—Unos prismáticos.

—¿Qué hacía con ellos?

—Vigilaba la parte trasera de la casa de Morley Eden.

—¿La misma construida por Loring Carson?

—Sí.

—¿Cuál era el motivo de su presencia allí?

—Era un motivo personal. Yo... creía saber que un caballero que estaba furioso contra Loring Carson por ciertas manchas que éste había arrojado sobre mi reputación insistía en que Carson se retractase públicamente, y que si Carson se negaba a ello... Bien, creo que intentaba darle una lección.

—Estando usted allí... ¿Observó señales de actividad?

—Sí.

—¿Quiere describirlas al jurado?

—Cuando empecé a mirar no parecía haber nadie en la casa...

y...

—Esto sólo es una conclusión de la testigo —la interrumpió el propio fiscal—. Diga sólo lo que vio. No saque conclusiones, señora Palmer. Diga sólo lo que vio.

—Aparqué el auto, salté a tierra y miré con los prismáticos de vez en cuando. Luego, desviaba la vista para conceder un descanso a los ojos, y si observaba algo que me parecía interesante volvía a concentrarme en los prismáticos.

—¿Qué fue lo primero que vio, el primer movimiento?

—Vi a Loring Carson.

—¿Dónde lo vio?

—Estaba en la cocina de la casa.

—Dejemos esto en claro —pidió Ormsby—. La casa estaba dividida por una alambrada. ¿La veía usted?

—Claro.

—A un lado de la alambrada había la parte de la casa con la cocina. Al otro lado se hallaba gran parte del salón con y los dormitorios.

—Esto es correcto.

—Vamos, pues, a referirnos al lado de la cocina y al de los dormitorios de la casa, para que el testimonio sea claro —indicó el fiscal—. ¿Dónde estaba Loring Carson cuando usted le vio?

—En la parte de la casa donde estaba la cocina.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Le enfoqué con los prismáticos.

—¿Conoce la ampliación del aparato?

—Un ocho.

—¿Pudo verle con claridad?

—Sí.

—¿Le reconoció?

—Oh, sí.

—¿Pudo ver qué hacía?

—Estaba inclinado sobre la piscina, en los peldaños. No vi qué hacía. Estuve tratando de ajustar los prismáticos lo mejor posible.

—De acuerdo. ¿Qué ocurrió?

—El señor Carson estaba de rodillas junto al sector de piscina más cercano a los peldaños.

—¿Llevaba algo?

—Una cartera de piel.

—¿Qué hizo?

—Se arrodilló y metió el antebrazo derecho dentro del agua de la piscina... Vi que tiraba de algo y de repente observé cómo una parte de la losa aparentemente sólida se abría, dejando ver un escondite debajo.

—¿Qué hizo el señor Carson?

—Sacó unos papeles de la cartera, los metió en el escondrijo, y cerró la losa.

—Continúe. ¿Qué más vio usted?

—Loring Carson —prosiguió Nadine Palmer— penetró en la casa y casi inmediatamente, del otro lado de la vivienda...

—Un momento —la interrogó el fiscal—. Dejemos esto en claro. ¿A qué lado de la casa se refiere usted al decir que Loring Carson entró en la vivienda: al de la cocina o al de los dormitorios?

—Al de la cocina.

—Muy bien. Al referirse al otro lado de la casa, ¿a cuál se refiere?

—Al de los dormitorios.

—¿Qué sucedió en ese lado de la casa?

—Una mujer desnuda salió corriendo de la casa y se zambulló en la piscina.

—¿Miraba usted por los prismáticos?

—Sí.

—¿Reconocería a la mujer?

—No puedo asegurar positivamente quién era, pero creo que...

—¡Protesto! —saltó Perry Mason—. Con el permiso del tribunal la testigo ha contestado la pregunta. Ha dicho que no podía identificar a la persona. No importa lo que piense si no puede jurar quién era.

—Admito que era una simple conversación —gruñó Ormsby—. La testigo quiso decir que no puede identificar a la persona más que dentro de ciertos límites, pero quiere ser leal y reconoce que puede equivocarse.

—No creo necesario que el señor fiscal interprete los pensamientos de la testigo —replicó Mason—. Declara en lengua inglesa y yo la entiendo tanto como el señor fiscal.

El juez Fisk frunció el ceño.

—Interrogaré yo a la testigo —dijo—. Me gustaría que el señor abogado defensor se abstuviera de interrumpirme. Señora Palmer, ¿vio usted a una persona desnuda, realmente?

—Una mujer. Estaba desnuda.

—¿No llevaba bañador?

La testigo negó vigorosamente con la cabeza.

—Estaba desnuda.

—¿Qué hizo?

—Salió del lado de la casa donde están los dormitorios y se metió en el agua tan deprisa que casi me dejó sin aliento.

—¿Corría?

—Corría y penetró en el agua, empezando a nadar como un pez.

—¿Miraba usted con los prismáticos?

—Sí, pero no logré mantenerla en su radio visual. La nadadora avanzaba muy de prisa... Es decir, se hallaba dentro del radio visual de los prismáticos, pero no dentro del radio visual de mis ojos. Se movía... con enorme rapidez.

—¿Obtuvo una buena visión de la mujer?

—Sólo de modo general, bastante borrosa.

—¿Podría jurar absolutamente cuál era su identidad?

—Absolutamente no. Sólo obtuve una impresión general.

—En estas circunstancias —sentenció el juez—, consideraremos la declaración de la testigo en el sentido de que piensa que puede decir quién era la mujer, sólo a título personal; la falta de evidencia es suficiente. Adelante, señor fiscal.

—Bien, aquella mujer —prosiguió Ormsby— saltó a las piscina y la cruzó a nado.

—Como un pez. Su velocidad dentro del agua era increíble.

—¿Qué más hizo?

—Subió los peldaños del otro extremo de la piscina tiró de algo y se abrió la baldosa. Ella se inclinó encima. Luego vi que llevaba consigo una bolsa de plástico. Y empezó a sacar papeles del escondite, que metía en la bolsa, con gran rapidez.

—¿La miró usted entonces?

—Estaba vuelta de espaldas a mí.

—¿La vigilaba con los prismáticos?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Pues... —vaciló la testigo—, comprendí lo que sucedía y...

—No importa lo que usted comprendió —la atajó el fiscal—. Por favor, preste atención a mi pregunta, señora Palmer: ¿qué hizo usted?

—Dejé los prismáticos sobre el asiento del auto y eché a correr.

—¿Hacia dónde?

—Por un sendero que conduce al terreno situado debajo de la piscina de aquella casa.

—¿Conocía ya aquel sendero?

—Sí.

—¿Cuánto tardó en recorrer el sendero?

—No mucho. Oh, no sé... corrí unos doscientos metros. Luego, llegué a un claro y empecé a ascender hacia la piscina.

—Mientras corría por el sendero, ¿podía divisar la casa o la piscina?

—No. La montaña está llena de abrojos, creo que hay un chaparral... y mucha hierba alta. No conozco la naturaleza de los arbustos, pero es la clase de maleza que se ve en todas las colinas de California del Sur.

—Cuando surgió de entre la maleza, ¿dónde estaba? ¿Puede indicarlo en el plano?

—Por aquí —repuso la testigo, señalando un lugar del plano.

—Lo marcaré con un círculo —decidió el fiscal—. Desde este punto, ¿veía claramente la casa?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Fui rápidamente hacia la casa. Estaba casi sin aliento pero volví a correr.

—¿Y qué vio?

—Nada.

—¿Ni en la piscina?

—Estaba desierta.

—¿Y la losa del escondite?

—Estaba abierta, sobre la bisagra.

—¿Qué hizo entonces?

—Me encaminé hacia el patio, mas de pronto oí voces procedentes del interior.

—¿Del lado de los dormitorios?

—Sí.

—¿Qué hizo después?

—Me acerqué al muro de la parte de los dormitorios.

—¿Qué más?

—Entonces capté lo que decían.

—¿Y qué decían?

—Un momento —intervino Mason—. Sepamos antes quienes hablaban.

—Ya iba a esto —gruñó el fiscal.

—Creo que esto es primordial.

—Muy bien —rezongó Ormsby—, tal vez tenga usted razón. Le pregunto a la testigo: ¿tuvo ocasión de ver a las personas que hablaban?

—No al momento, pero sí unos instantes más tarde.

—¿Quiénes eran?

—Los acusados, Vivian Carson y Morley Eden.

—¿Dónde hablaban?

—En el salón.

—¿Les oyó desde la piscina?

—Sí. Las puertas corredizas estaban abiertas y me fue posible oírles distintamente.

—¿Qué decían? ¿Qué conversación oyó?

—La mujer dijo...

—Por la mujer, ¿a quién se refiere?

—A la acusada Vivian Carson.

—Bien, ¿qué dijo la señora Carson?

—Dijo: «Querido, jamás olvidaremos esto».

—¿Qué más?

—Morley Eden contestó: «No es necesario. Tampoco le contaremos esto a nadie. Dejaremos que los periodistas descubran el cadáver. Mason ha convocado una conferencia de prensa para más tarde. Los periodistas encontrarán el cadáver. Y yo fingiré no saber nada».

—¿Algo más?

—Vivian Carson replicó: «¿Y el cuchillo? Es el de mi cocina». Y Morley Eden murmuró: «Compraremos otro. No podemos permitir que esto se interponga entre nosotros. Acabamos de encontrarnos uno al otro y tenemos derecho a ser felices. Voy a luchar por nuestra dicha».

—¿Qué más?

—Oí cómo se movían. Pensé que se dirigían a la piscina. Vacilé un momento, y me apreté contra la pared del edificio donde no podían verme, a menos que salieran al patio y mirasen hacia fuera.

—Siga.

—Oí cerrar una puerta y comprendí que se habían marchado. Después, el silencio reinó en toda la casa.

—¿Qué hizo usted a continuación?

—Volví a descender por el sendero y trepé lentamente hacia arriba, hacia el sitio donde había dejado el coche y me marché a casa.

—¿A qué hora llegó a su casa?

—Hacia... Oh, un poco después de las once y media.

—¿Qué hizo entonces?

—No llamé a la Policía. No sabía qué había sucedido exactamente. Estaba asustada y... bien, me sentía un poco culpable por haber espiado aquella casa. Ignoraba que se hubiese cometido un asesinato.

—Tengo que retroceder un poco, señora Palmer —sonrió el fiscal—. ¿Reconoció a la mujer desnuda que saltó a la piscina?

—Sí. Creo que sí.

—Si evita el empleo de la palabra «creo» será mejor —manifestó Ormsby—, porque es susceptible de varias interpretaciones y el defensor tratará de emplear la interpretación menos ventajosa para usted. Bien, díganos cuál fue su cálculo de la situación.

—Pues... vi a esa mujer totalmente desnuda. Claro que sólo fue una visión fugaz, pero...

—¿Sabe quién era?

—Estoy casi segura de que era la acusada.

Ormsby se volvió sonriendo hacia Mason.

—Contrainterrogatorio, señor defensor.

—¿Casi segura? —le preguntó el abogado a la testigo.

Ella asintió.

—¿No está completamente segura?

—No.

—¿No podría jurar?

—No.

—¿Existe en su mente alguna duda razonable respecto a si se trataba o no de la acusada?

—Sí, es leal decir que tengo una duda razonable. No, no estoy segura de quién era.

—¿Qué hizo al llegar a casa? —inquirió Mason.

—Me duché.

—¿Por algún motivo especial?

—No. Yo... Oh, había corrido entre la maleza y el campo estaba muy reseco. Estaba llena de polvo. Necesitaba una ducha y la tomé.

—¿Tuvo un visitante mientras se duchaba?

—Un poco después. ¿Trata usted de hablar de su visita, señor Mason?

—Trato de sacarle la verdad. ¿Tuvo un visitante?

—Sí.

—¿Quién fue?

—Usted.

—¿Sostuvo una conversación conmigo?

—¡Protesto! —exclamó el fiscal—. Protesto por irrelevante, incompetente e inmaterial. Nadie se ha referido a esto en el examen directo.

—Pero no hay duda de que se celebró la conversación, ¿verdad, señor fiscal? —intervino el juez.

—No lo sé. No puedo decirlo.

—La conversación tiene como propósito —aclaró Mason— demostrar que la testigo ocultaba en aquellos instantes ciertos asuntos.

—No tenía la menor obligación la testigo —objetó el fiscal—, de contarle a usted lo que había visto.

El juez Fisk consultó el reloj.

—Se aplaza la vista por breves minutos —manifestó—. Ya son más de las doce. La vista queda aplazada hasta la una y cuarto. Durante ese tiempo, los señores del jurado no deben formar ni expresar ninguna opinión sobre el caso, ni sobre la inocencia o culpabilidad de los acusados. Tampoco deberán discutir el caso entre ellos, ni tolerar que nadie lo discuta en su presencia. La vista se aplaza hasta la una y cuarto.

Mientras los espectadores salían de la sala, Mason se enfrentó con sus clientes. Hizo una seña a los guardias en que se alejasen, dando a entender que se trataba de una conferencia privada.

—Van a tener que contarme lo que sucedió —murmuró.

Morley Eden sacudió testarudamente la cabeza.

Vivian Carson empezó a gimotear.

—Tomemos las cosas específicamente —aconsejó el abogado—. ¿Metieron sí o no el coche de Loring Carson dentro de aquel garaje?

¿Se equivocó la vecina en su identificación? Si no dice la verdad se abren ante nosotros unas posibilidades enormes. Si la dice, no quiero perder tiempo ni dinero tratando de descubrir qué personas encerraron el coche.

—Le diré una cosa, señor Mason —masculló Morley tras una pausa—. Esa mujer dice la verdad. Nosotros encerramos el coche.

—¿Por qué diablos...? —se indignó Mason.

—Si conociese usted todos los hechos —prosiguió Morley—, comprendería que no podíamos hacer otra cosa, pero si usted conociese todos los hechos no... bien, no tendría la menor oportunidad de protegernos.

—Tampoco la tengo ahora.

—No podemos ayudarle. Tenemos que luchar de acuerdo con este plan.

—¿Por qué metieron el coche en el garaje? —insistió Mason.

—Porque —respondió Morley—, estaba estacionado delante del apartamento de Vivian, había estado aparcado delante de una boca de riego y lo habían multado. Sólo teníamos un minuto para actuar y no podíamos hacer otra cosa. Teníamos que quitarlo de la calle.

—¿Habían dejado una multa en el auto por estar estacionado frente a una boca de riego delante del apartamento de Vivian? —repitió Mason con incredulidad.

—Precisamente.

—Y naturalmente, usted sabía que se trataba del coche de Carson.

—Sí. Lo peor es que lo habían multado a las tres de la madrugada. Usted ya sabe lo que esto significa. Todo el mundo habría creído que Loring y yo habíamos reanudado nuestras relaciones conyugales —expresó Vivian.

—No lo entiendo —confesó Mason—. Supongo que es preferible que la gente pensase que ustedes habían reanudado su vida conyugal, que no adquirir un billete para de cámara de gas.

—Sí, ahora lo sabemos —replicó Vivian con impaciencia—. Pero usted tiene que ver las cosas de acuerdo con lo que nosotros vimos el quince de marzo.

—¿Por qué dejó Carson allí el coche? —quiso saber el abogado.

—No lo sé, pero supongo que ello formaba parte del diabólico

esquema planeado por Loring. Cogió el coche y lo dejó expresamente delante de la boca de riego para que lo multasen.

—¿Qué hacían ustedes juntos en la ciudad? —indagó Mason.

Morley miró significativamente a Vivian, y la joven sacudió la cabeza.

—Lo siento —dijo el joven—. Ya hemos contestado a todas las preguntas posibles, Mason. Tendrá usted que actuar como defensor. Suponga que somos culpables. Suponga que hemos cometido un asesinato a sangre fría y que usted es el abogado que nos representa. Como defensor tiene la obligación de descubrir todos los agujeros de la evidencia. Bien, inténtelo. Haga lo que pueda. Es lo único que le pedimos.

—¡Maldición! —exclamó Mason—. ¿Intentan ustedes entrar por la fuerza en la celda de la muerte?

—No intentamos nada —contestó Morley con irritación—, pero si nos condenan, nos conformaremos. Si nos declaran inocentes, podremos levantar la cabeza y llevar una vida honrada. Y le diré una cosa: Nosotros no le matamos. No le diremos nada más.

—¿A qué hora llegaron a casa cuando salieron juntos? —persistió Mason.

—No le diremos nada más —repuso el joven.

Los guardias, que estaban un poco apartados, se acercaron con muestras de impaciencia.

Mason se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—, llévenselos.

Capítulo 14

Mason, Della Street y Paul Drake almorzaron en un restaurante italiano situado cerca del Palacio de Justicia, cuyo propietario les había reservado un comedorcito.

—Pensé que habías dicho que toda la evidencia era circunstancial, Perry —comentó Paul.

—Yo así lo pensaba —repuso Mason—. En este caso hay algo que no tiene sentido.

—Bien, hemos hecho lo que hemos podido.

—Se porta usted muy bien, jefe —manifestó Della—. Al fin y al cabo, si esperan que vaya usted a ciegas sólo puede actuar de oído. Ha conseguido usted destruir gran parte de la evidencia.

—Mas, ¿cómo conseguiré destruir el testimonio de Nadine Palmer?

—¿Cree que dice la verdad?

—No lo sé.

—Suponiendo que tus clientes sean culpables: ¿qué harás? —preguntó Drake—. Tratarás de desacreditar a Nadine Palmer, ¿verdad?

—Mi deber es desacreditarla de todos modos —replicó el abogado—. Al fin y al cabo, se trata de un testimonio perjudicial y yo, en el contrainterrogatorio he de encontrar los puntos débiles de su historia.

—Naturalmente.

—Tendrías que hacer una cosa, Paul.

—¿Cuál?

—Obtener las huellas dactilares de Della.

—¿Cómo? —se sobresaltó la secretaria.

—Obtener las huellas dactilares de Della —repitió Mason,

mirando fijamente a Paul.

—Esto es fácil —sonrió el detective—. Siempre que Della no se oponga.

—¿Para qué demonios necesita mis huellas, jefe? —inquirió la joven.

—Tal vez podría utilizarlas en el contrainterrogatorio —contestó Mason sonriendo.

—¿Por qué?

—Tal vez ejercerían un efecto dramático sobre el jurado.

—¿Cuándo las quiere?

—Después de almorzar. Drake le llevará a su oficina, donde no les verá nadie. Paul, consigue sus huellas y marca la hoja de papel. Utiliza un papel normal, y pensándolo bien, Paul, no tomes todas las huellas de Della. Aluérnalas con las de tu secretaria particular. Empieza con el meñique de Della, y sigue con el anular de tu secretaria. Luego, fija el dedo medio de Della, y acto seguido el índice de tu secretaria... y finalmente el pulgar de Della.

—¿Qué diantre andas planeando? —gruñó Drake.

—No lo sé —confesó el abogado—, pero de acuerdo con la ley, un defensor tiene derecho a contrainterrogar a un testigo a fin de saber si éste declara la verdad. Si no es así, el abogado no necesita tender ninguna trampa sólo con las preguntas.

—Esto no me gusta, Perry —opinó Drake—. Puedes correr ciertos riesgos, especialmente por mezclar las huellas dactilares.

Mason le miró sombríamente.

—Paul, ya corro riesgos ahora. Mis clientes están metidos en el agua hasta los ojos y yo no sé por dónde ir. Todo lo que haga puede ser perjudicial.

—Pues este plan sí lo parece —rezongó el detective—. No es ningún crimen tomar las huellas dactilares de un individuo, pero al mezclar las de dos personas para engañar a alguien, tú... ¿Y si te pillan, Perry?

—Esto es lo malo —admitió el abogado—. No quiero que me pillen.

—No te preocupes, Paul —rió Della—. Y concluyamos el almuerzo.

Drake suspiró.

—Las cosas que se ve obligado a hacer un detective cuando trabaja para Perry Mason —exclamó lúgubremente—. Estoy por decir que he perdido el apetito.

Capítulo 15

Cuando se reanudó la vista a la una y cuarto, el juez Fisk dijo:

—La señora Nadine Palmer estaba en el estrado. ¿Quiere volver a sentarse, señora Palmer, por favor?

Cuando la joven se hubo alisado la falda coquetonamente.

—Empiece con el contrainterrogatorio, señor Mason.

El abogado aguardó a que la testigo le hubiese contemplado atentamente, como en desafío.

—La mujer que divisó usted en la piscina —principió Mason—, la vio sólo fugazmente, ¿verdad?

—La vi durante algún tiempo, pero ella se movía con suma rapidez.

—La única vez que usted le vio la cara, ella corría hacia la piscina, ¿es así?

—Fue la única vez que pude verle claramente la cara.

—Dice usted que pudo verle claramente la cara... dando a entender que la habría visto con claridad de haber tenido los ojos concentrados en ella.

—Bien, se movía con gran rapidez y yo tardé un poco en reajustar los prismáticos... Pero la vi.

—Luego la vio saltar al agua, nadar al otro lado de la piscina, inclinarse sobre el escondite, y siempre de espaldas a usted.

—Desde el momento en que salió de la piscina, sí.

—Y mientras estuvo dentro de la piscina, mantuvo el rostro dentro del agua.

—Sí.

—Bien —continuó el abogado—, cuando yo la visité a usted, llevaba el pelo mojado.

—Salía de la ducha.

—¿Suele mojarse el cabello cuando se ducha?

—A veces. Intentaba ir al día siguiente a la peluquería, de modo que no importaba.

—¿Recuerda que le pedí un cigarrillo y usted me dijo que lo buscara en su bolso?

—Sí.

—Yo lo abrí y cogí un cigarrillo, y usted salió apresuradamente del dormitorio, arrastrando detrás el salto de cama. En sus prisas, me permitió ver algunos de sus encantos.

—Deseaba ayudarle a usted. Mostrarme hospitalaria. Y pensé que era usted un caballero.

—Y usted sacó un paquete de cigarrillos que me entregó, ¿verdad?

—Sí.

—Recuerde que se halla bajo juramento —dijo Mason con gravedad—. ¿Sacó el paquete de cigarrillos del bolso, o lo llevaba en la mano cuando salió del dormitorio?

—Lo tenía en la mano.

—Y el motivo de que estuviera tan ansiosa de darme un cigarrillo antes de que yo mirase dentro de su bolso, es porque se dio cuenta de que los cigarrillos del bolso estaban mojados, debido al hecho de que usted había estado dentro de la piscina, llevando sólo el slip y el sostén, prendas que se mojaron y que, una vez escurridas, guardó dentro del bolso.

—¡Protesto! —saltó Ormsby—. Este contrainterrogatorio no es correcto. Supone hechos que no entran en la evidencia y trata de otros que no han salido a la luz en el examen directo.

—Creo que tengo derecho a formular esta pregunta —objetó Mason—, pues se refiere a la testigo directamente.

El juez estudió a la joven pensativamente.

—La testigo contestará a la pregunta —decidió—. También a mí me interesa la respuesta.

—De repente —repuso la joven—, pensé que no me gustaba que el señor Mason hurgara entre mis efectos personales. Y preferí darle un cigarrillo, a fin de que no buscara en mi bolso.

—Usted no ha contestado a mi pregunta —observó el abogado—. ¿Fueron sus acciones debidas al hecho de que usted sabía que

los cigarrillos del bolso estaban mojados por haber guardado dentro sus prendas interiores mojadas?

Nadine vaciló un instante y miró al abogado con claro desafío.

—¡No! —escupió la palabra con vehemencia dramática.

—Bien —prosiguió Mason—, conversamos un rato y usted aceptó ir conmigo en mi coche.

—Sí.

—Y mientras íbamos en el coche yo mencioné que Loring Carson tenía una amiguita en Las Vegas, ¿verdad?

—Sí.

—Inmediatamente, usted me pidió que la dejara apearse, y deseó coger un taxi. ¿No es cierto?

—Lo es.

—¿Saltó usted del coche?

—Sí.

—¿Alquiló un taxi?

—Sí.

—¿Para ir a dónde?

—¡Protesto por no ajustarse el interrogatorio a la legalidad, por no referirse a un tema tratando en el examen directo! —exclamó el fiscal.

—No se admite la protesta —sentenció el juez—, por la teoría de que todo el contrainterrogatorio se refiere a hechos personales de la testigo.

—Cogí un taxi y me condujo al aeropuerto —repuso Nadine.

—Muy bien —aprobó Mason—. Permita otra pregunta. ¿Cuándo se marchó usted a Las Vegas llevaba consigo una respetable cantidad de valores negociables a nombre de A. B. L. Seymour y endosados por el mismo?

—No.

—¿Se fijó, cuando entró en casa de Morley Eden, que el escondite estaba abierto?

—Sí.

—¿Fue hacia el escondite?

—No.

—¿Lo tocó?

—No.

—¿Sacó unos valores de su interior?

—No.

—Supongo —continuó Mason— que usted fue la mujer que salió de la casa, se zambulló en la piscina y nadó hacia el escondrijo. Supongo que no estaba totalmente desnuda sino que llevaba puestos el slip y los sostenes, aparte de las medias; que cogió los valores del escondite, que volvió a nadar para recoger su vestido, que se quitó las prendas interiores mojadas, que las escurrió y las metió en el bolso, y que luego se puso el vestido.

—No hice nada de eso.

—¿Se llevó consigo unos valores a Las Vegas? —insistió Mason.

—No.

—Voy a mostrarle una cartera —prosiguió el abogado—, con el nombre *P. Mason* en letras doradas, que previamente ha sido introducida como Prueba del Pueblo, y le pregunto ahora si había visto dicha cartera antes de este juicio.

—No.

—¿Se la llevó consigo a Las Vegas?

—No.

—¿Consiguió dejarla subrepticamente en mi pabellón?

—Señoría —interrumpió Ormsby—, ciertamente, esto ha ido demasiado lejos. El contrainterrogatorio no es legal y no puedo soportar tales acusaciones sin pruebas.

El juez Fisk pareció meditar prolijamente la objeción.

—Sin embargo, es una cuestión vital para la defensa —manifestó el juez—. Por tanto, permitiré que el señor abogado defensor llegue hasta el final. Testigo, conteste a la pregunta.

—No —negó Nadine Palmer.

Mason fue hacia su mesa y cogió el sobre que Paul Drake había llevado consigo.

Luego, el abogado se aproximó a la testigo, abrió dramáticamente el sobre y exhibió una hoja de papel dividida en diez cuadros, con una huella dactilar impresa en tinta en cada uno.

—Le pregunto si estas huellas dactilares son tuyas.

—¡Protesto! —el fiscal ya estaba en pie—. ¡Protesto por este procedimiento! Es completamente irregular. El abogado defensor no tiene ningún derecho a efectuar esta insinuación.

—¿Qué insinuación? —inquirió suavemente Mason.

—Insinuar que se tomaron las huellas dactilares de la testigo.
¡Me opongo a esto!

—Aseguro al tribunal, al señor fiscal y a los miembros del jurado —exclamó Perry Mason—, que no es mi intención insinuar que dichas huellas fuesen tomadas por una agencia gubernamental. Al contrario. Simplemente, le pregunto a la testigo si son éstas sus huellas.

—Pregunta que apremia una conclusión por parte de la testigo —objetó el fiscal.

—Sí —el juez Fisk miró a Mason, frunciendo el ceño— creo que esta pregunta exige una conclusión de la testigo.

—Es perfectamente válido preguntarle a un testigo si ésta es su firma —replicó Mason—. Sólo le pregunto a la testigo si éstas son sus huellas dactilares.

—Un testigo puede apreciar su firma sólo mirándola —objetó el juez—, mientras que unas huellas dactilares necesitan la mirada atenta de un experto.

—Sólo trato de averiguarlo —razonó el abogado—. No me opongo en absoluto a que la testigo se deje tomar las huellas dactilares en una hoja de papel, y que ambas hojas sean después entregadas al secretario de la sala como pruebas. Después, es posible que resulte que estas huellas no pertenezcan a la testigo, nada más.

—Pero, ¿por qué quiere complicar tanto las cosas? —se extrañó el fiscal.

—Porque tengo derecho a preguntarle a la testigo si está segura de si estas huellas dactilares son suyas. Puedo preguntarle si una firma es suya, y también si estas huellas dactilares lo son.

—Este asunto es único en mi experiencia —confesó el juez—. Sin embargo, sugiero que antes de contestar, la testigo permita que le tomen las huellas dactilares y que se admitan las dos hojas como parte de la evidencia. Luego, este tribunal llamará a un experto para que decida.

—De acuerdo —se conformó Mason.

—¿Puedo preguntar el motivo de todo esto? —quiso saber el juez.

—Trato de establecer algo que se refiere a la credibilidad de la testigo, señoría. No puedo explicarlo ahora porque entonces revelaría mi plan de ataque, y la testigo procedería a...

—Bien, bien —le interrumpió el juez amablemente—. Al fin y al cabo, caballeros, los jurados están presentes y sugiero que no se discuta más este asunto. El tribunal aplaza la vista hasta dentro de diez minutos. Durante ese tiempo se tomarán las huellas dactilares de la testigo y las dos hojas serán aceptadas como pruebas.

—Ciertamente, no veo ningún motivo para esto —confesó Ormsby.

—Creo que ya lo hemos discutido bastante —dictó el juez—. Deseo concederle a la defensa cierta libertad en el contrainterrogatorio. En las circunstancias de este caso, opino que la defensa tiene derecho a esta consideración. En realidad mi política consiste en concederle a la defensa todas las oportunidades de contrainterrogar a un testigo.

El juez se volvió hacia Ormsby.

—Se trata de un testigo clave, señor fiscal, y trato de permitir que la defensa tenga todas las oportunidades para sondear la declaración con todos los medios legítimos a su alcance.

—Muy bien —se inclinó el fiscal—, lo comprendo y lo apruebo. Que trate Mason de introducir sus trucos, su ingenio, su dramatismo y...

—Ya basta, señor fiscal —le atajó el juez—. No es momento éste de discutir el caso. Este tribunal aplaza la vista hasta dentro de diez minutos. Al término de este aplazamiento, serán introducidos los dos documentos como pruebas.

El rumor de la sala creció de punto mientras el juez abandonaba el estrado. Los periodistas se arremolinaron en torno a Perry Mason, preguntándole cuáles eran sus intenciones, cuál era su estrategia, de dónde habían salido aquellas huellas dactilares, cómo había entrado en posesión de las mismas, y cuál era su significación.

Mason se limitó a sonreír y a responder:

—Sin comentarios.

Cuando el tribunal volvió a estar reunido, el fiscal, muy indignado, se puso en pie.

—Señoría —exclamó—, la testigo ha accedido a que le tomasen

las huellas dactilares, cosa que ha efectuado un comisario del sheriff, experto bien calificado. Y ahora resulta que no existe ninguna semejanza entre las huellas del papel presentado por Perry Mason y las de la testigo y supongo que el señor Mason ya debía saberlo. Supongo, por tanto, que el señor Mason puede ser declarado culpable de mala conducta ante el tribunal y de intento de intimidar a la testigo, creando una falsa impresión ante el jurado.

—Si el experto citado —replicó Mason con gravedad— está dispuesto a sentarse en el sillón de los testigos y jura que las dos series de huellas no son iguales, aceptaré su juramento. Retiraré mi pregunta a la testigo respecto a si son o no sus huellas. Sugiero que se interrumpa el contrainterrogatorio en tanto el testigo se acerca al estrado.

—Muy bien —admitió Ormsby, lívido de ira—. Venga por aquí, señora Palmer, y espere mientras llamo a Hervey Lavar.

—¿Acaso el señor Lavar —inquirió Mason— es un experto en huellas dactilares de la oficina del fiscal del distrito?

—De la oficina del sheriff.

—Muy bien —aprobó el abogado—. Estudiaré las calificaciones del señor Lavar y usted podrá iniciar el interrogatorio.

—Señor Lavar —dijo Ormsby—, le entrego a usted dos hojas de papel. Una señalada como número F-A, y la otra como F-B.

—Sí, señor.

—Le pregunto primero qué es el documento F-B.

—Una serie de huellas dactilares tomadas a la testigo que acaba de abandonar el estrado, la señora Palmer.

—¿Y el documento F-A?

—La serie de huellas dactilares que el señor Mason le enseñó a dicha testigo, preguntándole si eran suyas.

—¿Existe alguna semejanza entre las huellas de la hoja F-A y la de la hoja F-B?

—No.

—¿Se trataba de huellas dactilares dejadas por la misma persona?

—No.

—¿Es alguna de las huellas del papel señalado como F-A

semejante a otras de la hoja F-B?

—No, señor.

—¿Dejó la testigo, Nadine Palmer, alguna huella en la hoja F-A?

—No, señor.

—No hay más preguntas —declaró el fiscal.

—Por el momento no habrá contrainterrogatorio —manifestó Mason—. Pero pido que ambos documentos queden señalados como pruebas.

—La acusación se opone a ello —replicó Ormsby.

—Entonces, que se señalen como pruebas de la defensa —insistió Mason, agitando la mano con un gesto de generosidad, indicando su lealtad en el asunto—. Que se marquen como pruebas una y dos de la defensa.

—Muy bien —afirmó el juez—. Quedan admitidos como pruebas una y dos de la defensa. Y ahora vuelva al estrado, señora Palmer, para continuar con el contrainterrogatorio.

—No hay más contrainterrogatorio —murmuró Mason.

—¿Alguna pregunta en redirecto? —preguntó el juez.

—No, señoría.

—Bien, señora Palmer, puede retirarse.

—Éste es el caso del Pueblo —declaró el fiscal.

—¿Desea aplazar la defensa? —inquirió el juez Fisk.

—No —negó Mason—. La defensa desea convocar a su primero y único testigo, Estelle Rankin.

—¿Su único testigo? —se asombró Ormsby.

—Mi único testigo —sonrió Mason—. No necesitaré ninguno más.

—Un momento, caballeros —intervino el juez—. Sin apartes, por favor. Suba al estrado, señorita Rankin.

Estelle Rankin, una pelirroja bien formada, con grandes ojos castaños, cruzó las piernas, miró a los jurados y luego se volvió hacia Perry Mason.

—¿Dónde vive, señorita Rankin?

—En Las Vegas.

—¿Vivía allí el día quince de marzo de este año?

—Sí.

—¿Cuál era su ocupación?

—Trabajaba por las noches en una tienda de curiosidades.

—¿Puede describirnos qué mercancías venden allí?

—Artículos de piel repujados, varios accesorios de tocador, postales, recuerdos de Las Vegas, varias revistas y cigarros y cigarrillos. También algunas maletas y carteras.

—La noche del quince de marzo recibió usted un pedido por parte de un conserje referente a una cartera.

—Sí, señor, de parte del conserje.

—¿A qué hora?

—A las nueve y cuarenta y cinco de la noche.

—¿Reconocería la cartera si la viera de nuevo?

—Sí.

—Llamo su atención —prosiguió Mason— hacia la Prueba 26-A del Pueblo, y le pregunto si había visto antes este objeto.

La testigo cogió la cartera, le dio vuelta en sus manos y al fin dijo:

—Sí, es la misma cartera que vendí entonces.

—Y hasta la hora indicada, o sea las nueve y cuarenta de la noche del quince de marzo de este año, esta cartera estuvo en la tienda de curiosidades donde usted trabaja, ¿verdad?

—Sí.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Nada más —concluyó Mason—. Contrainterrogatorio.

Ormsby se levantó desdeñosamente.

—A su entender, señorita Rankin, la Prueba del Pueblo 26-A, el señor Mason pudo solicitar la compra de esta cartera con el fin exclusivo de confundir a la Policía. Los documentos negociables encontrados por los policías pudieron ser sacados por el señor Mason de otra cartera.

—¡Protesto! —exclamó Mason—. La pregunta exige una conclusión de la testigo. La acusación desea demostrar que esta cartera llena de valores negociables la llevé yo a Las Vegas desde Los Ángeles, y yo tengo derecho a demostrar de dónde procedía.

—Pero esta prueba no significa nada —se burló el fiscal—. Era solamente una suposición de la testigo.

—Sugiero que el señor fiscal discuta todo el asunto con el jurado

—sonrió Mason—, y declaro por anticipado que todo en conjunto no tendrá valor, ya que durante toda mi estancia en Las Vegas la Policía me hizo seguir por un miembro del Departamento de Policía local.

—Las pruebas no indican nada de esto —gruñó el fiscal—, y además, este extremo es inmaterial.

—Entonces, pido poder llamar de nuevo al teniente Tragg para continuar el contrainterrogatorio y dejar establecido que estuve bajo constante vigilancia —anunció Mason.

—Mi caso está concluso —protestó Ormsby—. No puede volver a abrirlo para contrainterrogar a un testigo mío.

—Perfecto —sonrió Mason—. Confío tanto en la integridad profesional del teniente Tragg que le llamaré como testigo de la defensa.

El teniente Tragg, muy intrigado, avanzó por el pasillo central.

—Refiriéndonos a la Prueba del Pueblo 26-A, teniente —empezó el abogado defensor—, o sea la cartera hallada en mi pabellón de Las Vegas, le pregunto: ¿quién la encontró?

—Yo.

—¿Observó alguna otra cartera en el pabellón?

—No. Pero había una maleta.

—Estamos hablando de la cartera —le recordó Masón—. ¿Había otra en la habitación?

—No a la vista.

—Usted penetró en el pabellón con un propósito, ¿verdad, teniente?

—Sí.

—Acompañado por el sargento Camp, de la Policía de Las Vegas.

—Sí.

—Y por su parte, a mí me seguían entonces.

—Teníamos a un oficial de paisano destacado para seguirle a usted.

—¿Me amenazó usted con conseguir una orden judicial para poder registrar el pabellón?

—Sí, señor.

—¿Con qué propósito?

—Para buscar una cartera que contenía ciertos valores.

—¿Encontró una cartera con valores?

—Sí.

—¿Había otra cartera en la habitación, bien conteniendo valores, o de la que hubieran podido ser sacados los valores y trasladados a otra cartera o a otro lugar?

—Pues... confieso que no lo sé —declaró Tragg.

—¿Por qué no lo sabe?

—Porque entré allí en busca de una cartera que contuviese los valores, y cuando encontré lo que buscaba suspendí el registro.

—Por tanto —razonó Mason—, a su entender, esta cartera, la Prueba del Pueblo 26-A, era la única cartera de la habitación.

—Sí.

—¿Intentó encontrar huellas dactilares latentes en esta cartera, la Prueba del Pueblo 26-A?

—Sí.

—¿Las encontró?

—Sí. Hallamos varias huellas suyas y otras de una persona que no ha sido identificada por el momento. Supongo que podrían ser las de la señorita Estelle Rankin, cuando la cogió del estante.

—¿Tiene encima las fotografías de dichas huellas? —pidió el abogado.

—Están en mi cartera.

—¿Puede presentarlas, por favor?

Tragg exhibió las fotos.

—Deseo introducir estas fotografías como la prueba número tres y cuatro de la defensa —solicitó Mason. Luego añadió—: Después, no seguiré interrogando a este testigo.

—No hay lugar a ningún contrainterrogatorio —anunció Ormsby.

—Puede retirarse —le dijo Mason al teniente Tragg. Acto seguido se volvió hacia el asombrado fiscal—. Esto constituye el caso de la defensa, con permiso del Tribunal. No hay más testigos.

El juez Fisk estaba tan asombrado como Ormsby.

—¿Desea discutir ahora el caso? —inquirió.

—El Pueblo está dispuesto a resumir el caso ahora mismo —desafió el fiscal.

—La defensa también.

—Muy bien. Adelante —dijo el juez. Ormsby se adelantó hacia el jurado.

—Con el permiso del tribunal y de ustedes, damas caballeros del jurado, éste es un caso muy especial... caso inusitado. Es un caso que trata de un asesinato deliberado, cometido a sangre fría.

»Tal vez el difunto no fuese un hombre intachable, no obstante tenía derecho a la vida. Tenía derecho a la protección de la ley.

Ormsby hizo una pausa y avanzó otro paso.

—La acusada Vivian Carson, que vio que el afecto de su esposo desaparecía, procedió a pedir el divorcio. Pensaba que su marido había hecho desaparecer cierta suma de dinero, y es muy posible que así fuese, como indican las pruebas. Sería subestimar la inteligencia de los componentes de este digno jurado, pretender lo contrario.

El fiscal tosió para aclararse dramáticamente la garganta.

—Esto, en parte, proporcionó el motivo del crimen; esto, y un enamoramiento aparente y súbito entre los dos acusados. Me sentí tentado a concluir el caso sin este resumen, pero luego pensé que debía destacar ciertos hechos antes los señores del jurado, a fin de que no se dejasen confundir por los últimos y dramáticos acontecimientos. Efectuaré, pues, la última recapitulación del caso, a la que seguirá el resumen de mi colega, el abogado defensor, y por el momento sólo deseo subrayar que, a pesar del ataque llevado a cabo, y que el defensor, aumentará sin duda, contra la testigo, Nadine Palmer, esa joven se ha comportado admirablemente. Ha contado sinceramente que, si bien estaba completamente convencida de que la mujer a la que vio saltar a la piscina era Vivian Carson, no podía efectuar una identificación positiva. Creo que éste es el barómetro más indicativo de la lealtad de la testigo.

El fiscal miró hacia Mason y volvió a perorar para el jurado.

—Y presumo que en vista del comportamiento de la testigo, y de su lealtad, todo lo que la defensa pueda decir, cualquier intento por su parte de manchar a Nadine Palmer, será sólo un «boomerang» y manchará en cambio a los acusados.

El fiscal contempló largamente a la pareja sentada entre dos guardias.

—Los acusados dejaron sus huellas dactilares en la losa que

cubría el escondite de la piscina. Esas huellas demuestran calladamente que los dos acusados tocaron la superficie interior del escondite.

Ormsby volvió a concentrarse en el jurado.

—El testimonio de dichas huellas no se ha visto impugnado. Ustedes mismos pueden apreciarlas en las fotos que constan como pruebas. Se trata de ampliaciones y ustedes mismos, señores del jurado, llegarán a sus propias conclusiones. No es necesario ser un experto en la materia para comparar las huellas dactilares. Sólo se necesita para ello buena vista y mejor criterio.

»Los acusados pusieron sus manos dentro del escondrijo, sobre el forro de acero.

»¿Por qué?

»Formúlense ustedes esta pregunta. Nadie ha intentado darles a ustedes una explicación razonable. Sólo cabe una explicación lógica. Ambos mataron, asesinaron a Loring Carson y robaron los valores negociables. Se guardaron el dinero. Y necesitaban transferir los valores. Su abogado, Perry Mason, se llevó consigo dichos valores a Las Vegas.

»¿Pura coincidencia?

»No seamos ingenuos.

»No permitamos que el abogado defensor nos ponga una venda en los ojos.

»Por tanto solicito un veredicto de culpabilidad en un asesinato de primer grado contra ambos acusados.

El fiscal dio media vuelta y regresó a su mesa.

Perry Mason se levantó y sonrió al jurado.

—Con el permiso del tribunal y de ustedes, damas y caballeros de este jurado, creo que estoy en clara desventaja. El caso contra los dos acusados de este caso se apoya principalmente en un testigo: Nadine Palmer.

»Ustedes han escuchado al señor fiscal asegurar que dicha testigo es una mujer razonable y veraz. Porque no pudo identificar a la mujer desnuda que vio saltar dentro de la piscina como a Vivian Carson, el fiscal ha afirmado que esto es un indicio de su veracidad, de su lealtad, de su sinceridad, el barómetro de su integridad, y que cualquier ataque contra ella será un «boomerang» contra la defensa.

Mason hizo una leve pausa.

—La testigo, Nadine Palmer, no se ha atrevido a declarar paladinamente que la mujer desnuda que saltó a la piscina era Vivian Carson, porque sabe que no lo era y sabe asimismo que si, más adelante, resultase que se trataba de otra mujer, ella sería acusada de perjurio.

»De modo que sus vacilaciones, sus rectificaciones, sus dudas, sus errores, no son, como piensa el fiscal de distrito, una señal de su honestidad.

»Si se trata de un barómetro de honestidad, indica una presión muy baja.

Risas en la sala.

—¿Por qué no ha tenido la honradez de declarar que no pudo reconocer a la persona que vio, que no sabe quién era, que no pudo verle el rostro? La súbita aparición de una mujer completamente desnuda, corriendo y sumergiéndose en la piscina, la pilló por sorpresa.

»Ustedes, damas de este jurado, comprenden lo que ella sintió. Vio a aquella mujer totalmente desnuda. El espectáculo la azaró, y antes de poder recobrase de su asombro para mirar fijamente a la mujer, ésta ya estaba en la piscina. Después, no consiguió verle la cara.

»Pero, ¿vio a una mujer desnuda? ¿Vio a alguien, o simplemente cambia su historia, describiendo la parte que ella interpretó en el caso, fingiendo haber sido un testigo imparcial, que asistió al hecho desde cierta distancia?

»¿Por qué no acudió rápidamente a la Policía, contando lo que había visto? ¿Por qué corrió hacia su casa y se duchó, mojándose el cabello? ¿Por qué estaban mojados los cigarrillos de su bolso? Yo les diré por qué, señoras y señores del jurado. Porque ella era la mujer que saltó a la piscina, la que la cruzó a nado y la que se apoderó de los valores, y esto voy a demostrarlo sin lugar a dudas, y voy a demostrarlo más allá de toda duda razonable.

Perry Mason hizo una pausa y avanzó un par de pasos.

—Ustedes, damas y caballeros del jurado, son personas maduras; no han nacido ayer; conocen las costumbres de la Policía: Cuando ésta se decide por la culpabilidad de un sospechoso, reúnen todas

las pruebas que pueden en contra suya, ignorando casi siempre las pruebas en contra de otras personas.

»Yo les aseguro que la testigo, Nadine Palmer, se zambulló en aquella piscina tras haber descubierto el escondrijo de los valores y el dinero; que guardó dichos valores en una bolsa de plástico; que empezó a nadar en busca de su vestido y que descubrió que Loring Carson la había visto saltar a la piscina. Loring Carson salió corriendo de la casa, y cuando Nadine Palmer pretendió salir de la piscina, él la asió por la cabeza y trató de sujetarla bajo el agua hasta que le devolviese la bolsa con los valores.

»¿Cómo lo sabemos?

»Porque *las dos mangas* de la camisa de Carson estaban mojadas hasta el codo. Pero no se las mojó, al menos las dos, cuando abrió la losa del escondite. Y cuando descendió la mano para soltar el mecanismo del muelle, hizo lo mismo que el teniente Tragg, actuó con un solo brazo, después de haberse arremangado una sola manga.

»Pero aunque no se hubiese arremangado ninguna manga, no se hubiera mojado la manga izquierda al soltar muelle.

»Se mojó ambos brazos cuando trataba de coger a un nadadora, sujetándola dentro de la piscina. Pero la nadadora le esquivó.

»¿Qué hizo entonces Loring Carson? Entró en la casa encontró el vestido de la joven y se quedó allí de guardia sabiendo que la mujer no se atrevería a exhibirse desnuda en público, o al menos solamente con unas prendas interiores mojadas.

»Y ahora voy a demostrar que dicha nadadora no era la mujer misteriosa y desnuda que ha declarado Nadine Palmer, sino ella misma.

»Estaba atrapada. De modo que se marchó quedamente a la parte de la cocina de la casa, cogió un cuchillo y, hundió el cuchillo en su cuerpo.

»Con esta acción lo solucionaba todo, apartando el único obstáculo que se interponía en el camino de la posesión de los valores, con la oportunidad de apoderarse de una fortuna, mientras por otra parte la libraba de verse apresada como culpable de un robo.

»Luego, la testigo, Nadine Palmer, volvió a sumergirse en la

piscina, cruzó por debajo de la alambrada, entró en el salón, y en presencia del cadáver, se quitó la ropa interior, la escurrió, la metió en su bolso y se puso el vestido; tras lo cual retrocedió hacia la colina, donde había dejado el coche, llevándose consigo los valores negociables.

»A continuación volvió a su apartamento, donde se estaba cambiando de ropa cuando yo llegué. Entonces fue presa del pánico, particularmente cuando comprendió que, sin querer, acababa de darme la oportunidad de comprobar que los cigarrillos de su bolso estaban empapados.

»Comprendió de pronto que tenía que hacer algo que justificase su reciente fortuna. Siempre había sido una joven más bien pobre, sujeta a un sueldo fijo, y de pronto tenía en sus manos una fortuna. ¿Cómo justificarla?

»Yo mencioné Las Vegas, y esto le dio la idea que necesitaba. Iría a Las Vegas y apostaría en las mesas de juego. La gente no sabría si ganaba o perdía al final. En consecuencia, ella podría afirmar que aquella fortuna la había ganado en el juego.

»Pero era demasiado lista para molestarse en cambiar los valores por dinero ya que siempre puede seguirse el rastro... ¿Qué hizo, pues? Los metió en una cartera, hizo que estampasen el nombre *P. Mason* en la misma, y plantó la cartera en mi pabellón. Luego, avisó anónimamente a la Policía, afirmando que yo tenía en mi habitación una cartera llena de valores, que había recibido de manos de mis clientes, los acusados de este caso.

»Bien, no puedo demostrar todo de manera irrefutable ni más allá de toda duda razonable, porque sólo soy un hombre; sólo soy un abogado; no poseo la organización de la Policía ni sus facilidades, ni sus miembros, ni puedo, como abogado, solicitar la colaboración de la Policía de Las Vegas.

»Sin embargo, si no puedo demostrarlo más allá de toda duda razonable, puedo demostrarlo a su satisfacción, más allá de toda duda razonable dentro de la conciencia general de este digno jurado, y entonces ustedes tendrán que absolver a los acusados. Ésta es la ley.

»Observen las pruebas de este caso, las pruebas de la cartera conteniendo ciertas huellas dactilares latentes que la Policía no

logró identificar. Observen las fotos de las huellas dactilares halladas en el escondrijo de la piscina y en la misma loseta, y verán unas huellas encerradas en un círculo que la Policía determinó, o sea afirman, como pertenecientes a mis clientes.

»Voy ahora a rogarles que cojan esta foto de huellas que sabemos son las de Nadine Palmer, huellas que el experto del señor fiscal ha demostrado pertenecen a la testigo, llévense esas fotos a su cámara de deliberaciones, y compárenlas con las huellas que la Policía no logró identificar; huellas dactilares que quedaron muy borrosas y no pudieron, según ellos identificar.

»No necesitan ser expertos en la materia para realizar esta comparación. Se trata simplemente de estudiar los puntos de semejanza. La Policía ya ha enseñado cómo se hace esto con las cartulinas donde se mostraban las huellas dactilares de los acusados, huellas encontradas en la loseta de la piscina. Naturalmente, allí se hallaron las huellas dactilares de ambos acusados. ¿Por qué no? La casa les pertenecía. Vivian Carson poseía una mitad, y Morley Eden, la otra. ¿Qué harían ustedes si al regresar a casa encontrasen una loseta de la piscina desprendida del fondo? ¿No se preguntarían por qué motivo? ¿No se apresurarían a efectuar una investigación?

»La acusación ha pretendido demostrar que dichas huellas dactilares pertenecían a los dos acusados... ¡Pero no ha demostrado en qué momento fueron impresas!

Mason hizo una pausa melodramática.

—No es posible demostrar si fueron impresas antes o después del asesinato. No puede demostrarse si fueron impresas antes o después de que Loring Carson entrara en la casa. No es posible demostrar si dichas huellas fueron o no, hechas la noche anterior, cuando los acusados descubrieron el escondite y decidieron tenderle una trampa a Carson. Con tan simple hecho, hubiesen podido atrapar a Loring Carson y llevarlo a los tribunales, acusado de fraude y ocultación de bienes, por lo que habría sido juzgado por esto y también por violación de una propiedad privada.

»Supongamos que tal fue el plan de los acusados. Supongamos que algo falló y que de pronto, y ante su consternación, encontraron muerto a Loring Carson.

»Damas y caballeros, aquí tengo doce lupas. Voy a entregarlas al secretario de la sala. El tribunal les indicará a ustedes que tienen derecho a llevarse las pruebas del caso y estudiarlas durante la deliberación. Sólo les pido que se lleven las fotos y las huellas indiscutibles de la testigo Nadine Palmer y...

—¡Protesto! ¡Protesto! —gritó Ormsby—. Estas observaciones están fuera de lugar. Los jurados no pueden constituirse en expertos en huellas dactilares. El estudio de las huellas dactilares es una ciencia. Es algo que sólo puede llevar a cabo una persona competente.

El fiscal calló y al ver que el juez le miraba atentamente, continuó:

—Si existe alguna duda volveré a abrir el caso y permitiré que el experto del sheriff demuestre que las huellas que la Policía no consiguió identificar no son identificables; que no poseen suficientes puntos de semejanza para identificarlas como las huellas de un ser humano. No podemos permitir que los miembros del jurado lleven a cabo por sí solos tal comparación. Ni siquiera un experto puede decir, a partir de un número limitado de puntos de semejanza, si...

—Un momento —le interrumpió el juez—. Usted ya ha protestado y ha dado sus razones. Este tribunal se inclina a pensar que todo el procedimiento es algo irregular, pero este tribunal comprende que el señor Mason tiene razón, que los jurados tienen derecho a llevarse consigo las pruebas, y no conozco ninguna limitación para los señores jurados al respecto.

—Gracias, señoría —sonrió Mason. Se volvió hacia el jurado y saludó—. Recuerden que el propio señor fiscal les dijo, cuando hizo su resumen del caso, que lo único que necesitaban para comparar las huellas dactilares, era poseer buena vista y mejor criterio.

»El tribunal les dirá que, si después de haber estudiado toda la evidencia, existe en sus mentes una duda razonable respecto a la culpabilidad de los acusados, su deber es absolverlos. Gracias.

Mason tomó asiento.

Ormsby, de pie, perdida toda la discreción, iracundo frenético, gritaba contra los jurados, aporreando la mesa señalando a Mason con un dedo tembloroso, acusándole de prácticas ilegales y asegurando que no deseaba llamar a un experto en huellas

dactilares por temor a que afirmase que no se trataba en absoluto de las de Nadine Palmer.

Mason continuó sentado, sonriendo, primero hacia Ormsby, y luego hacia el jurado. Era la sonrisa del hombre que puede mostrarse magnánimo en la victoria; del hombre que contempla los estallidos histéricos de una persona condenada al fracaso.

El jurado estuvo fuera dos horas y media y regresó con un veredicto que hallaba a los dos acusados no culpables.

Capítulo 16

Perry Mason y Della Street estaban sentados con Morley Eden y Vivian Carson, en el despacho del abogado.

—Bien —decía Mason—, aquí estamos sólo el abogado, su secretaria y las cuatro paredes del despacho. Ahora van a contarme lo que ocurrió. Ya están absueltos del crimen. No pueden volver a acusarles.

»Para conseguir su absolución tuve que arrojar sospechas sobre la principal testigo del caso. Esto formaba parte de mi deber como representante de ustedes. Yo tenía que imponer una duda razonable en la mente de los jurados.

»Sin embargo, no estoy seguro de que Nadine Palmer asesinase a Loring Carson, y ustedes me ayudarán a averiguar quién lo hizo. Si fue ella, la juzgarán; de lo contrario procuraremos que no manchen más su reputación. Bien, ¿quién empieza a hablar?

Morley miró a Vivian.

Ella bajó la cabeza.

—Cuéntalo tú —musitó.

—De acuerdo —dijo el joven—. He aquí lo que sucedió en realidad. Y de haber conocido usted los hechos, o de haberlos averiguado la Policía, nos habrían condenado por asesinato de primer grado sin ninguna oportunidad.

—Está bien —gruñó Mason—. ¿Qué sucedió?

—Desde el primer momento en que vi a Vivian me sentí terriblemente atraído hacia ella —declaró Morley.

—Fue algo mutuo —añadió la muchacha—. Es una confesión espantosa para una mujer, pero cuando estaba cerca de Morley temblaba como una hoja en el árbol.

El joven la rodeó con un brazo, acariciándole la espalda.

—Adelante —les urgió Mason—. Fue un amor a primera vista.

—Casi a primera vista —le corrigió Morley.

—Con un bikini —comentó Mason secamente.

—Está bien —confesó ella—. Lo planeé deliberadamente. Quería atraer su atención. Deseaba que él... deseaba que se sobrepasase en alguna forma para poder citarle ante el tribunal y enfurecerlo contra Loring.

—Sí, demos esto por sentado —la interrumpió Mason—. Así empezó el caso. ¿Qué ocurrió luego?

—La noche del 14 de marzo —continuó Morley—, Vivian me dijo que su coche necesitaba una reparación. Me preguntó, en plan de buenos vecinos, si podía acompañarla a un garaje próximo y traerla de regreso, dejando allí el auto.

»Por aquel entonces ya nos conocíamos bastante y solíamos bromear respecto a las relaciones de buena vecindad.

»La acompañé al garaje, y entonces ella recordó que se había olvidado algo en casa. Estaba en su apartamento. Repuse que no me importaba en absoluto llevarla hasta el apartamento y regresar luego a casa. De pronto se presentó la cuestión de la cena y la invité. Entramos en un restaurante y después de cenar, fuimos a un espectáculo. Más tarde nos dirigimos a su apartamento para recoger lo que necesitaba, y mientras estábamos allí nos pusimos a charlar.

»Vivian me dijo que consideraba el apartamento como terreno neutral, yo dije algo acerca de una barrera, y ella replicó que en aquel momento no había ninguna entre nosotros... En fin, unos instantes después ella estaba en mis brazos y... el tiempo transcurrió con rapidez. Empezamos a hacer planes, sentados allí de madrugada. No deseaba romper el encanto, y creo que a Vivian le ocurría lo mismo.

»De pronto oímos una llave en la cerradura, se abrió la puerta, y allí estaba Loring Carson. Dejó oír unas observaciones insultantes para su esposa, observaciones completamente injuriosas. Le pegué. Se abalanzó sobre mí y sostuvimos una pelea. Le eché del apartamento y le grité que si volvía, o molestaba a Vivian de cualquier forma, le mataría.

—¿Lo oyó alguien? —interpuso Mason.

—Sí, diantre —suspiró Morley—. Ésta era una de las cosas que

me inquietaban. Uno de los vecinos lo oyó todo, pero sentía simpatía por Vivian y evidentemente supo cerrar el pico. No sé por qué la Policía no sospechó nada ni interrogó a los vecinos, mas aparentemente ignoraban por completo que aquella noche Vivian y yo estuvimos juntos en el apartamento.

»La vecina que nos vio encerrar el coche acudió a la Policía, pero ésta actuó bajo la suposición de que los dos habíamos estado en otro sitio aquella noche.

—¿Qué pasó luego? —se interesó Mason.

—Tras echar de allí a Carson, aguardamos a que amaneciese, nos desayunamos y salimos. El coche de Loring Carson estaba estacionado delante de la boca de riego, con un boleto de multa.

»Decidí que era preferible quitarlo de allí, de modo que le quité el freno y lo empujé por la pendiente para apartarlo de la boca de riego. Cuando Carson apareció en el apartamento estaba bastante bebido. Tal vez ignoraba que había parado el auto en aquel sitio. Vivian opina que lo hizo deliberadamente... creando una situación que demostrase que su esposa le había sido siempre infiel. De lo contrario, ¿por qué tenía una llave del apartamento? Vivian no se la había dado.

—Pero, ¿qué hizo Carson al salir del apartamento? —insistió Mason—. Debía haberse marchado en su coche. ¿Por qué lo dejó allí... después de sorprenderles a los dos?

—No lo sé —confesó Morley—. Éste es un asunto que me preocupa. Nos asomamos a la ventana del apartamento y divisamos el coche. Creo que quizá... bueno, que nos hubiéramos marchado antes de allí, a no ser por el coche aparcado... De todos modos, así fue como pasó. Temimos que Carson estuviera vigilando, desde el auto, armado... En fin, ignorábamos qué podía ocurrir.

—¿Qué más?

—Luego, me presenté yo aquí y firmé la demanda por fraude. Mientras tanto, Vivian estaba en mi coche, estacionado en el aparcamiento. Todavía me río al pensar en la sorpresa que usted se habría llevado de haberlo sabido.

Mason miró significativamente a su secretaria y asintió.

—Nos fuimos a casa —prosiguió Morley—, y entramos en mi parte de casa. Allí encontramos un hombre tendido en tierra. Era

Carson. Tenía un cuchillo clavado en la espalda, y evidentemente le había apuñalado alguien, desde el otro lado de la alambrada.

»Era una situación terrible. Vivian reconoció el cuchillo como uno de su cocina. Habíamos hallado juntos el cadáver y no podíamos acudir a la Policía, confesar que habíamos estado juntos, que habíamos pasado la noche juntos, que habíamos discutido con Carson y que después habíamos descubierto su cadáver.

»De modo que le dije a Vivian que la llevaría a su apartamento, que encerraríamos el coche de Carson en el garaje, donde estaría a salvo hasta que oscureciese. Luego, lo llevaríamos a algún lugar donde pudiera ser encontrado. Después le dije que la acompañaría al garaje donde le reparaban su auto, que adquiriríamos otro cuchillo para la cocina, que ella podría irse en su coche, y que yo acudiría a la conferencia de prensa, y que lo único que tendría que hacer, sería entrar con los periodistas y dejar que ellos hallasen el cadáver.

»Confieso que fue una necedad. Debimos acudir a la Policía y confiar en ella... Bien, no lo hicimos. Una vez iniciada la bola de nieve, no podríamos detenerla. Ningún jurado de este mundo nos habría creído. Era usted el único que podía salvarnos... yendo a ciegas.

—Entiendo —asintió el abogado—. Yo...

Sonó el teléfono. Se oyeron una serie de timbrazos cortos.

—Gertie nos avisa de que el teniente Tragg viene hacia aquí —murmuró Della.

Se abrió la puerta y apareció el teniente en el umbral.

—Vaya, vaya —exclamó—. Lamento interrumpir otra conferencia.

—¿De veras? —sonrió Mason.

—Es una pena.

—¿Puedo observar en su beneficio —añadió el abogado—, que después de haber sido, absueltos del asesinato de Loring Carson, mis clientes no presentan ningún interés para la Policía, de modo que su entrada aquí es inoportuna e inexcusable?

Tragg sonrió.

—Tranquilo, Mason. Calma. No busco a sus clientes, sino a usted.

—¿A mí?

—Exacto —asintió el teniente, tomando asiento e inclinando el sombrero hacia la nuca—. Usted nos dejó un buen problema, Mason.

—¿Yo?

—Bueno, ha habido mucha presión por parte de la prensa exigiendo la detención de Nadine Palmer, pero no había nada en su contra. Usted imbuyó en el ánimo del jurado una duda razonable respecto a sus clientes, Perry. En otras palabras, les dio a entender que Nadine Palmer era la culpable. Pero no pudo demostrarlo, ni podemos nosotros. Lo cual nos deja muy mal parados.

—El fiscal —repuso Mason— no me consultó y podrá salir bien librado sin mi ayuda.

—De acuerdo —asintió el teniente—. Ya sabía que diría usted eso, pero por otro lado pensé que le gustaría colaborar con la Policía, no con toda la Policía, sino con el teniente Arthur Tragg, personalmente.

—Esto es distinto —sonrió el abogado.

—En realidad —empezó Tragg después de una pausa—, opino que nos apresuramos en lo de las mangas mojadas del cadáver. En realidad, un hombre tan pagado de su aspecto personal como Carson, ciertamente se habría quitado la chaqueta y se habría arremangado la manga derecha antes de hurgar dentro del agua para tirar de la anilla y abrir el escondite.

»Pero iré un poco más lejos en este razonamiento. El hombre se quitó la chaqueta pero mostraba las mangas bajadas. Ya había terminado su operación con el escondrijo. Regresó a la casa y se iba a poner la chaqueta, cuando vio algo que le obligó a salir corriendo al patio, y ese algo tuvo lugar en la piscina. Con toda seguridad, usted pensó que era una mujer desnuda nadando bajo la alambrada con una bolsa de plástico que contenía los valores del escondite.

»Loring Carson se agachó y la cogió por la cabeza. Pudo intentar retenerla bajo el agua, pero lo cierto es que la cogió... por lo hombros. Luchaba por quitarle la bolsa.

»La joven le esquivó y volvió a cruzar la alambrada por debajo.

»Carson no podía saltar por la barrera, no podía ir a dar el rodeo, y la única forma en que hubiera podido perseguir a la mujer,

era nadando por debajo de la alambrada totalmente vestido.

»Esta solución no le gustó, pero poseía llaves de ambos lados de la casa, de modo que echó a correr para dar la vuelta y penetrar por el otro lado de la casa. La joven tenía el vestido en ese lado y Carson pensó que si vigilaba aquella prenda, la muchacha tendría que presentarse. De modo que no se movió de allí y lo único que consiguió fue que alguien le clavara un cuchillo en la espalda.

»Bien, necesito cierta colaboración.

—¿Qué colaboración? —inquirió Mason.

—No deseo ser el hazmerreír de este asunto —prosiguió el teniente—. Sus clientes están absueltos. No pueden volver a ser procesados. No quiero que confiesen si son culpables, pero si lo son, me gustaría que me dijese que pierdo el tiempo tratando de colgar ese crimen a otra persona. Esto lo consideraría como una confidencia que jamás saldría de mis labios, ni menos aún diría a la prensa. Se trata solamente de una declaración para mi propia satisfacción personal.

—Para su información personal —replicó el abogado—, le sugiero que continúe con la investigación, teniente. Tengo muchos motivos para creer que mis clientes son inocentes. Apostaría en ello mi reputación.

—Vaya, esto ya es algo —suspiró Tragg, contemplando a Vivian Carson y a Morley Eden—. Tal vez, para ayudarme, serán tan amables que me cuenten lo que ocurrió en realidad.

Mason sacudió la cabeza.

—No contarán su historia a nadie.

—¿La conoce usted? —inquirió Tragg.

—La conozco y yo no la esparciré.

Tragg suspiró.

—Hay un par de huellas dactilares en aquella cartera —sugirió Mason—, ¿por qué no se ocupa de ellas?

—De todas las cosas peores que haya hecho jamás un abogado —masculó el teniente—, esto de hacerle creer a los miembros del jurado que eran expertos en huellas... ¿Sabe lo que vi cuando entré en la cámara de deliberaciones? Que todos los jurados se habían hipnotizado hasta el punto de creer que las huellas dactilares halladas en la loseta de la piscina pertenecían a Nadine Palmer, y

que también le pertenecían las de la cartera. Naturalmente, había ciertos puntos de semejanza. Creo que cuatro o cinco. Pero nosotros no consideramos una identificación buena a menos que existan once puntos de semejanza. Sin embargo, el jurado se mostró obstinado... y decidieron todos que eran expertos en huellas dactilares. Oh, algo terrible.

—Bien —sonrió Mason—, el fiscal también se lo dio a entender: les dijo a los jurados que la comparación de huellas era algo muy sencillo, y que ellos mismos podían llevarse las fotos a su habitación.

—Para que usted lo sepa, Perry —sonrió Tragg—, Morrison Ormsby ha perdido mucha popularidad en la oficina del fiscal del distrito. En realidad, existe cierta hostilidad hacia él. Y no dudo de que muy pronto se establecerá particularmente.

»Algunos periodistas han conseguido que los miembros del jurado hablaran sobre el caso. Nosotros, por otra parte, casi siempre tropezamos con huellas que no pueden identificarse —continuó Tragg—. Si todos los abogados defensores manejasen los juicios como usted, la Policía se vería en más de un apuro. Naturalmente, esto fue culpa de Ormsby. Pero usted le preparó la trampa y él mordió el cebo.

—Tal vez haya usted olvidado una cosa —murmuró Mason.

—¿Cuál?

—Jamás había visto la cartera que contenía los valores hasta que la descubrí en mi habitación; entonces pedí que me enviaran una nueva de la tienda y metí la vieja en mi maleta. Lo hice para poder declarar más tarde en el tribunal en qué momento había recibido la cartera; de lo contrario, sus testigos habrían afirmado que yo me había llevado los valores desde Los Ángeles; que los había recibido de mis clientes y que pensaba cambiarlos en otra parte.

—Lo sé, lo sé —asintió el teniente—. Intenté razonar con la Policía de Las Vegas, pero no quisieron escucharme.

—Está bien, Tragg —sonrió Mason—. Ahora le entregaré la cartera que encontré en mi pabellón. Creo que usted podrá identificar las huellas dactilares, y compararlas con la del escondite de la piscina.

—¿Por qué diablos supone que he venido? —exclamó Tragg—. Claro que tenemos que encontrar a la persona que dejó aquellas huellas. Hemos de llevar a cabo una comparación.

—Exactamente —asintió Mason.

Se dirigió a la caja de caudales y sacó de la misma la cartera, metida dentro de un estuche de celofán.

—Observe, teniente —añadió—, que esta cartera ostenta en letras doradas el nombre de *P. Mason*.

Tragg asintió.

—Una forma bastante anormal de señalar una cartera —prosiguió el abogado—. Sería mejor *Perry Mason* o simplemente las iniciales *P. M.*

—Continúe.

—Observe cuidadosamente estas letras. La única parte del nombre parece más legible que las dos iniciales primeras. Dicho de otro modo, esta cartera pudo tener inicialmente las letras *P. M.* solamente, y más tarde estamparon el resto del nombre, de forma que el punto detrás de la *M* quedase oculto por la letra *a*.

—Siga, lo hace usted muy bien —sonrió Tragg.

—Todo el mundo ha olvidado el hecho de que Loring Carson tuvo forzosamente que llegar a la casa donde fue asesinado por algún medio de locomoción.

—Seguro. Nosotros no lo olvidamos. Esto era elemental. Fue allí con su coche, sus clientes lo cogieron y lo trasladaron al apartamento de Vivian Carson, encerrándolo en el garaje. Intentaban tenerlo allí hasta que oscureciera, a fin de que nadie lo viese, y llevarlo después a otro lugar más seguro.

—En tal caso —objetó Mason—, ¿por qué llevarlo al garaje de Vivian?

—Admito que esto me intriga.

—Loring Carson vino aquí desde Las Vegas —explicó el abogado—. Y no vino solo. No creo que le acompañase esa chica llamada Genevieve Hyde, porque creo que se había dejado enredar por el sistema de Las Vegas.

—¿Cuál es? —se interesó Tragg.

—Cuando un individuo empieza a cansarse de una acompañante, entra otra en la danza. Y en este caso se trata de una

jovencita llamada Paulita Marchwell, y como sus iniciales son P. M., no dudo de que la cartera le pertenece; que ella vino a Los Ángeles con Loring Carson o dispuso una entrevista con él aquí; que Carson dejó su coche en alguna parte y que luego fue hacia la casa con Paulita. Le dijo a la joven que le esperase en el coche. Deseaba esconder unos valores en lugar seguro. Deliberadamente aparcó delante de la parte de casa perteneciente a Morley, por si Paulita sentía curiosidad y decidía husmear.

»Tenía las llaves de la casa. Dio la vuelta a la alambrada, abrió la puerta, entró y corrió a levantar la loseta.

»Paulita sabía más o menos lo que pasaba y por qué él había ido a la casa. Lo único que necesitaba era descubrir el escondite. Bien, penetró en la parte de casa perteneciente a Morley, probablemente por una ventana, y desde allí vigiló los movimientos de Carson.

»Tan pronto como éste depositó los valores y seguramente algunos billetes, supongo que era un buen fajo, y regresó a la casa, Paulita se desnudó y se sumergió en la piscina. Nadó hacia el escondrijo, lo abrió, sacó el contenido y volvió a nadar por debajo de la alambrada.

—¿Qué hacía Carson mientras tanto? —inquirió el teniente Tragg.

—Se dirigió al coche, lo encontró vacío y sumó dos y dos. Paulita esperaba que él tardaría lo suficiente para poder volver a vestirse y salir de aquel lado de la casa, diciendo casualmente: «Loring, querido, vaya casa más hermosa. He echado una ojeada. Te felicito por esta construcción».

»Sin embargo. Carson, antes de que ella pudiera fingir en absoluto, penetró como un rayo en la casa, la vio a ella nadando desnuda en la piscina, con la bolsa de plástico en la mano. Bien, se quitó la chaqueta y corrió hacia ella. La joven continuó nadando para esquivarle, pero Carson consiguió asirla por la cabeza, tal vez por el cabello. Luego, intentó cogerla por la garganta, tratando de mantener su cabeza bajo el agua, pero ella logró huir y cruzar la alambrada.

»Carson no sabía qué hacer, de modo que se puso la chaqueta y decidió vigilar el vestido, seguro de que Paulita no se atrevería a salir a la carretera desnuda; además, Carson tenía las llaves del

coche.

»Pero Paulita pensó con rapidez. Cogió un cuchillo de la cocina, se acercó de puntillas a la alambrada, hundió la hoja en la espalda de su víctima, cogió el vestido por debajo de la alambrada, retiró del cadáver las llaves del coche, saltó a su interior, y huyó de allí.

»Entonces, mis clientes entraron en la casa. Encontraron el cuerpo de Carson con el cuchillo y comprendieron que estaban atrapados. En lugar de llamarme y pedirme consejo, intentaron fabricar una historia.

—Una teoría maravillosa —concedió el teniente—. ¿Podría probarse de algún modo?

—Podría usted preguntarle a Genevieve Hyde varias cosas. Creo que esa joven vino a Los Ángeles en avión. Es muy posible que sospechase que Paulita estaba robando, o intentaba robar, a su novio, y decidió investigar por su cuenta. Es muy reservada pero nunca miente. Al menos, no creo que lo intente.

»Póngase usted en el sitio de Loring. Si la mujer desnuda no hubiera sido la chica que le acompañó, le habría pedido a la joven que estaba en el coche que fuese hacia un lado de la casa, mientras él iba por el otro, para acorralar a la joven desnuda.

»El hecho de que no obrase así, demuestra que la joven desnuda era también la que le había acompañado a la casa.

Tragg meditó unos instantes.

—¿Y Nadine Palmer? —preguntó al fin.

—Nadine Palmer hizo lo que habría hecho cualquier otra mujer —sonrió Mason—. Tras haber visto el escondite tenía que averiguar qué contenía. Corrió por el sendero, dejando su coche aparcado en la colina, pero fíjese en una cosa, Tragg: el sendero no desciende hasta la alambrada, sino que termina en la parte de casa de los dormitorios. A fin de echar una ojeada al escondite, Nadine se despojó de su vestido y se tiró al agua, con el slip y el sostén. Pasó por debajo de la alambrada, halló el escondrijo vacío, regresó, se quitó las ropas mojadas, las escurrió, las metió en el bolso, se puso el vestido y entonces oyó las voces de Morley y Vivian al entrar en la casa.

»Se aplastó contra el muro y a partir de aquí, contó la verdad de lo ocurrido.

»Nunca hay que subestimar la inteligencia de un jurado. En realidad, había una huella dactilar de Nadine Palmer en la loseta.

—No conseguimos encontrar bastantes puntos de comparación —objetó Tragg—, para lograr una condena.

Mason sonrió.

—Pero yo sí encontré suficientes puntos de semejanza para plantear una duda razonable. Pero allí había otras huellas. Pruebe las de Paulita Marchwell.

Tragg reflexionó unos segundos y se puso en pie.

—De acuerdo. Me marchó a Las Vegas.

El teniente Tragg salió del despacho.

Morley Eden miró a Vivian.

—Te dije que confiases en el señor Mason desde el principio —sonrió la joven. Morley exhibió un talonario.

—Creo que veinticinco mil dólares —murmuró—, cubrirán la minuta de un abogado, y añadiré otros veinticinco mil como castigo por no haber confiado en usted, Perry y haberle obligado a caminar a ciegas.

Della Street despejó una esquina del escritorio para que Morley pudiese redactar el talón.

Los tres se dedicaron a contemplar cómo el joven extendía el cheque:

«Páguese a la orden de Perry Mason... cincuenta mil dólares».



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] Alusión a *La comedia de las equivocaciones*, obra cómica de William Shakespeare, basada en *Los gemelos*, de Plauto. (Nota del T.) < <